



No "Doña" Guadalupe

Mañana tampoco

Textos del taller literario
de la UIA Torreón



UNIVERSIDAD
IBEROAMERICANA
TORREÓN

MAÑANA TAMPOCO

Textos del taller literario
de la UIA Torreón



UNIVERSIDAD
IBEROAMERICANA
TORREÓN

UNIVERSIDAD IBEROAMERICANA LAGUNA
BIBLIOTECA SAN IGNACIO DE LOYOLA

Mañana tampoco / Compilado por Jaime Muñoz Vargas -
Torreón: Universidad Iberoamericana Torreón, 2003.

1. Literatura mexicana - La Laguna 2. Literatura mexicana -
Historia y Crítica I. Muñoz Vargas, Jaime, comp. II. t.

PQ 7291 L342 M3. 2000

Mtro. Quintín Valderrama López, sj
Rector de la UIA Torreón

Mtro. Felipe Espinosa Torres, sj
Vicerrector Educativo

Sra. Claudia Máynez Alemán
Coordinadora del Centro de Actividades Estudiantiles

Lic. Jaime Muñoz Vargas
Coordinador del taller literario

Edición: Jaime Muñoz Vargas
Viñeta de portada: "Poeta", aguafuerte de Alonso Licerio

D.R. Universidad Iberoamericana Torreón (FOULAC)
Calzada Iberoamericana 2255
27010 Torreón, Coahuila, México
www.lag.uia.mx

Impreso y hecho en México
ISBN 968-5162-18-2

ÍNDICE

PRÓLOGO
DE MIGUEL BÁEZ DURÁN
7

CÉSAR CANO CUEVAS
11

ALBERTO DE LA FUENTE
31

DANIEL HERRERA
45

DANIEL LOMAS
63

LUCILA NAVARRETE TURRENT
87

RENÉ OROZCO
99

ENRIQUE SADA
123

SALVADOR SÁENZ
139

PRÓLOGO: UNA RAZA EN EXTINCIÓN

Miguel Báez Durán

EN TIEMPOS DONDE ABUNDAN LOS IMPROVISADOS DE *KARAOKE* o los hijos de vecino convertidos en celebridades, donde la terrible predicción warholiana sobre la fama se hace realidad, donde desde el poderoso hasta el don nadie consideran que su vida merece ser contada y conocida por el mundo; en estos tiempos hay aún un puñado de seres que, en lugar de exhibirse, se ocultan detrás de las líneas de sus textos y revelan así una verdad mayor que las escupidas por la televisión o el Internet. Parecería inútil porque cualquier actividad literaria en los albores del siglo XXI —época sin fronteras, de correos electrónicos y guerras virtuales, de *reality shows* y banalidad— deviene en sí misma quijotesca, utópica. Esta disciplina, llevada a cabo casi en la clandestinidad, se torna doblemente extraña en la comarca lagunera, entre el polvo, las maquiladoras y la indiferencia.

A pesar de esto, los talleres literarios en la región nacen, viven, mueren y renacen como espacios para la escritura, la lectura en grupo, la crítica y, más importante aún, la autocrítica, el diálogo y (¿por qué no?) la amistad, todas ellas fincadas en la triste e ilusa convicción de que la literatura es la única realidad placentera entre tantas realidades prácticamente insoportables. Gracias a esta actitud y a la constancia de Jaime Muñoz Vargas, su coordinador, ha sobrevivido el taller literario de la Universidad Iberoamericana Torreón del que aún me precio de ser integrante después de siete años de haber traspasado por primera vez sus imaginarias puertas.

Los ocho jóvenes escritores presentados en *Mañana tampoco*—nueva compilación del taller y segunda parte al volumen *Hoy no se fía* (2001)—forman parte de esa raza en extinción para la cual los frutos de la creación y del pensamiento constituyen el único antídoto contra los muchos embates de la estulticia. Con tesón y constancia han pulido estos textos para olvidarse y hacer olvidar a sus lectores el universo ilógico que les pertenece. Y por lo tanto, esos desconfiados de hace dos años (algunos de ellos en su segunda vuelta) siguen desconfiando de todo, excepto de la literatura.

La voz poética que habita en los versos de César Cano Cuevas, en su hermetismo, en su búsqueda por un lector activo, en su continua invitación a la relectura, prefiere los recintos creados por una noche eterna, generosa en lunas, crepúsculos y sombras. En contraste y alianza con esta lóbreguez, destilan sin cesar imágenes deslumbrantes ya sean alusivas a un mundo en ruinas o a las confrontaciones con Venus y esas mismas imágenes casi siempre se presentan antecedidas por la fortuna de sus títulos.

Alberto de la Fuente nos presenta dos relatos que tienen como punto de partida contratiempos provocados por ausencia (el agua) o por presencia (el dolor de espalda). Con ellos, hunde a sus lectores en el marasmo de la cotidianidad urbana, de la convivencia y sus desventajas en calles, en edificios, en hospitales. No importa en realidad dónde se ubiquen estas historias, ya sea en el Seguro Social o en una casa de huéspedes. De igual forma, estos espacios se convierten en vulneradores de la paz de los personajes.

Si hay un autor en esta compilación especialmente atraído por la miseria humana, ése es Daniel Herrera. Y su perspectiva no es precisamente la de la compasión. A través de entes en decadencia y carcomidos, con poco interés en ocultarlo, nos devela una sociedad aún más decadente e hipócrita. En sus relatos no pretende intercambiarla por otra más digerible, sino sólo transformarla en burla y en parodia. Hasta hay cabida en uno de ellos para una admiración malsana por los tecolotes del Sanborn's.

En un texto acaballado entre el cuento largo y la noveleta, Daniel Lomas demuestra que, además de poeta, es un hábil narrador. Un viaje escolar es la excusa para otorgar al lector un *Bildungsroman* en miniatura. Las constantes de la muerte, el erotismo, la injusticia y la orfandad ante un entorno absurdo se ven albergados en un hospicio de Guanajuato a donde va a parar este grupo de alumnos de sexto de primaria en su primera salida importante más allá de las fronteras de La Laguna y del ojo protector de los padres. Es el final de una aventura y el final de una infancia.

Lucila Navarrete Turrent surge en este volumen como la voz femenina del taller y lo hace con una poesía de los sentidos. Olores, sabores, caricias y miradas invaden sus versos, los saturan con el último sentido implícito, el de las palabras, el que busca tornarse lectura. Detrás de ellas están también los sentimientos, detonantes de la voz poética que además

se interroga sobre la existencia propia y la ajena. De igual manera, la formalidad se rompe cuando va más allá del acostumbrado verso y se extiende a la prosa.

El contacto con la otredad parece ser el común denominador de los cuentos aquí presentados por Román René Orozco. El contacto con lo extranjero, en “Larraitz”, es también el contacto con esa otra cara de México, la española, la poseedora a su vez de múltiples caras. Por otro lado, “La feria de los imbéciles” se constituye en un castigo de ficción para todos aquellos autores de superación personal donde el lector, un pelele casi entrañable, se enfrenta también con su otro, el autor.

El manejo de múltiples géneros se hace evidente en Enrique Sada, quien nos acerca un ensayo que quizás escape a la literatura pero no a sus intereses personales. El tema de la globalización es, tal vez, el antecedente del cuento con tintes rulfianos que hace las veces de eco narrativo al ensayo mencionado, un cuento sobre los lugares olvidados por la alharaca de este fenómeno. Y, como remate, nos regala además una serie de poemas en los que destacan la nostalgia y la melancolía.

En Salvador Sáenz, con sus narraciones breves, se notan dos vertientes: la onírica y la realista. La primera sin duda se presentará como un enigma susceptible de variadas interpretaciones y la segunda —ésta en la que deambulan mal vivientes, señoras con pelucas, ladrones de libros y el ominoso poder del mercantilismo— se construye como galería de los actores y de los elementos que hacen a la vida en provincia tan ineludible y fascinante como intolerable y seductora.

Así, con estos ocho nombres, la batalla continúa y, con probabilidad, si sus vocaciones lo permiten, este grupo de escritores continuarán con su apuesta por la lectura y por la escritura sin darles tregua ni confianza a los tiempos en los que les tocó vivir.

Torreón, marzo de 2003

césar cano cuevas

CÉSAR CANO CUEVAS nació en Tapachula, Chiapas, el 21 de septiembre de 1981. Estudia el sexto semestre de derecho en la UIA Torreón, donde también es integrante del taller literario. Poemas suyos han sido publicados en la revista *Estepa del Nazas*. Esta es la primera vez que publica en formato de libro. Sus autores más visitados son Baudelaire, Neruda y Cortázar.

AGONÍA DE LA LUNA

LA TARDE SE AHOGA EN EL FILO DEL CREPÚSCULO
y cae el hueco de la penumbra
postra sus pupilas en cada rincón
hasta tocar su letargo

La noche sueña roja sangre nocturnal
lluvia de famélicos ojos
que desean romper tu piel
tus labios

La noche muerde tu boca
y se cae
cuelga en la agonía de la luna
hasta pisar el embrión de la mañana
que deambula por la vereda del alba

CAUDALES DE FUEGO

A Claudia

TU ALIENTO SE DISIPA EN LA PENUMBRA DE MI PIEL

Esa agitación en tu pecho intermitente
despierta el eco de un abrazo
funde la agonía de un beso
entre caricias de dientes y de labios
El sabor de piel madura se desliza por nuestros poros
quema nuestras manos
—pequeñas ramas que juegan con la crepitación de los cuerpos—

Aquí te amo
En este viento que se eriza en tu pelo
con esta noche que sube a la fragua de tu vientre
en esta luna donde el néctar de tu piel escurre por los gemidos del alba
por esta sombra húmeda reflejo de tus ojos

Nace tu boca en los caudales del fuego
enjambres donde las llamas recorren como agua
la fragancia de tus pupilas para desembocar en mi corazón calcinado
Aquí te amo

CREPÚSCULO DE UN CUERPO

ESTOY CANSADO DE PISAR LOS MISMOS OJOS
cansado de conducir el rostro que no deja de caerse
de masticar la misma piel
cansado de escuchar los oscuros gemidos de la tierra
fértil madera que se azota en nuestros pies

Las ciudades con sus alegóricos cuerpos
vierten su vómito de paredes en las casas húmedas
se cubren sus lechos con delirios
con tumbas y con huesos
no permiten que el silencio cante en el aura del recinto auricular
no permiten que se escuche cómo el corazón brota en sus ojos
se salga y corte su grito con una arteria
sólo escuchan cómo se sofoca el eco de su linaje

Habría que escupir el tiempo
magullar sus vísceras y bañarnos en su semen
lanzar sus manecillas al inconsciente
ese recinto donde las piedras cuelgan su voz
en el cenit de nuestros labios

EL DÍA ABRE SU BOCA

EL DÍA ABRE SU BOCA

y el inhóspito caracol cuelga dentro de ella
se columpia desde el colmillo
va de lengua a mejilla
se tropieza
y cae sobre las raquíticas flores

Su mirada es la de siempre
la de una húmeda casa derrotada
Su voz escupe penumbras y grillos
que terminan con la frente del alba
donde escurren ruinas y cadáveres
que son la historia del mañana

EPÍGRAFE DE UN POEMA

RECUERDO DEAMBULAR POR ESTAS CALLES

por estas sendas
en las que la incisión de las palabras
pretenden la crepitación carnal
la orgiástica melodía del aleteo fluido de los versos
de la lejana danza de la luna

Recuerdo la vereda de difuntas letras
el muerto cantar de la palabra
el grito ahogado del ay en la partitura de los poetas
en su fámélica soledad con malsanos gritos
Dicen que son escritos sin sentido
palabras que lamen la ignominia de los ojos
fieles albatros de Caronte

Dichosos son los hijos de Satán
que trazan el escurrir de pieles en la partida noche
que difuminan la silueta dorada de sangre en el polvo terrenal

Deambulare sin rumbo
sin tormenta que señale manecillas
y espero encontrar el paraíso de Gehena

EXHAUSTA LEÑA DE LUZ

A Claudia

QUE SALDRÁ DESPUÉS DE LA EXHAUSTA LEÑA DE LUZ
después de que los susurros de la penumbra se pronuncien en
[las fértiles ramas del viento

Acaso vendrán tus manos a torcer la espalda de la noche
ó el eco de tus huellas aparecerá en el santuario inhóspito del día

Puede que entre los gemidos del céfiro
tu nombre insomne se pronuncie
tus muertas lágrimas renazcan en el vórtice de mis labios

Pero no llegan tus manos ni tus ojos
sólo llega tu nombre a los poros de mis lágrimas
sólo se escucha el regreso de la exhausta leña de luz
con fauces de una perpetua oscuridad

GOTEA LA NOCHE DESDE LA SIMA

GOTEA LA NOCHE DESDE LA SIMA

caen colmenas de pupilas sin ojos

deambulan sobre los insalobres gritos de serpientes que muerden

[sus pieles

y digieren sus sollozos con su lágrima

El insomne llanto de la piel es callado por la sangre que aún

[cuelga de ella

subyuga las siluetas de las cicatrices

que trazan las calles de la esfera que cuelga del vacío

Cada mortal es un esclavo de sus cicatrices

un esclavo de maratonistas lenguas carcomidas por sus pútridos

[cerebros

un esclavo de pies derrotados perseguidores de hambrientos gusanos

un esclavo de zapatos que extienden sus manos

y pisan los soles las lunas

golpean a los solitarios unicornios

que caminan sobre los pasajes de digestión

El silencio rompe sus cadenas

sus sigilosas partes descienden el semen del ensueño

donde la ebriedad del lucero late desde el abismo

HILO LUNAR

LA PIEL DE LA NOCHE SE RESBALA POR TU PECHO
donde mis letras danzan por tocarte
y se pierden en los huracanes de mis delirios

Tu agua provocadora del dolor
ese turbio líquido que derrochan las olas de tu cuerpo
ese remanso de fúnebres soles
Tu enredada penumbra
que en veces se enlaza en mis dedos y pretenden engullir cada
[hilo lunar
que difumine la coraza del deseo y funda las orgiásticas respiraciones
[de la carne

El fluido de tu abismo es el hedor de la oscuridad
es el temor de que desnudes la luz
de iluminar mi cuerpo en tu boca
de tender el alba de mis ojos y quemarlos
quemar el grito del silencio
quemar el mutis sinfónico de dolor y de pieles
quemar las lágrimas de mi presente
donde se presenta el lóbrego cauce de tus ojos

HUELLAS DEL SILENCIO

MÁS ALLÁ DEL INCIPIENTE RUIDO
acá en el vértigo de las pieles
en el muladar del alba se escuchan las huellas del silencio
Huellas que son una exhausta crepitación del ruido
vestigios de una garganta sofocada
páramos de disfemias agotadas

Silencio que aparece después de una nota
de una voz de una mirada
Cada silencio es un fuego muerto
es un recinto donde el templo de voces no dejan iluminar
la aurora muerta del gemido
sólo la llama del cielo ensangrentado les devuelve la penumbra
donde encuentran su vino y su pan

LUNA GALOPANTE

A Claudia

ME GUSTA CÓMO LA NOCHE CUELGA EN TU CUERPO
cómo la penumbra traza tu figura
y las estrellas se ahogan en tu vientre
cómo la luna galopa por tu espalda
cae y muerde tus talones
quema tus uñas
sube tus piernas a besar

Me gusta cómo el lucero prende en tu piel
para fugarse en tu cadera
para atravesar los astros de tus pechos

Me gusta cómo el viento come tu pelo
y como el polvo nocturnal se enreda lo eriza

Me gusta cómo el infinito pardo
llora en tu mirada

MÁRMOLES DE LA NOCHE

A Claudia

TENGO QUE REPETIR SU CUERPO
repetir los fragmentos de su piel
—manantial donde los mármoles de la noche se bifurcan—

Tengo que evocar su nombre
esa oscura llama que nace de mi sombra
Luz brava es tu nombre
taciturna sobre mis ojos

Tengo que comer sus respiros
aire vocalizado que rasca las entrañas del viento
su voz húmedo fuego alba terrestre

Tengo que hablar de ella
la que escudriña los fauces de la luz
la que no vio las alas del cielo destrozarse
mas cada suspiro suyo ilumina la brisa

MÁSCARA MUJER

A Claudia

I

EL ESCLAVO DE IMÁGENES VA A TUS FORMAS
vuelve a sí mismo, va a tus sombras y vuelve
todas las imágenes de tu piel se arrastran en el cenit de su frente
Ladrona de insomnios
provocadora del sueño de sus poros
frígida que explota su sexo en el silencio del alba
frágil ola que se abalanza sobre el cielo
como la pared de cegueras blancas que cuelgan del techo del planeta

El esclavo no es mas que una víctima en busca de la bala
en busca de su propia sangre recorriéndole sus pies
en busca de que la navaja deje mellado el silencio
aserrando entre jotas y gemidos
él que perdió la sombra
él a quien se le cayeron sus ojos
él que dejo los labios en otro beso, todos,
muertos o vivos caminamos en busca de ese instante
de ese perpetuo instante
en donde la alevosía de tus labios nos eleven a las profundidades
[de la noche
a respirar el yugo de su piel, en la oscura aurora del silencio

II

El tiempo se detiene, los observa
nos observa
se complace en ver cómo andamos perdidos en la masa de las
[manecillas de tu sombra
El segundo nos grita, nos muestra su rostro

en espera de que alguien le de la primera bofetada

Los instantes dudan
no saben cómo devorar a la más cara mujer
no saben a quién le toca qué mar su tiempo en la noche ahogarí
sólo se arrastran por encima del alba, del minuterero
donde los muertos y vivos caminamos
sin sol, sólo con el cenit de tus labios.

LAS ENTRAÑAS DE TUS OJOS

LAS ENTRAÑAS DE TUS OJOS SE DIBUJAN EN LA COLINA DE LA NOCHE
en donde los delirios claman al lejano incubo
que deambula por las muertas calles de tu piel

La luna parió el demonio del deseo
dentro del vórtice del insomne céfiro
que discurre en el hueco del alba

Y el demonio acarició la espalda del silencio
después de haber digerido la piel de tu muerte
que tenía el sabor de tu mirada

REDENCIÓN DEL CADÁVER

AYER

dentro de las vísceras del alba
tu seca piel rompió mis pupilas
lo arrugado de tus ojos
mordió la templanza de la noche.

En la vigilia
el mirar de nuevas húmedas paredes
y los insomnes dientes que palpitan en tus manos
cruzaron nuestros pasajes.

El caer de la sangre
el gemir de las mañanas
con su mutilación en tu cuerpo
que se va en tus viejas piernas
pisotean la sombra de tus días.
Sofocaron tu grito
que era la luz de la boca de las albas.

El embrión de tu inocencia
no subyuga tus días siguientes
no corta la ebriedad de tus sueños
deja de llorar pétalos
y húndete en la carroña de la vida.

Tus alegóricos cantos
renuevan el lamer de secas letras
el repudio de mis pesadillas
el lejano
y el cercano horizonte
que me asecha desde mi futuro.

No hay más que redimir el cadáver
dejar que el vacío cante en tus labios
y que el sobrio hastío
corte tu mirada.

Es la muerte del eco que te quema
carcome las entrañas de tus tardes
cae y mutila tus calcinados pelo.

El sonido nocturno moja tu vereda
donde el sabor a fiebre
salta desde tus espaldas
y corre tras las ensangrentadas mentes.

Tu tiempo se fuga en los cráteres
de una loza que te muerde,
en el cadáver de la noche crecerás,
terminaras por morirte
en el catre del amanecer agónico.

alberto de la fuente

ALBERTO DE LA FUENTE nació en Torreón, Coahuila, el 30 de agosto de 1976. Estudió ingeniería industrial en la UIA Torreón, donde se integró al taller literario. Ha publicado en la revista *Acequias* y en *La Opinión Milenio*. Es asiduo lector de César Vallejo, Julio Cortázar y Juan Rulfo. Esta es su primera publicación en libro.

DE VISITAS Y OTROS MALES

*Nuestra percepción de la realidad es vaga,
de ahí el peligro de inventar muchos detalles.*

JORGE LUIS BORGES

DESPUÉS DE VARIOS DÍAS DE SOPORTAR UN DOLOR INDECENTE en la parte baja de la espalda y tras haber probado algunos remedios caseros para combatir tal molestia, no había mejoría. Cualquiera que entrara en mi casa encontraría un rastro de aspirinas que comenzaba en cualquier lugar y moría en mi cabecera. Mi reloj suspiraba entre sueños que era la una de la mañana. Seguía revolcándome sobre mi cama, hasta que me incorporé tomando la decisión de ir al seguro social.

El hospital no queda muy lejos de mi casa, pero el dolor necio me hizo gastar en un taxi, veinte de los últimos doscientos pesos que me quedaban. Aunque siempre pensé que eso de los dolores de espalda, eran los indicados para pagar un doctor particular y no hacer visitas imprevistas al seguro, pero a esa hora, con ese capital, no había mucho que pudiera hacer al respecto.

La llegada al seguro no era lejana de lo cotidiano: una explanada gris lúgubre alfombrada por cáscaras de semillas, gargajos, papeles y manchas de orina, ornamentada por una cenefa humana con figuras dormidas, que se fundían con cobijas sucias y cinco árboles diseminados en seiscientos metros cuadrados de cemento gris. La entrada al hospital estaba semidesértica, pero existía una bifurcación con un letrero que marcaba el área de urgencias. Mi primer error fue llegar por el costado del hospital porque la entrada directa estaba del otro lado de la cuadra, presentía que eso no me auguraba buena fortuna.

La recepción de urgencias era custodiada por la mirada sórdida de una mujer redondeada por la coca light y los pingüinos marinela, de los cuales, un par de ellos la acompañaban en su turno nocturno. Ella era el primer paso en la evolución del bienestar social y daba la bienvenida con el brillo de sus coronas dentales, las que contrastaban con un chicle presumiblemente inconsistente, estaba seguro que ella formaba parte del inventario del instituto. Su trabajo consistía en dos cosas principales: Primero en revisar las tarjetas de los derechohabientes, el número de afiliación y su vigencia, para después mandarlos a un cubículo con un doctor. Segundo: en hacer reflexionar a la gente si en realidad su dolor

ameritaba el insignificante trámite burocrático que en cualquier país de primer mundo asegura la salud.

De la forma más filadélfica posible, me acerqué hacia la mujer que registraba las altas del hospital. Le enseñé mi identificación, le hice muecas acerca de mi espalda, le mostré mi tarjeta de derechohabiente(junto con la hoja rosa para mayor seguridad), tratando de evitar cualquier desdén burocrático. Ella coquetamente, con sus coronas reluciendo tras el cristal casi blanco por la grasa de quienes pegan la cara, me indicó que no existía ningún problema, que mis papeles estaban bien, que de mi espalda no sabía nada, pero que mi turno llegaría después de quince personas, las cuales estaban antes que yo.

Con mi mejor voluntad y apoyado en recuerdos marxistas, voltéé para apreciar a la gente que esperaba antes que yo. La sala de espera era igual, como la explanada: deplorable, incluso era idéntica, sólo que allí habían varias series de sillas para cuatro personas y todo se veía a colores. Podía identificar la presencia de personajes del total dominio público, y yo, ya estaba incluido.

Después de una hora, por fin tocaba mi turno para entrar al esperado cubículo, allí el doctor sólo evaluó mi caso, supe que ese cubículo era para decidir si era una urgencia o podía esperar al otro día la visita con mi doctor familiar. El doctor viendo la indecencia de mi caso, puso una anotación sobre mi tarjeta, la cual indicaba una visita al consultorio dos, donde pondrían fin a mi desvelo. Pasado el primer filtro, caminé hacia una nueva sala de espera, donde entre otras figuras, me encontré a Walt Whitman(animado por la imaginación que causaba mi dolor y por un buen hombre que se parecía a él), algunos personajes mitológicos, ahora reales, y gran parte del personal de las películas mexicanas. Para mi sisífrica espera, preferí sentarme cerca del buen Whitman, quien fue el único que me inspiraba confianza. Después de dos horas y un dolor insurrecto. Paseaban por mi cabeza ideas para sobre llevar mi dolencia. Trataba de pensar en cualquier otra cosa pero no podía y cuando el dolor se intensificaba más, pude haber jurado que mi compañero decía *¡Oh, Capitán! ¡Mi Capitán! Terminó nuestro espantoso viaje*, me acerqué un poco para oírlo mejor, pero sólo escuché balbuceos. Me di cuenta que no me sentía muy bien. Preferí pararme y caminar doliéndome la parte afectada, mientras me dirigía hacia la puerta de salida hice un gesto de despedida al buen Whitman y pensaba sobre algún buen analgésico que pudiera com-

prar en la farmacia que está cerca de mi casa, me daba cuenta que en realidad mi dolor de espalda no era para tanto.

Marzo 2001

CUARTO ONCE

*Comprendiendo que él sabe que le quiero,
que le odio con afecto y me es, en suma, indiferente*

CÉSAR VALLEJO

Sra. Begoña

TODOS LOS INQUILINOS DEBIERON HABER VISTO el numerito que hicieron los muchachos. Primero una correteada desde arriba hasta la entrada del edificio, después los golpes mudos que se dieron frente a la puerta principal. Yo sé que sólo uno se los merecía —qué Dios me perdone por decirlo, pero hay gente que nomás no— además fue el único que los recibió, hasta que Laurita se puso a gritar y los separó, fue entonces cuando llamó a la ambulancia. Yo estaba en mi casa lavando los platos, justo a un lado del edificio, hasta que comencé a oír el ruido de las tinas cuando se cayeron, y luego me asusté cuando rompieron una ventana. Entonces supe lo que pasaba y me acordé que esto ya me lo imaginaba, desde que llegaron los muchachos nuevos al edificio, casi al mismo tiempo, aunque ellos ni se conocían.

Pude haber rentado más caro, pero lo único que deseaba era ocupar esos cuartos, es mejor eso a que estén desocupados. El del cuarto once se ve muy trabajador, creo que trabaja en una oficina del gobierno o algo parecido, muy bien peinadito y educado, sólo por eso decidí esperar un mes el depósito para su cuarto, si yo tengo buen ojo para los inquilinos, nunca me equivoco con ellos. El del cuarto diez se ve más tranquilo, ha de ser un estudiante de vacaciones o algo así, porque sólo me rentó por dos meses y me pagó en efectivo el tiempo que va a estar aquí. Parece muy serio, hasta me recuerda a mi sobrino Julio, igualito de serio y de tímido. Ningún pero le puso a mis condiciones.

Son muy diferentes a los otros inquilinos. Laurita, tan bonita y hacendosa. Su perfume llega a veces hasta mi casa y puedo respirar un poco de esa juventud que casi se me escapa, por eso me gusta rodearme de esta gente, para que me contagien la juventud. El bueno de Miguelito se la pasa entrenando en el gimnasio, aunque ya le dije que eso del box a mi no me gusta ¿qué es eso de andar dándose golpes? siempre le digo que mejor se haga futbolista, se me hace que les va mejor; yo sé de muchachos que se hacen ricos jugando desde chiquillos, pero nunca me hace caso,

aunque hay algo que no puedo negar, tiene el carácter para ser boxeador, se carga un temperamento que sólo yo y su mamá hemos de aguantar, pero es muy buen muchacho.

El del cuarto diez

Pudo haber sido más cara la renta, pero con dos meses aquí es suficiente mientras me voy a Jalapa. Qué diferencia entre la desvanecida privada Valdés y este cuarto. Podría haber soportado terriblemente aquel mercado de gritos y espasmos enjuiciados, colándose cada uno por las grietas de mi antiguo cuarto, los juegos de niños deslizándose por el pasillo, nadando en mi ventana. Aquí es diferente, el cuarto está envuelto en silencio, puedo respirar completa la brisa azul de mi ventilador y alejar el calor de los huesos. Sólo me basta asomarme por la ventana y respirar el tosco bullicio de esta ciudad. Es necesario huir de esta aterrada y antipoética ciudad. Ya sé qué dirías, Rilke, que no culpe a la realidad, pero estar aquí y no culpar a la realidad, es en verdad difícil. Me hubiera gustado verte tratando de encontrar aquí poesía, mientras yo no sé cómo encontrarla.

Es normal, me parece, conocer a los vecinos y compartir el mismo pasillo sin luz y por qué no, algún saludo. Mi vecino de enfrente, el del cuarto once, también es nuevo, se llama Hugo y según la señora Begoña trabaja en el gobierno. Es un tipo seco, de cortesía famélica y no muy bien comido. Fue verdaderamente molesto el ruido que estuvo haciendo cuando llegó ayer por la noche. El pobre Brahms se quedó rendido en su *Lullaby* con esos ruidos. ¿Qué no es normal llegar a las cuatro de la mañana y dormirse o acostarse sin más ruidos que la respiración que tiende a reclamar el sueño? El del cuarto doce, según mi casera, es un joven deportista que se llama Miguel y parece estar solamente armado con su mirada, creo que practica box y entrena en el gimnasio municipal; parece que sus músculos piensan por su cerebro, esa impresión me da cuando una persona se confía en deportes tan agresivos. En cambio, Laura, la del nueve, se veía tan contenta con su trabajo en el puesto de nieve afuera del edificio, parece ser la más normal de por aquí y también la única forma humana que merece respeto.

Cada día me asombra más la gente. El segundo día aquí y mi baño amaneció sin agua, el café diario tendrá que esperar tres cuerdas. Es

molesto cuando uno paga por estos servicios indispensables ¿y qué resulta? ¿Por qué demonios no tengo agua?. Después de arreglarme, al medio día salí rumbo a cualquier lugar para comer algo, y en el pasillo principal; un charco de agua se dibujaba en la puerta de mi vecino del once. Mi día comenzó sin café y la otra mitad con un letrero en la puerta principal del edificio: “Hugo: ¿Viste el pasillo inundado? Ayer dejaste la llave del agua abierta y el tinaco se vació, además la bomba trabajó en seco. Dejas a todos los inquilinos sin agua. Ayúdanos a economizar. Atte. Sra. Begoña”. Después de leerlo, el inquilino del doce llegó molesto a preguntarme si yo era Hugo, seguramente para reclamarme sobre el agua que le había faltado, hasta que le aclaré mi nombre.

Mi primer duda estaba aclarada, mi hambre y sed aún no. Pero empecé a conocer las melódicas acciones y reacciones de la gente que comparte este edificio. Es mejor, en ocasiones, no conocerlos y no pensar en lo que puedan o no hacer. La complejidad de la naturaleza humana, la psicología... Para mí sólo es indispensable leer, escribir y comer, porque no soy sentimental ni romántico; si quiero escribir no debo tener hambre, ni estar enfermo.

Durante mi comida, imaginaba la escena de Hugo. ¿Qué habría pasado con la llave? Quizás se haya quedado dormido y se le pasó cerrarla después de lavar algo. Presume triste su semblante, puedo expresarme mejor, es patético y puedo compadecerlo de trabajar para el gobierno, en un trabajo tan lleno de reclamos y secretarias.

La tarde me pasó lenta, vuelvo a la incertidumbre de no poder escribir, no sale nada convincente, alientos cortos, terribles, sin música, volveré a mi café y a la prosa de Borges o Chejov con sus nombres rusos, hasta que me asalte el cansancio.

Si fuera por mí no estaría enojado, pero me exaspera no poder preparar un café por la mañana. Seguro el gran Hugo volvió a dejar esa llave abierta; en adelante mis precauciones serán guardar agua en garrafonas y no depender del cansancio, la estupidez o lo que le pase a Hugo.

Para mi ritual de alimentación es necesario pasar por la entrada principal. Tal vez fue otro problema y no Hugo. Debería reclamarle a mi casera, aunque preferiría no hablar con ella sobre estos detalles, creo que es mejor para mí. Al llegar a la entrada principal un nuevo aviso se cansaba de esperarme, correspondía a mis primeras sospechas: “Hugo: Es la segunda vez que dejas el agua abierta y todos se volvieron a quedar

sin agua, esto se refleja en más gasto ¡Me urge verte! Sra. Begoña”. Miguelito estaba ahí de nuevo, acompañado de la señora Begoña, esperando absortos la llegada de Hugo para volver a reclamar sobre el uso del agua. La única que no se había quejado era Laura.

—Buenas tardes joven, ¿de casualidad no ha visto al joven del cuarto once? —me preguntó la señora Begoña con una mirada lastimosa y perdida, acentuada con la mirada de Miguelito.

—No, señora, lo que noté es que no hay agua en mi cuarto y no pude bañarme, además es la segunda vez que me pasa —le dije en tono de asalto, aunque sabía cual sería su respuesta inculcando a mi vecino incierto de enfrente y pude ver cómo se marchitaba su tranquilidad hacia el burócrata.

—Ya me dio pena con ustedes eso del agua, pero este muchacho, Hugo, no sé qué pasa con él, Miguelito está muy enojado por eso.

Al principio se me hacía gracioso, Hugo, ya te avisaron, la verdad no me importa qué hagas tú con el agua, ni siquiera con tu vida, pero especialmente esta agua la compartimos, pensaba mientras fumaba. No pude escapar a la imaginación, pensar por qué lo hizo de nuevo, estará descompuesta su llave, o encontró una forma divertida de molestar gente.

Después de la recriminación a mi vecino del once; la señora Begoña me pidió que si lo veía, le avisara su necesidad de verlo pronto. Acción que aunque se conjugue muchas veces no realizaré. Es mi naturaleza no meterme en las vidas ajenas, al menos no físicamente.

Amaneció sin agua mi baño de nuevo. Sabía qué tipo de letrero encontraría en la puerta principal del edificio al medio día y quiénes estarían allí, este es el morbo que me gusta, el que coincide con mis inferencias y me divierte: “Hugo: Es la tercera vez que dejas abierta la llave, sabemos que lo haces adrede. ¿Por qué? ¿Sabotaje? La bomba del agua se quemó y nos va a costar más dinero. Quedaste formalmente en venir ayer a verme y no viniste. ¡Me urge verte! Atte. Sra. Begoña”. Ya sé, Hugo, has de reír en mangas de camisa y con tu cuarto inundado de reclamos y toquidos en la puerta, no te preocupes, yo tengo agua para mi café, hasta para bañarme haz con el agua lo que quieras, no podrás hacerlo siempre, siempre que vivas aquí, porque a Begoña no le hace gracia. Tus niñerías y juegos estúpidos están hartando a Miguelito, creo que en cualquier momento llegará la señora Begoña a tu cuarto como pregunta en la noche, y te pedirá como respuesta la llave de tu cuarto y te volverás a la calle,

buscarás y encontrarás otros cuartos con llaves de agua y caseros que te pidan no tirar el agua, y tú te acordarás del gobierno y de su aliento y del olor de la ciudad y de la mierda que a veces flota en ella y dejarás de nuevo las llaves abiertas, y será tu sisífrica misión en esta mierda de ciudad desértica. Desde hoy estás condenado.

Parece que la señora Begoña no pudo ver a Hugo, me preguntó si lo había visto, parece que ella no entiende que no me importa a mi decirle nada, nada directamente y este silencio de cuarto sin agua me empieza a desagradar. Y también que no es mi culpa que se vaya muy temprano y que llegue muy tarde. Pensar si mañana hará lo mismo o no, si habrá agua en la tarde para llenar mis garrafas y asegurar la tranquilidad de mi mañana esta tarde.

Seguro que Hugo acaba de llegar, y estoy tentado a preguntarle qué piensa del gasto de agua, podría ser como leer un libro que te han platicado y sabes como acaba, no entenderá o no le importará lo que le digan, aunque pudiera que sí.

Hoy ya no fue sorpresa que mi baño amaneciera sin agua. Hugo, creo que hasta te estoy empezando a querer como a un buen amigo, ni siquiera sé si estoy enojado, lo que más deseo es ver el letrero que colgarán a eso del medio día, ¿qué podrá escribir hoy la señora Begoña?

No fue exactamente como pensé pero fue más profundo y poético: “A todos los inquilinos: Se les suplica de la manera más atenta que si ven al inquilino del cuarto once favor de pedirle las llaves de su cuarto, ya que había dado su palabra de hombre de entregarme las llaves y no me las ha dado. Atte. Sra. Begoña.” Miguel lo leyó como si ofrecieran recompensa y parece que estaba dispuesto a cazarlo, fue al otro día cuando por error Hugo salió tarde de su cuarto topándose a Miguelito reclamando sobre el agua, Hugo de mala forma le reclamo que el podía hacer lo que quisiera donde quisiera, fue a esa hora cuando oí los vituperios, salí y comencé a ver la persecución en las escaleras hasta el patio del edificio, lanzando tinajas, envases, rompiendo vidrios hasta el pobre desenlace donde Miguelito alcanzó a Hugo y mientras le rompía la madre, desde lejos gritaba Laura, hasta que llegó a separarlos y como vio a Hugo lleno de sangre, decidió llamar a la ambulancia.

*Para Lomas
Julio 2001*

LUCÍA:

*Mi Lu
mi lubidulia
mi golocidalove*
OLIVERIO GIRONDO

¿Y QUÉ SI TE ENCUENTRO AHORA, LUCÍA?
tristemente, vividamente, espaciada y sola,
sola de nadie, de ti, infinita y mortal.

Tendría que decirte: vengo de ti,
y hoy, llano y escondido, te encuentro aquí, Lucía,
donde siempre estuviste.
Pero tú sabes cómo cambia a la mirada el tiempo,
medido con tristezas y soledades,
con miradas nacidas muertas, absortas, pero crecen,
bañadas por la luz del sueño,
con velas de nostalgia y oscuridad de mar
¿ves cómo te miro?
—con qué tranquilidad me miras verte—
cómo las miradas se pegan y nos reflejamos,
te veo, me ves verte, te veo verme, me ves
como un simple reflejo que siempre estuvo,
como luna condenada a reflejarse eternamente sobre el mar.

CERCANA LEJANÍA

AHORA, PIENSO POR COMPLETO

en qué es el alma,

lo mal comida que la tengo, que la puedo tener,

su *no me mates, de verdad, me estás matando*,

entonces comienzo con las palabras,

y no puedo, no sé, enroscarme con suavidad en ellas,

para olvidarme de tenerla, olvidarme de escribir que la tengo,

olvidar que come, que la traigo puesta, que me lavo con ella,

y normalmente se desgasta, envejece,

pienso en el alma, ahora,

completamente alejado de ella.

SOMOS LOS DÍAS

Para Pao

CÓMO ME GUSTA MORIR VIVIENDO, LUCÍA
¿cómo podría dejar de ser yo?
como si no fuera parte de una partecita partida en partes
partidas con el filo de mi propia angustia, no la tuya
por eso te exijo: grítame, vamos, dímelo
¿por qué me inunda esta jauría rabiosa de deseos?
¿por qué me ensucia el insalubre color del tedio?
¿por qué hay días en que no quiero decirte?:
Sí, está bien, perdóname, el animal soy yo

Seguimos siendo
somos cuando el tedio no nos mancha, es decir, en la cama
fuera de eso también somos los días
somos el lunes y empezamos a las seis
somos el martes y terminamos más temprano
somos la comida (disculpa, tengo hambre) y somos los mismos
después seguimos siendo la semana, los días
dime ¿cómo no podría seguir siendo yo, Lucía?

daniel herrera

DANIEL HERRERA (Torreón, Coah., 1978) estudió comunicación en la UIA Torreón. Ha publicado en los colectivos *El tejido de la rueca*, *Alba de la semilla* y *Hoy no se fía*. Es maestro de literatura en el Itesm Campus Laguna y en el Colegio Cervantes. Es músico de jazz y terco lector de las duplas Bukowski-Carver y Cortázar-Borges.

EL VAGABUNDO

LO PRIMERO QUE VIO FUE EL PISO ACERCÁNDOSE vertiginosamente. Intentó poner las manos, sólo alcanzó a extender una. Sintió la palma de su mano abrasada por el calor que le produjo el golpe contra el suelo. Después se olvidó de todo. Despertó preguntándose que hacía en el piso. Estaba boca arriba y una mujer, una mujer joven vestida de blanco le hablaba.

—Despierte, señor.

Caerse en medio de la plaza, justo en la mañana. No tenía lógica. Hace apenas un momento no se sentía mal. De hecho estaba pensando en como conseguir una botella. Esa era la pelea de todos los días. Despertarse, recoger las cosas del piso y buscar algo de tomar. La noche anterior había acabado con su última reserva. Una botella de plástico. Todavía se acordaba del olor a tequila barato.

Lo que no recordaba era la comida, es tan raro tener hambre cuando se toma todos los días. ¿Hace cuanto que no comía? Creo que fue hace dos días, cuando encontré tirado un lonche casi completo, pensaba, mientras la mujer de blanco lo ayudaba a incorporarse.

Ella era una estudiante, voluntaria de la Cruz Roja. Sintió que el olor del viejo se impregnaba a su ropa y le dio asco, afortunadamente tampoco había desayunado nada. Más tarde, arriba de la ambulancia, recordaría el olor y daría una arcada. De su boca saldría un hilo de saliva que se estrellaría contra el tablero.

El viejo no pudo pararse por completo, decidió sentarse en una banca de la plaza, justamente la que había sido su cama esa noche.

—¿Cómo se siente? —le preguntaría la mujer. Por costumbre el viejo respondió otra cosa, algo que no tenía nada que ver. Respondió con otra pregunta. La que siempre le hacía a todas las personas que se cruzaban en su camino.

—¿Tendrá unas monedas que le sobren por ahí? —fue lo que respondió el viejo. Creía que era una forma original de pedir dinero. Sin usar las formulas acostumbradas por otros vagabundos.

—No —dijo la joven, después agregó —le pregunto que cómo se siente.

Entonces el viejo se dio cuenta de que le estaba sangrando la palma de la mano, la alzó a la altura de los ojos y luego volvió el dorso para que la mujer pudiera verla bien. Parecía como si la estuviera saludando.

Ella tardó un poco, la duda cruzaba por primera vez frente a sus ojos, los abrió bien porque quería estar segura de que eso era sangre y eso era una herida y eso era necesario limpiarlo y arreglarlo. Después de ese segundo, volteó hacia su compañero y le pidió las gasas, el agua oxigenada, las vendas y la cinta. Respiró profundamente y tomó la mano del hombre. Ahora él la tenía extendida, con la palma hacia arriba. Parecía que le estaba pidiendo dinero.

Entonces se acordó.

Percibió que su estómago le pedía algo de tomar y volvió a preguntar, mientras sentía el agua oxigenada burbujear en su mano.

—De veras, no tiene unas monedas que le sobren —dijo con una sonrisa, una sonrisa grande, grande, grande. Creo que esta es la mejor sonrisa que he dado en mi vida, pensó. Y es que él no tenía muchas razones por las que sonreír. De vez en cuando esbozaba una, sobre todo cuando conseguía una botella y no tenía que compartirla con nadie, con ninguno de los otros vagabundos.

También sonrió el día en que vio como uno de sus compañeros golpeó a otro. Iba caminando por la calle y los divisó a unos metros, uno de ellos estaba en cuclillas, el otro de pie a un lado, recargado sobre la pared. Alzó la mano para saludarlos. De pronto el que estaba parado levantó suave y lentamente su pie y lo estrelló con firmeza contra la cabeza del otro. Después lo volvió a hacer, pero ahora de una forma un poco más sucia. Como si el primer golpe fuera el importante y los siguientes solamente un epílogo. El que estaba en cuclillas cayó al suelo después del tercer golpe. Me quedé con la mano en el aire y riéndome de unos niños que se asustaron al pasar por ahí, pensó mientras veía su mano recién curada, envuelta en una venda muy blanca.

—De veras, ¿se siente bien? —preguntó la muchacha de nuevo.

—De veras, ¿no tiene unas monedas que le sobren? —respondió mientras movía su cabeza de arriba hacia abajo.

La ambulancia se fue y el viejo permaneció sentado en el banco donde había dormido. Quería descansar, se sentía débil. Estuvo ahí no supo cuánto tiempo, pudieron haber sido minutos u horas o días o tal vez unos cuantos segundos. No pensó demasiado, ya no estaba hecho para eso. Una

de las ideas a las que más le dio vueltas fue a la muerte. Lo hizo varias veces y se contradecía constantemente. En un momento pensaba algo y de inmediato en lo contrario. En eso pensó el vagabundo durante ese tiempo. Lo hizo tranquilamente, al igual que una persona piensa en mandar una carta al siguiente día, lo hizo como si planeara en cómo conseguir una botella para sobrevivir las siguientes horas. Entonces volvió a fijarse que pasaba del mediodía y no había tomado nada. Se dio cuenta de que su cuerpo imploraba por un poco de aquel líquido medicinal. De eso se percató e intentó levantarse para buscar una botella, aunque fuera la última. Caminó dos pasos y alzó la vista; ahí, frente a él, estaban flotando miles de botellas llenas de licor, flotando como si pendieran de hilos invisibles. Abrió bien los ojos de la misma manera que cuando recién despertaba, alzó su mano vendada con tela muy blanca.

La mujer de la Cruz Roja se dijo que esa hora era muy extraña para desplomarse en medio de la plaza. El sol aplastaba a las pocas personas que caminaban por ahí. Esta hora era la mejor para pensar en la comida. Ahorita en mi casa mamá está preparando la comida. Después voy irme a clases. ¿Por qué estoy en medio de la plaza ayudando otra vez al viejo?

Inmediatamente se olvidó de este pensamiento porque ya había visto cosas mucho más raras y su apetito fue cortado por el olor a viejo, a muerto fresco que despedía el cuerpo inerte que intentaba cargar.

Torreón, Coah., agosto 2002

REMEDIOS

ISIDRO GONZÁLEZ DESPERTÓ AQUELLA MAÑANA CERCA de las doce del mediodía. El día era como cualquier otro, como los que habitaban esa temporada de verano que inundaba a la ciudad. Aún así a Isidro le pareció que era un día luminoso, claro y confiable: “Que bonita mañana, es como si Dios estuviera sonriendo”. La noche anterior sólo pudo dormir hasta las cinco de la mañana, de todas maneras el insomnio que padecía muchas veces al mes no le afectaba el ánimo. La televisión nunca fue buena compañera en esas noches, al principio se divertía con los anuncios larguísimos que se transmiten a horas prosaicas. Pero pronto se memorizó todos así que terminaron por aburrirle; decidió apagar la caja. De todas maneras la televisión seguía manteniéndolo despierto aunque no estuviera encendida, y es que cada vez que intentaba dormir comenzaba a repetir mentalmente todos y cada uno de aquellos comerciales, principalmente los que anunciaban remedios para las várices, los moretones, las estrías, los que anunciaban fascinantes productos para la depilación de las piernas femeninas. A Isidro le encantan las piernas de las mujeres.

Los bostezos de Isidro son frustrantes, significan un sueño que no podrá alcanzar, es como las carreras de perros: los animales persiguen una libre artificial manejada a distancia, cuando los canes llegan a la meta la falsa liebre desaparece. Confundidos voltean a todos lados buscando la veloz presa, así son los bostezos inútiles de Isidro.

Para aliviar su negligente sueño Isidro descubrió que leer es la mejor opción, no busca nada complicado, de hecho el periódico es su canción de cuna. No entiende bien la sección internacional tampoco la de finanzas, así que las deja al último. Comienza por la deportiva, sigue con la de espectáculos, inmediatamente después los sociales. A esta altura el sueño comienza a colarse a su cuerpo, principalmente por la derecha.

Lee completa la sección de finanzas y después la de noticias internacionales. A veces esto es suficiente y está listo para dormir, en caso de no funcionar recurre a su intento más desesperado. Lee, anuncio por anuncio, toda la sección de avisos de ocasión. Por lo general esto es lo más fuerte, comienza a hundirse en la cama y desaparece temporalmente su

inútil vida de este mundo. Aunque no siempre funciona; es cuando permanece despierto hasta las cinco o seis de la madrugada. Esto sucedió la mañana de ese día tan claro, luminoso y confiable. Él no se molesta, la rabia no existe en su concepto de mundo.

Isidro González tiene 37 años. Vive en casa de su madre, junto a su abuelo, su tía, su hermana y la hija de ésta. La casa se encuentra en la colonia B. A un lado está la colonia La Joya y del otro La Rosa. Aún no se sabe por que se llama B, si no hay una colonia A o una C. De todas maneras a ningún habitante, incluido Isidro, les preocupa demasiado.

Isidro tenía hambre, se acercó silenciosamente a la cocina, al traspasar el umbral se acordó que dios no sonrío todo el día. El abuelo está sentado a la pequeña mesa mirando hacia la ventana, al sentir a su espalda la presencia de alguien, gruñó. Trabajosamente se dio media vuelta y soltó otro gruñido al distinguir a Isidro tan cerca.

—Buenas —dijo Isidro todavía en pijama y sentándose.

—Hola mijito —saludó mamá desde la estufa. El abuelo gruñó una vez más como saludo.

El silencio se cernió sobre la cocina, solamente se escuchaba el suave trajinar de mamá preparando el desayuno a su hijo y el crepitar del sartén inundado de aceite con un abandonado huevo en el centro.

El abuelo mira fijamente a Isidro que bosteza exactamente igual a como lo hacen los perros. Al abrir la boca saca la lengua y la regresa como si quisiera enrollarla. El viejo bufa acomodándose en su silla.

—Yo a los ocho ya me preparaba el desayuno.

Nadie respondió.

—Después de unos años me hice muy bueno para eso, ahora ya no los hago porque me duelen las piernas si estoy mucho tiempo parado.

La misma respuesta del mínimo auditorio.

—Yo no sé como hay unos pinches viejos que a sus treintaytantos no se preparan sus pinches desayunos —soltó de un tirón.

—¡Abuelito! —contestó Isidro.

—¡Papá! —se molestó mamá.

—¡Eso es todo lo que digo! Y encima no consiguen un pinche trabajo para ayudar en la pinche casa.

—Chingadamadre —deslizó quedamente Isidro, de ahora en adelante el desayuno, que tenía desde hace algunos minutos enfrente, le sabría como el sueño: insípido.

—A ver cuando dejas de consentir al muchacho, ya tiene pelos en la cola como para mantenerse, trabajar y hacer sus pinches propios desayunos.

Ni una respuesta, normalmente aquí terminarían los reclamos, pero el abuelo hoy sentía ganas de no parar en su intento por educar a su nieto, al huevón de Isidro, decía él.

—Es la verdad, digo, aunque sea unos pinches centavos. ¿Qué crees que eres? ¿un chingoncito? ¿te crees tan cabrón como para ser un pinche mantenido?

—Ya abuelito —respondió con medio huevo en la boca, sabía a hule espuma.

—Digo, aunque sea si te hicieras tus desayunos, pero eres un pinche huevón que nomás gasta y gasta.

Tal vez era que la noche anterior tuvo una taquicardia, tal vez era la muerte acariciando su espalda esa mañana. El caso es que el abuelo cargó otra ráfaga de reclamos, pero esta vez se le frustró el ataque, porque sorpresivamente mamá se alejó de la estufa.

—Está bien, está bien, ya papá, Isidro buscará un trabajo, hoy, hoy mismo.

Isidro casi escupe el pedazo de hule espuma, ahora no era plástico, sino una gran piedra que optó por tragar y que cayó pesadamente en su estomago. No lo podía creer: mamá lo enviaba a buscar un empleo. El abuelo sonrió su victoria y volvió a observar la ventana. Isidro hizo un amago de rebeldía.

—Pero, mamá...

—Ya oíste a tu abuelo, Isidro.

—Y rapidito, cabrón —deslizó el viejo.

Isidro se levantó de la silla, observó a su abuelo esperando a que la muerte dejara de acariciarle la espalda y se lo llevara de una maldita vez y fue a su cuarto para vestirse.

Mamá salió tras él, a su espalda escuchó.

—No consientas al huevón de Isidro.

Encontró a su hijo terminando de ponerse los pantalones.

—Chingadamadre —renegó Isidro, saliendo del cuarto.

—Vas y hasta que no consigas trabajo no regresas —lo siguió su madre.

—Y si para la hora de la comida todavía no consigo —preguntó angustiado.

—Toma —dijo ella y amorosamente le extendió un billete— con esto comes cualquier cosa.

Él lo tomó y comenzó a caminar hacia la puerta de la calle; cuando la abrió, escuchó:

—Cuídate mucho, mijito.

Cerró con rabia. El día continuaba claro y luminoso y confiable.

Isidro salió de casa, sabía exactamente que hacer. Dirigió sus pasos rumbo a las florerías del centro de la ciudad, ahí donde las rosas costaban muchísimo más barato que en la mayoría de las tiendas. La colonia, un lugar un poco jodido, un poco destrozado, donde Isidro vivía no estaba a las afueras de la ciudad, sino casi en el centro, el camino no era largo.

La forma de ganarse unos pesos fáciles se la había dado Luis, “el tiranosaurio”. Le decían así porque era un viejo deforme, que hablaba con una voz grave, cascada, sus brazos eran pequeños de nacimiento y una joroba afloró en su espalda desde joven. Aun así el tiranosaurio no era imbécil, sabía como conseguir dinero rápido para poder hacer lo que más le gustaba: tirarse putas. “Ni modo”, pensaba, “estoy feo pero tengo dinero. La necesidad, la necesidad”.

Una de las tantas maneras que usaba el tirano era comprar flores y dirigirse al Seguro. Ya ahí las ofrecía a los enfermos y a los familiares de estos. Ellos compraban algunas y las llevaban a la capilla del hospital. Algunas veces eran los mismos encamados, aquellos que sentían solamente una pequeña brisa de vida soplando por sus ojos, aquellos que se aferraban a las sabanas sucias y pegadizas con la misma fuerza con que se aferraban a existir por unas cuantas horas más, eran ellos los que confiadamente encargaban las flores y le pedían al tiranosaurio que las llevara él mismo a la capilla. El viejo deforme no era irrespetuoso, sabía cuando la muerte daría su gran abrazo a aquellas personas, así que cumplía honradamente. Aunque cuando notaba que el enfermo tenía muchísimas horas de vida por delante y su dolor era creado en el cerebro, cobraba el dinero y no llevaba las flores. “Que se chinguen”, pensaba, “por mentirosos, la necesidad, la necesidad”.

Así, con uno o dos días de pasar ocho o diez horas en el hospital y hacer unos cuantos viajes a las florerías para comprar más mercancía, sacaba suficiente para vivir mal un par de días y usar la mayoría para pagarle a una puta y derramar su deformidad en tierra caliente y húmeda. La necesidad, la necesidad.

Isidro sospechaba que con algunos pesos extras que llevara, el viejo y su madre estarían satisfechos y tal vez al siguiente día olvidarían esas ideas ridículas, esas creencias de que el trabajo es algo necesario. Él nunca tuvo o sintió un deseo incontenible por trabajar, nunca en sus 37 años creyó que el esforzarse por una paga y obedecer a algún pendejo fuera necesario. En todo caso, en los únicos momentos que intentaba conseguir dinero era cuando quería los favores de alguna mujer, sobre todo si esa mujer tenía unas piernas hermosas. “Me vale madres si la jeta está pinche”, le platicaba al Tiranosaurio “con que tengan unas nalgotas y unas piernotas muy buenas”.

—Yo me conformo con que tengan agujero —respondía en voz alta el Tiranosaurio— para mí cualquier mujer sirve para lo mismo.

—Si pudieras, te cogerías a tu abuela, cabrón —se burlaba Isidro—. No, lo que a mí me gusta de las novias que he tenido son sus piernotas.

De todas maneras en toda su vida no había tenido demasiadas —sólo un par de veces— así que por ahora tenía que lograr que su vida regresara a la normalidad, a las mañanas apacibles en pijama y las tardes frente a la televisión. O a sus paseos por la colonia platicando con los vecinos y con aquellos que vivían más allá. O a observar el juego de fut nocturno en esas calles mal alumbradas por las lámparas que mandó poner el presidente, nunca participaba en los juegos. O las noches insomnes colmando su cama. O las lecturas periodísticas y el retorno al siguiente día, igual al anterior, pero seguro y cotidiano, sin sobresaltos.

La única forma de regresar a esos días comunes era consiguiendo algunos billetes y entregarlos a su madre, hacerlo justo frente a su abuelo, así el viejo no podría reclamar nada en mucho tiempo. La duda que atormentaba a Isidro era si este día se repetiría en, digamos, un par de meses.

Consiguió las flores a un precio exageradamente bajo, compró una cantidad considerable, en ellas gastó casi todo el dinero que le acababan de dar, así que decidió caminar rumbo al Seguro 16. No quiso tomar un autobús para ahorrar los últimos pesos que tenía, comprar cualquier cosa de comer y ver a las mujeres que caminaran por las calles. Si una le gustaba la seguía con la mirada, si pasaban a un lado suyo hacía un ruido. Algo así como un silbido, como cuando su nariz atrapaba el olor de un hot dog o una hamburguesa. El sonido deseando algo emergía de su boca.

“Mientras el tiranosaurio no esté chingándole en esto hoy”, pensó cuando casi llegaba al lugar, la explanada del hospital estaba llena, llení-

sima. Los camiones se paraban en doble fila recogiendo pasaje, el olor pestilente de las alcantarillas se confundía con el de la miseria y la gasolina quemada. Isidro respiró hondo y sonrió, se sentía en su lugar. Ahora dios reía fuertemente.

Entró al hospital, subió las escaleras lentamente, en el cuarto piso estaban los encamados, el lugar repleto de personas, quienes esperaban en los estrechos pasillos a que su enfermo mejorara o muriera definitivamente. Cualquier cosa, menos esa espera llena de negritud, sudor, desesperación, falta de sueño, desgracia.

Isidro comenzó a ofrecer las rosas a los parientes, rápidamente vendió la mitad, no era que ellos realmente quisieran comprar esas flores, había cosas todavía más importantes que pagar, como la operación o las medicinas de aquel cuerpo que gastaba una gran cantidad de dinero desde su almohada. La compra solamente era una excusa para salir del asfixiante pasillo, desentumecer las piernas, respirar aire un poco más puro, dejar de pensar en el pariente enfermo y en que debería mejorar o morir definitivamente, lo más pronto, lo más pronto posible.

—A este ritmo se me hace que acabo para las siete de la noche —se dijo entredientes, muy bajito.

Decidió que tal vez terminaría de vender las flores donde las encamadas. Se asomó poco a poco, había diez camas ocupadas por mujeres. Las enfermas menos muertas se abanicaban con cartones o con lo que tuvieran a la mano, el calor era tal que las sabanas estaban a un lado, las piernas, los brazos, algunos estómagos descubiertos. Isidro entró enseñando las flores como un pase de visita, se acercó a cada una de las mujeres a ofrecerles rosas, solamente dos de ellas compraron, de todas maneras Isidro tomó un largo rato en irse, observaba con insistencia la piel morena, la piel llena de estrías, de moretones, de varices, de pelos sin rasurar. También descubrió los nombres de todas ellas en una hoja de papel pegada a un lado de la puerta. Se alejó justo cuando su presencia comenzaba a molestar, justo cuando las pieles comenzaban a cubrirse, a pesar del calor de ese día claro, luminoso, confiable. Pasó a la central de enfermeras a pedir un pase identificándose como esposo de una encamada.

Isidro terminó la jornada con dos flores nada más, las tiró en el basurero al salir del hospital. Durante el día hizo dos viajes al centro por más

flores, todas las había vendido al doble de lo que le costaron, el dinero que mamá le había dado para comer fue una buena inversión, regresó a casa pensando en el siguiente día que sería como cualquier otro menos como el que acababa de vivir. Entregó el dinero a su madre, no todo, se guardó un poco para él, lo hizo frente al abuelo que gruñó diciendo que se iba a la cama.

—¿A quién le pediste prestado? —lanzó antes de irse.

—A nadie abuelito, lo gané con el sudor de mi frente.

—Entonces ¿a quién se lo robaste?

—¡Abuelito!

—¡Papá! —gritó mamá— tu sabes que Isidro es incapaz de robar algo.

—Es incapaz de hacer cualquier cosa, pinche huevoncito —dijo el viejo ya casi llegando a su cuarto. Cerró la puerta indicando algo como: “ya no quiero saber nada del huevón de Isidro”.

Esa noche, Isidro terminó de leer la sección de avisos de ocasión y no pudo dormir. Se levantó, se vistió y salió de casa. Con el dinero que tomó de la venta del día pagó a un taxi para que lo llevara al Seguro 16, se acercó al bote donde había tirado las dos flores. Los vigilantes estaban medio dormidos, lo dejaron entrar al sacar su pase. Subió al cuarto piso, el lugar era completamente diferente, quizá hasta olía un poco mejor, se asomó poco a poco al cuarto donde estaban las enfermas.

La enferma de la cama siete al despertarse sobresaltada vio desde su almohada que Isidro González observaba extasiado las piernas de su vecina de enfermedad. De pronto él sintió que alguien lo vigilaba, volteó y al ver la mirada silenciosa pero llena de temor, se acercó y dándole las dos rosas que recogió del basurero —unas rosas marchitas y llenas de tierra—, le dijo:

—Tú también tienes bonitas piernas, me gustan.

Poco a poco empezó a acariciar con una mano las piernas de la enferma y con la otra las de la vecina, quien dormida confundió la caricia con una mosca que se paseaba por su muslo a la que quiso espantar. La mujer de la cama siete pudo ver un gran bulto bajo el pantalón de Isidro, un bulto que crecía rápidamente. Ella, después de un momento de silencio, que le pareció muchas horas dio un grito, largo, agudo, que penetró agresivamente en el oído derecho de Isidro, acabó rápidamente con su erección y arrancó a las demás del sueño.

Isidro salió del cuarto despacio y caminó también despacio por el pasillo casi vacío. Escuchó las mentadas de madre y las voces de los parientes que dormían en el pasillo y las preguntas confundidas dentro del cuarto y los pasos apresurados, cada vez más cerca de algún vigilante y pensaba que qué bueno, que ahora si iba a poder dormirse.

Torreón, Coah., marzo-abril 2002

LOS TRES TECOLOTES

EN REALIDAD NO RENUNCIÉ AL TRABAJO POR AQUELLO de los cursos de eficiencia y productividad. Renuncié porque en la oficina no le gustaba a mi jefe que saliera a caminar, eso no producía una buena imagen, desmoralizaba a mis compañeros y ¿por qué no se compra un auto, para que no ande por ahí causando lástimas, sudando toda la ropa con este calor y desprestigiando a la empresa?, decía mi jefe... ex jefe. Y es que mi ex tenía razón, la desmoralización la experimenté en carne propia cuando trabajé en Dominos Pizza: existía un compañero que nunca hacía su trabajo con gusto. Siempre decía que ese era el peor y más miserable trabajo que había conseguido y sólo por que necesitaba dinero urgentemente lo aceptó, a todos nos molestaba esa actitud. Pero eso sucedió hace muchos años y no tiene nada que ver con lo que me agrada en realidad. No compré un carro por que lo que me gusta, lo que disfruto enormemente es caminar por las calles de esta ciudad. Recorrerla por todos lados, caminarla de un lado a otro. Al lugar que más me agrada ir es al Sanborn's, es delicioso entrar y percibir el olor de la sección de perfumes: CK one, Tommy, Obsession, todos los aromas revueltos, combinados, invadiendo las otras secciones: la de discos que se encuentra justo a un lado, la de muñecos de peluche, hasta la de libros y revistas que se halla en el fondo, ahí voy a pararme por algunas horas frente a los estantes y hojeo las revistas un poco. Después me dirijo a la cafetería, entro a buscar a alguien que pueda regalarme un café o un mollete, a veces lo consigo, algunas, pocas, cuando lo logro la persona normalmente se enfrasca en una batalla con el periódico, libro o revista que tenga a la mano. Sí no tiene nada a la mano comienza a voltear a todos lados como si estuviera buscando a alguien, siempre pienso que o están muy ocupados y no me negaron el café por cortesía o que en realidad no quieren estar conmigo, pero rápidamente desecho esa posibilidad, ¿cuál sería la razón por la que alguien no desearía estar conmigo?

Cuando no consigo a algún conocido que me regale algo, regreso a las revistas y tomo una de las más bonitas: *Eres* o *Tvynovelas* o *Tú* y una vez más las hojeo y las hojeo, cuando me decido por una de ellas comienzo a

verla por todos lados y paso las paginas una y otra vez hasta que la deje completamente manoseada, con las puntas dobladas y yo esté muy caliente, *Eres* y *Tvynovelas* son las que más me excitan. Ahora, dejo la revista en donde la encontré, podría ir al baño a desahogarme o podría dirigirme al centro de la ciudad, a alguno de esos bares o algún hotel, con luces rojas en el interior y mujeres de gordas piernas en minifalda.

La verdad, procuro no visitar demasiado a las putas, por que no es algo higiénico, aunque cuando estoy con una de ellas olvido las normas de limpieza y todo lo que me enseñó mamá. Algunas pueden realizar actos muy variados e interesantes siempre y cuando les pague bien.

A mi jefe... ex jefe nunca le dije por que no compraba un carro y es que no podía decirle que todo lo gastaba en putas, la imagen de la compañía podría resultar lastimada gracias a mi comportamiento. Ahora trabajo por mi cuenta, soy comerciante y siempre llevo un maletín con los catálogos de todos los productos que vendo. No va muy bien el negocio, pero puedo caminar por la ciudad, aunque algunas veces extraño la oficina. Tanto la quería que me sacrifiqué por ella renunciando para no dañarla con mi imagen.

El punto es que después de ir a Sanborn's visitaba a las putas, y es que al ver las fotos de modelos, actrices, cantantes, enterarme de los chismes y amoríos salía contento, que va, contentísimo y sólo cuando estoy alegre, cuando el mundo es perfecto y todo rueda en armonía y nada se encuentra fuera de sitio y todo es una limpia cadenita con un bonito baño de oro igual a las joyas que venden en Sanborn's, recurro a las putas.

Pero lo que realmente me entristece es la cultura en esta ciudad, a veces entro a los teatros y museos y observo que todo está mal, fuera de sitio, basura, mierda. No es como cuando trabajé en Dominos pizza, ahí el ambiente era perfecto, animado, positivo, recuerdo que trabajábamos muchos jóvenes y nos decíamos palabras de aliento unos a los otros, sobre todo en momentos de mucha presión, aquellos días que existían promociones, en esos días el compañero que entregaba las pizzas contaba cuantas faltaban cada vez que un pedido era despachado, entonces todos los demás gritábamos gracias. Era algo así como: ¡15! y respondíamos: ¡gracias!, ¡16! y ¡gracias! ¡15!, ¡gracias!, ¡16!, ¡gracias! Pero eso sucedió hace muchos años y no tiene nada que ver con la cultura.

Por que la cultura es un valor muy importante que debemos fomentar, sobre todo en la niñez y la juventud que se la pasan viendo revistas de

rockeros satánicos y cosas así. Y cuando veo que está mal hecha me molesta y entristece. Justo como hoy, que me entregaron en un museo un folleto donde se informa las actividades del mes y salen en grandes fotografías las principales personalidades de la cultura en esta ciudad. Al ver las fotos y los comentarios al pie de ellas comencé a enfurecerme y saqué de mi maletín una pluma para rayar el indignante folleto.

“La cultura ciclista de esta ciudad”, escribí a un lado de una foto, entonces me atreví un poco más: “La estúpida cultura ciclista de esta idiota ciudad”. Sonaba mejor, di vuelta al folleto y encontré más fotos, entonces me aventuré: “La puta cultura ciclista de esta puta ciudad y sus pinches dirigentes”. Aún así no quedé satisfecho y junto a la última foto escribí: “La pinche puta cultura jodida, mierda y culera ciclista de esta puta y pendeja, maricones ciudad y sus putos, mamones, huele pedos y lame pelotas dirigentes”.

Ahora sí había dicho lo que en realidad opino, doblé cuidadosamente el folleto, cuidando que nadie me viera, no quiero que todo el mundo se entere de lo que opino, sobre todo si estas opiniones son tan atrevidas como las que acababa de escribir. Caminé unas cuadras más y justo cuando guardaba la pluma en el maletín, vi a un amigo que se acercaba lentamente, como si estuviera distraído, creo que me vio y comenzó a cruzar hacia la otra acera, lo alcancé y le di el folleto, quería que solo un amigo de verdad supiera lo que opino. Él tomó el folleto y se alejó deprisa, como si realmente estuviera apurado o no quisiera estar conmigo, pero eso último lo descarté rápidamente, seguro tenía alguna cita y ya iba tarde.

Entonces recordé que hace un momento estaba muy enojado, enfurecido, encabronadísimo y decidí caminar por el centro.

Al pasar por el lugar a donde siempre voy, pensé en ir ahora para probar a ver si un poco de juego con una puta me tranquilizaba.

Entré al lugar y comencé a buscar una, encontré la que me agradaba una mujer algo rara pero que tenía un cuerpo superior al de las demás. Subimos a uno de los cuartos y le indiqué que debería hacer, pero todo fue horrible. Al desvestirse descubrí que no era ella. Calmadamente pensé que probar algo nuevo no era malo. Así que, aun con algo de coraje, le pregunté el precio por una acción que considero muy imaginativa. Cuando me lo dijo exploté, había sido demasiado para un solo día, primero el folleto y luego esto, tan caro, le grité, y comencé a golpearla o golpearlo. Ella o él se defendió con unos rasguños ineficaces pero una patada en los

testículos fue realmente eficaz. Ahí en el suelo, tratando de recuperarme, escuché que él o ella abría la puerta y gritaba. Todavía estaba preguntándome porque mi comportamiento había sido tan agresivo cuando observé a una docena de putas entrando a la habitación. Me atacaron a rasguños, patadas y taconazos. Después sentí que era arrastrado fuera del cuarto, empujado por las escaleras y sacado a la calle, donde todavía recibí muchos golpes y escupitajos. Cuando la docena de putas volvieron a su trabajo, me encontré afuera del lugar, revolcado en tierra, escupitajos, burla y autocompasión. Me levanté con dificultad y pensé en mi maletín, tal vez me lo guarden y pueda venir mañana a recogerlo.

Comencé a caminar, como si mis pies no me pertenecieran, me movía hacia donde ellos quisieran, pronto vi el anuncio luminoso con sus tres teclotes tan bonitos. Llegué a la calle y esperé el rojo para cruzar, al otro lado del río de autos se encontraba Sanborn's. Entonces vi a los automovilistas y pensé que el mundo estaba acabado, que la gente era débil y patética y vacía. Que la gente tenía mierda en el cerebro, que no esperaba nada, que la gente estaba vencida de antemano, acabada, muerta. Yo pertenecía a esa gente y también era una basura, una mierda, no merecía ni siquiera tierra, escupitajos, burla o autocompasión, ni el mismo suicidio porque no solucionaría nada. Crucé la calle acompañado por esa sensación, pero pronto olvidé todo, justo cuando abrí la puerta del Sanborn's y sentí el aire acondicionado golpeando suavemente mi cuerpo.

Torreón, Coah. Marzo 2000

daniel lomas

DANIEL LOMAS (Torreón, Coah., 1978), estudió derecho en la UIA Torreón. Ha publicado parte de su poesía y su narrativa en la revista *Acequias* y en los libros colectivos *Alba de la semilla*, *Hoy no se fia* y en el CD *Acequias de poesía*. Entre sus autores favoritos están Cortázar, Pessoa, Chumacero, Rulfo y Omar Kayyam.

FINAL DE LA AVENTURA

A Susana y Daniel, con dos abrazos

1

Era tan hermoso viajar con la cabeza pegada a la ventanilla, de esa manera Carlos se sentía más cerca de la noche. Del otro lado del cristal pasaba el paisaje de unos campos negros, unas praderas a la distancia que subían y bajaban como si no tuvieran fin, y algunos kilómetros más adelante estaba una hilera de árboles al borde del camino, con sus ramas ligeramente plateadas por la luz de los fanales, que a Carlos le parecía como si fueran la cabeza de una medusa o de algún monstruo misterioso a punto de empezar a moverse. Era también la primera vez que dormiría fuera de la ciudad sin estar acompañado por sus padres. Pórtate bien, guarda el dinero donde no te lo vayan a robar, no olvides comerte los sandiwchs y no se te ocurra tirarlos, le habían dicho poco antes de que subiera al autobús de la primaria, cuando todavía estaba estacionado aunque ya con el motor en marcha en la plazuela donde habían quedado de verse. La maestra Pilar y el profesor Dorado los habían citado a la once de la noche. Y se acordaba además de la imagen de su padre que lo ayudaba a arrastrar la maleta en medio del gentío, sus amigos y los padres de sus amigos y los gritos de despedida y las recomendaciones de último momento; y al final había visto la mano de su madre agitándose de izquierda a derecha una y otra vez como si peinara el aire de la noche, el adiós en la plaza.

Verdaderamente se sentía muy lejos y apenas habían pasado unas horas. Una niña venía sentada a su lado y daba la impresión de que estaba dormida, enroscada y abrazada cariñosamente a su chamarra o tal vez era una cobija ahora que los esperaban las horas de mayor frío en la carretera. Volteó a mirarla, en silencio, y quizás Carlos no hubiera querido platicar con ella, pues era tan hermosa la noche detrás de la ventanilla del autobús. No había luna, pero como si fuera una compensación se sentía un principio de humedad, un viento helado que de seguro se filtraba por alguna de las rendijas del autobús, y por esa razón daban ganas de echarse vaho en las manos y frotárselas reciamente. Allá afuera las nubes se confabulaban en el cielo y no tardaría mucho en empezar a llover.

Aquel viaje de estudios se había organizado en la escuela federal a la que asistía, era como un premio puesto que cursaban el sexto año y estaban a unos meses de la graduación. Carlos había dormido muy poco o muy tarde en la madrugada, así que cuando la maestra Pilar pasó entre los asientos vestida con su falda celeste y el cabello lacio como cada mañana frente al pizarrón y les decía, ey, chicos, despierten que ya vamos entrando a la ciudad, está amaneciendo apenas, le pesaba abrir los ojos que se le cerraban solos y sintió que iba muriendo de frío, con aquellas manos congeladas y apretadas entre los muslos que no parecían ser las suyas. Iban a la ciudad de Guanajuato, y el autobús se llenó de gritos y de emoción a la entrada del primer túnel. Todo el grupo descorría las cortinas de las ventanillas, se paraban como monos con todo y zapatos encima de los asientos, y miraban y miraban las paredes de piedra de esos túneles que eran como los intestinos de la ciudad, unos pasadizos que corrían debajo de las casas y de los mercados y de las plazuelas. Estaban alumbrados nada más que por unas bombillas colgadas estratégicamente a los costados. Y la voz de la maestra Pilar ahora decía, estos túneles fueron contruidos hace cientos de años, y añadía luego, es extraño, si uno trata de encender un radio aquí abajo no se oye nada, no llegan las ondas. Qué emocionante era todo eso, qué bueno que sus padres le habían firmado el permiso para venir tan lejos.

La verdad es que en la escuela federal no se había juntado el dinero suficiente para que en este viaje de estudios se alquilara una serie de cuartos en tal hotel. La maestra Pilar durante varias mañanas se encargó de telefonar personalmente desde la Dirección de la primaria, y después de muchísimos intentos consiguió que unas monjas aceptaran hospedar a un salón entero en algo así como un albergue, como un hospicio, como un hogar de niños huérfanos que ellas decían mantenerlo gracias a los donativos de la gente y a los favores de Dios. Pero eso qué importaba, al fin y al cabo este viaje era una novedad y además se pasarían todos esos días vagabundeando las callejuelas de Guanajuato, porque según el itinerario que había diseñado la maestra Pilar harían una visita al Teatro Juárez, a la Alhóndiga de Granaditas que ellos habían conocido en los libros de historia, a tantas cosas increíbles que no terminaban de imaginar y eso lo hacía entusiasmarse de antemano.

El grupo de sexto año, enloquecido de felicidad, empezó a bajar del autobús que había apagado el motor frente a un edificio. Era una fachada

antigua con una altura más o menos de tres pisos, medio derruida, y con unas manchas en la pared de manera que no era fácil precisar si se debía a que la pintura estaba descarapelada o enmohecida; además a esa hora todavía no amanecía aunque ya faltara muy poco y las nubes negras del cielo se fueran poniendo grises. Todos hablaban a gritos, peleaban por sacar antes que ninguno las maletas del autobús, reían debajo de unos árboles que aún estaban oscuros y daban frío.

Se abrió el portón de metal, la entrada del albergue. Un par de monjas estaba ahí de pie esperando a los alumnos de la primaria, y ellos entraron, saludaron con la cabeza, arrastraron las maletas durante unos pasos y lo primero que pudieron ver en el albergue o el hospicio o la casa de infantes fue un patio bastante grande y cuadrangular, muy parecido al patio de la escuela donde ellos hacían honores a la bandera cada lunes, con la salvedad de que aquí había curiosamente unos tendederos con ropa puesta a secar, allá en un rincón dos palos de madera sostenían los mecates con la ropa que aún no habían recogido en ese amanecer gris, un amanecer de cielo bajo.

Un montón de muchachos fue cruzando el patio, pujando con las maletas y como si estuvieran en su propia casa, pero la maestra Pilar les pidió que aguardaran un segundo para oír las instrucciones de las monjas. Las dos monjas de la entrada hacían la señal de la cruz en el aire como si les dieran la bendición o la bienvenida a los alumnos rezagados, los últimos en encontrar sus maletas en el guardaequipaje del autobús. Luego apareció una monja vestida de negro, con el brillo de un crucifijo de plata colgando entre los pechos. Ella habló:

—El dormitorio de los varones va a ser el que se encuentra al lado derecho. Las señoritas van a dormir a la izquierda.

Todos escuchaban las instrucciones obedientes, atentos, ansiosos.

—Muchachos, el profesor Dorado los va a acomodar —dijo la maestra Pilar, mientras ella abrazaba a dos de las niñas para encaminarse hacia el ala izquierda del edificio.

Una monja se acercó a la maestra Pilar y la invitó:

—Quisiéramos platicar con usted y con el profesor. Ayer los tratamos de localizar, por teléfono, pero ya no pudimos. Bueno, los esperamos para el desayuno. Es allá, miré, en el refectorio.

La monja indicó una ventana con luz encendida, una cocina, donde se veían aparecer y desaparecer los trabajos de unas mujeres.

Una jarra de leche hervida humeaba deliciosamente sobre la mesa, en el refectorio del albergue. Había también una cesta con pan dulce y un frasco de nescafé. Cuando el profesor Dorado y la maestra Pilar aparecieron en la puerta —apenas se habían dado tiempo para dejar la maleta y mojarse la cara—, se veía que las monjas tenían rato aguardando en silencio, pacientemente; las tres habían recibido a los chicos y ahora estaban sentadas una a lado de otra, acompañándose, como si entre las tres formaran una sola persona. En el refectorio había un ambiente como de lugar envejecido, uno de esos sitios donde pasan los años y ahí sigue invariable, con las mismas florecillas de plástico dentro de unos búcaros, con los mismos ventanales entristecidos que miraban al patio, siempre.

—Nos da mucho gusto tenerlos con nosotras, poderlos recibir —dijo una de ellas, aunque era claramente perceptible que en su voz había una grieta, un tono de aflicción.

El profesor Dorado apenas daba el primer sorbo a una taza de leche.

—Pero tenemos que comunicarles una mala noticia. Ayer, en la mañana, ha fallecido nuestra hermana Adela y no sabemos de qué. Fue la voluntad de Dios.

2

Los alumnos de sexto año habían sido asignados al ala derecha de aquel edificio. Era un dormitorio gigantesco y profundo, más o menos con la forma de un vagón de tren vacío pero muchísimo más extenso, y ahí cabían fácilmente las dos filas con más de veintitantas camas adosadas a la pared y separadas por un pasillo. Aquel era un lugar melancólico, se sentía como si hubiera guardada bastante humedad y melancolía. Y en realidad no había camas, sino que se trataba de unas literas que en cuanto uno ponía el pie en la escalerilla y se agarraba para subir, las literas chirriaba lastimosamente por todos sus costados, como doloridas. Los chicos de la primaria andaban por ahí, corrían, hablaban entre ellos a gritos, y algunos más se habían largado a los baños para fumar a hurtadillas un cigarro.

—Qué mala suerte que haya muerto la monja.

—Sí, maldita monja, cómo se le ocurre morir justo el día que nosotros llegamos. Yo no me dejaría morir si supiera que voy a recibir visitas en mi casa. Creo que se pudo haber esperado un poco.

Una bombilla que colgaba entre las vigas de madera del techo, un filamento eléctrico y otoñal como a punto de expirar para siempre, era la mala iluminación de aquel lugar. Y parecía más bien la bodega abandonada de una fábrica que un dormitorio.

Carlos se había acostado en el colchón inferior de la litera, se había desabrochado los zapatos y había tomado luego la cobija para echársela encima. Era una cobija molesta porque que picaba mucho y daba comezón, era de lana y quién sabe si estos trapos no tengan garrapatas, alguien por ahí había comentado eso. Pero eso qué importaba, si era tan cómodo estar ahí acostado, calentito, y al mismo tiempo acordarse de que anoche, cuando el autobús pasaba por el trayecto de más frío, él había sentido de qué manera fue que la maestra Pilar vino a sentarse a su lado y lo abrazó, sin decirle nada, o simplemente, no te asomes más a la ventana, Carlos, sí, es una noche maravillosa, pero no te asomes más a la ventana, y sintió que los brazos de la maestra Pilar eran cálidos con él, que la bandada de cabellos sueltos que le rozaba la cara y el perfume del cuello de ella que lo envolvía, eran un símbolo de que no podía suceder nada malo, no podía correr ningún peligro en esa noche del viaje. Y volvía a aparecer en su mente la imagen de un relámpago cayendo en los despoblados de la noche, y la monotonía del motor del autobús que hacía rato empezaba a mecerlo.

Desde la puerta de aquella bodega, entonces abierta y que daba al patio, se veía un día de niebla, lento, afantasmado, y a lo lejos la visión de un pedazo de cielo gris recortado por un muro de ladrillos. El patio estaba en calma, con reflejos de charcos y nadie cruzaba por ahí. Qué a gusto estar acostado en la litera sabiendo que nadie vendría a molestar.

—Dicen que la monja murió ayer.

—Así es, se le paró el corazón. Y en este momento le están rezando una misa, en la capilla. Más tarde la van a enterrar.

—Pobre —fue el comentario que hizo alguien.

—Lo malo es que todavía no se sabe si la maestra Pilar y el profe Dorado van a tener que ir al panteón, a acompañar a las monjas —Pablo, que estaba contando todo eso, meneó la cabeza desconsoladamente—. Si es así, ya nos amolamos, vamos a tener que pasar aquí toda la mañana.

—¿Tú cómo sabes tanto?

—Ah, ya ven, me mantengo bien informado, mis contactos.

Los compañeros lo estaban escuchando y se rieron de él, lo empezaron a bombardear con las almohadas, a sopapo tras sopapo.

En ese momento se escucharon unas carcajadas y unos gritos que venían del final del pasillo, allá en los baños. Eran unas voces como de manicomio, burlonas, socarronas, como si no tuvieran ningún respeto por aquella casa donde los habían hospedado y donde estaba tan fresco, tan reciente el fallecimiento de la monja. Pero a ellos qué diablos con eso de que hubiera muerto la monja, si habían venido de tan lejos era para divertirse.

Adentro de los baños, un aroma a cigarro flotaba en el aire como jirones de humo azul y plateado. Estaba ahí reunido un grupo de seis o siete chicos, apretándose la barriga y a punto de llorar de risa, a punto de caerse doblados por la risa, entre los ataques de tos y tos, ruidosos, mientras que señalaban con un dedo a Efraín para humillarlo. Efraín que se mantenía en el suelo, hincado dolorosamente frente a la blancura de un escusado. Los pelos del chico casi metidos en el escusado, los brazos abrazados al escusado, el chorro de vómito cayendo en las aguas del escusado.

—Vaya, miren al que sabía fumar.

—Está devolviendo un lonche de huevo que se comió en el camino.

Aparte de eso, aparte del aroma a cigarro, la atmósfera de los baños e igualmente la de los dormitorios estaba cargada de un olor a calcetines sucios, a zapatos mojados, a hongos entre los dedos de los pies que se respiraba y luego uno se acostumbraba a no olerlo más, y después volvía a destilar repugnantemente.

—Háganse a un lado —dijo Efraín—. Dejen me lavo la cara.

—Y el hocico, perro —le ordenó Calvino.

Los demás alumnos siguieron fumando, se veían las caras y los ojos drogados por el tabaco.

—Abran la regadera — dijo alguien por ahí—. El agua se lleva al humo.

Finalmente las risas se fueron calmando poco a poco.

—Andan con el rumor de que el Profe Dorado y la maestra Pilar van a acompañar a las monjas al panteón. ¿Es cierto?

—¿Y para qué?

—A mí qué me preguntas. Las monjas son personas muy raras, yo qué sé. Mi padre, por ejemplo, siempre se la pasa renegando con eso de que las monjas son los seres más caprichosos del mundo, su hermana es monja. Y aparte, ellas juran que a la hermana Adela, la que murió, le hubiera

gustado mucho que el profe Dorado y la maestra Pilar estuvieran presentes, en el entierro.

—¿Y ellas cómo saben lo que le hubiera gustado? ¿Qué, a poco pueden comunicarse con los muertos? ¿Tan rápido?

—Pues a mí que me reclamas. Es más, yo lo único que sé es que a las once nos van a dar el desayuno.

—O sea que hoy no vamos a visitar las momias.

—Pues yo no me pienso pasar la mañana sin hacer nada —dijo Calvino, soltó el cigarro y la brasa murió pisoteada bajo la suela del zapato.

3

Finalmente, incomprensiblemente, absurdamente el profesor Dorado y la maestra Pilar habían tenido que perder la mañana. Fueron primero a una iglesia donde se celebraba una misa de responso, con el féretro cerrado dispuesto allá en el centro del altar y rodeado por una multitud de flores, y después tuvieron que acompañar a las monjas hacia un panteón donde se veían toda clase de tumbas, tumbas ceremoniosas de mármol blanco, tumbas con tablonces de madera ya podridos y pandeados por las lluvias, tumbas mal cerradas como si les hubieran removido los huesos, y por todas partes había unas cruces clavadas, blancas y azules, sobre las cuales venían los cuervos a posarse un momento antes de proseguir su viaje por el cielo de aquella mañana. Una mañana desolada, en que el viento arrastraba consigo la estola y las oraciones del sacerdote, cuando él rociaba las gotas de agua bendita sobre el féretro que bajaba, que descendía para siempre.

Mientras tanto en el albergue, o asilo, o casa de huérfanos los niños de la primaria se entretenían jugando pero casi no hacían ruido. Alguien había descubierto que aquel edificio tenía un huerto en la zona trasera, donde las monjas cuidaban sus cultivos de hortalizas y unos árboles frutales. El huerto era un enorme espacio de tierra negra que en ese momento estaba poco menos que enlodado y resbaladizo, moteado con manchas blancas, manchas como de leche por tantas cagadas que dejaban caer los pájaros, y ese aroma se sentía respirar y daba ansiedad en la nariz. De algún rincón las monjas habían sacado un viejo balón de cuero, medio desinflado y no precisamente redondo —pues tampoco no es justo que los chicos vengan desde tan lejos a aburrirse, comentó una monja—,

así que ellos ahora corrían y pateaban por todo el huerto en aquel partido de futbol en que iban dos a cero y muchas rodillas ya estaban emporcadas de lodo. Habían escogido un par de árboles como porterías y gritaban, gritaban fuerte, los gritos se elevaban más altos que el balón pero no lo suficiente como para ser escuchados en la cocina. Pues en la cocina se habían quedado dos monjas, apesadumbradas, fregando platos contra su voluntad de ir también ellas al panteón y despedir a su Hermana Adela que ahora iría camino al más allá, ya que a pesar de todo alguien debía permanecer en el albergue como responsable, y aparte no podían moverse porque tenían la visita del autobús de la primaria —por suerte, nuestros chicos no se encuentran en este momento, era lo que estaba platicando una monja, en vacaciones regresan a sus casas, les hubiera impresionado mucho el fallecimiento de la hermana Adela, ellos que siempre la adoraban, suspiró. Las dos monjas hacían un esfuerzo por calmarse, pues no querían pensar, y como además de los favores de Dios, el albergue se sostenía gracias al negocio de preparar y vender rompopo, en ese momento ellas trataban únicamente de llenar los frascos; por fortuna algunas de las niñas de sexto año andaban por ahí, en la cocina, y distraían a las monjas platicándoles cosas, las ayudaban a verter el rompopo en las botellas a través de embudos.

Otros chicos se dedicaron a inspeccionar la casa, fueron a asomarse a la capilla para ver si todavía quedaba algo, alguien, una presencia en medio de aquellos cirios con su flama perpetuamente viva, y luego recorrieron los pasillos, los baños, entraban en los salones vacíos y escribían mensajes en los pizarrones.

Carlos estuvo en el huerto jugando al futbol pero de pronto se sintió desanimado, corría tras el balón y de golpe se frenó como si en el acto hubiera perdido las ganas. No le dijo nada a nadie y regresó al dormitorio. Encontró tirados en las camas a varios de sus compañeros; en medio de la penumbra de aquella bodega sus amigos platicaban con algunas de las niñas. Ellas acaban de bañarse y una que otra todavía se cepillaba el cabello chorreante. Estaban amontonadas arriba de una sola cama como si fueran una canasta de conejos. Todos oían con respeto y con solemnidad, era la voz del Piojo que hablaba:

—... a mí me mandaron a comprar el periódico, un domingo, y ahí leímos el choque de autos en que había muerto mi prima. Yo la quería mucho, apenas unos meses atrás habíamos ido a visitarla, en las vacacio-

nes de verano, y nos habíamos hospedado en su casa. Era muy linda. Después de que murió, mis tíos me presumían que ella iba a ser la reina de su escuela, por guapa, pero se murió...

Para Carlos era muy cómodo estar quieto en la cama, oyendo el hilo de aquella historia, la voz baja y como resignada del Piojo. Porque se sentía triste, porque no sabía por qué razón se sentía triste. Se cobijó, y estuvo mirando los tablones de madera que servían de tarima para la cama de arriba, y escuchaba.

—... ya en la funeraria, vi su cara adentro de la caja de muertos, y mi mamá me cuenta que pegué las narices al cristal y que le hablé, que le dije ¿Paty, segura que eres tú?, ¿Paty, segura que eres tú? Yo estaba como atontado hasta que mi madre vino y me jaloneó y ey, muchacho, retírate de ahí. Me había portado muy necio con eso de que no iba a dejar que se la llevaran si antes no la veía, pues mi prima fue la primera niña que me gustó...

Pues mi prima, oyó Carlos, y la frase le siguió dando vueltas en la cabeza, la frasecita giraba sola como un eco de lo que estaba contando su amigo.

—... y fue horrible, porque todas las noches antes de dormir no se me borraba su cara, y creía que en el velorio yo había visto que se le movía la boca, como un tic nervioso, y eso me daba miedo. Es más, me había convencido que cuando la enterraron no estaba muerta. Además, era horrible porque cada vez que me portaba mal, por ejemplo cuando abría el monedero de mi mamá o cuando esculcaba los pantalones de mi papá, estaba seguro de que ella me miraba desde algún lugar del cielo y yo no podía hacerme chiquito, esconderme en ningún rincón. Si me tapaba la cara con la cobija yo sentía que aun así ella podía verme, si pensaba algo yo sentía que ella escuchaba lo que pensaba. Todavía hay días que me sucede lo mismo...

4

Esa tarde en las calles de Guanajuato había sido estupenda. Habían entrado gratis al Teatro Juárez, al final de un concierto de guitarras, y qué asombroso era ese lugar, con aquellos sillones de lujo y aquella cantina tan grande como una cantina de la calle pero muchísimo más elegante, aquí la gente antes venía vestida de etiqueta —Carlos, ahí

acostado en la litera, se acordaba que eso le había explicado la maestra Pilar. Y después, en una plazuela, habían visto el espectáculo de unos mimos, un mimo que hacía hablar a un perrillo de trapo y todo el público reía sentado en las gradas. Ah, y también habían hecho un recorrido por los almacenes de la Alhóndiga de Granaditas, donde antiguamente se guardaba el trigo, el garbanzo, el maíz, y que en las paredes de ese recinto todavía se apreciaban los huecos que dejaron los balazos, aquellos días de la leyenda, y que en una esquina de la Alhóndiga había estado colgada la cabeza del cura Hidalgo, sí, habían metido la cabeza cortada adentro de una jaula como para guacamayas, hasta que se pudrió y era una pestilencia que no quería llevársela ni el aire. Y al final habían cenado unos tacos en una fonda o restaurante, cuando empezaba a llover y a oscurecer, y la gente que cruzaba por las aceras se cubría la cabeza con hojas de periódicos, y mientras estaban en la mesa cenando los tacos habían llegado un par de músicos, uno con la trompeta y otro que golpeaba duro un tambor, y esa música era triste pero toda la tarde había sido tan emocionante. Lástima que no haya venido su hermano. A él le hubiera gustado todo eso, pensó Carlos.

Qué lejos estaba su casa. Qué raro que en ese momento también en su casa fuera de noche, mientras él estaba acostado en la bodega, con la cabeza sobre la frescura de la almohada, pensativo, quizás a esa hora el cuarto de sus padres estuviera aluzado únicamente con el resplandor de la televisión, de azul, y seguro ahí estarían su hermano y su hermana disputándose a ver quién se ganaba el sofá, pues su familia siempre se reunía un rato en las noches antes de dormir. Qué lástima que no haya venido mi hermano. Pensaba en todo eso con nostalgia, con frío, abrazado a la noche.

Y después, volvían a su mente las imágenes de esa tarde inolvidable, cuando la maestra Pilar iba subiendo por el empedrado de una callejuela, ella vista de espaldas, con su vestido liso y la bandada de cabello suelto, ella como rodeada por el cielo azul y grisáceo de la tarde que se movía rápidamente allá al fondo de la calle, allá en lo alto y entre unos balcones, y la maestra Pilar que giraba un segundo hacia atrás y le gritaba ey, Carlos, no te retrases, y cuando al fin él subió ella le puso una mano sobre el hombro como para llevarlo consigo y caminar al mismo paso. Qué dulce, la maestra Pilar era como una madre muy dulce.

La bodega donde dormían los alumnos estaba oscura. En una de las paredes había una ventana pequeña y redonda como el ojo de buey de un barco, alta, cerca del techo, y a través de las rejillas se veía enredarse un poco de nubes grises en el principio del amanecer. Nadie se había levantado aún, algunos habían despertado y ahora cuchicheaban desde una cama a otra pero en voz baja, como si fueran ratones.

En ese momento se escuchó el chirrido de la vieja puerta del dormitorio, y entraron las pisadas del profesor Dorado, se oyó avanzar hacia el centro de aquel pasillo formado entre la doble fila de literas, y se detuvo con los puños descansados encima del cinturón.

—Buenos días, profesor —dijo alguien con un tono de alegría como si esperara que diera la hora de salir de paseo.

—Buenos —contestó el profesor, y enseguida—: Quiero que se levanten y armen dos filas.

Había quienes se abrazaban a la cobija por última vez y la tiraban a un lado. Unos segundos después se ponían los suéteres, se alisaban el pelo. A esa hora el ambiente estaba cargado con un aroma a zapatos viejos y húmedos, apestoso, que se intensificaba más por haber estado encerrado toda la noche.

—Ey, tú —le chasqueó los dedos a uno que se estaba demorando en el calor de la cama —. Date prisa. Necesito hablar con ustedes.

Por fin los alumnos estuvieron formados, de pie a la orilla de las literas. En aquellos ojos de los alumnos había restos verdes de legañas. Nadie comprendía aún para qué ese acto absurdo de armar filas. De verdad pareciera que hubieran pasado la noche en un campamento militar.

—Esta mañana la maestra Pilar me ha comunicado una mala noticia.

—Otra, profesor —se quejó alguien.

—Cállate, por favor. Algunos de ustedes saben perfectamente bien a qué me refiero.

El profesor Dorado empezó a hablar, mientras caminaba a lo largo del pasillo y recorría a todos con una mirada. Ahí, malvestidos en la penumbra de aquel bodegón, daban la impresión de que en realidad pertenecían a un albergue de huérfanos, o que eran más pobres que los pobres que ya eran. Y él los inspeccionaba a todos, como si tratara de

sentir quién entre ellos ocultaba algo, descubrir en qué parte de aquella bodega latía el miedo con más fuerza.

—Si en este momento el responsable dijera yo fui, quedaría perdonado. Y juro que se ganaría el perdón de la maestra Pilar.

—¿Qué ha sucedido, profesor? Explíquenos.

Pero el Profesor Dorado proseguió sin atenderlos:

—Doy unos segundos para que hable quien tenga que hablar. Qué confiese el que fue o los que fueron. Quiero oír la verdad.

Fue una pausa que duró apenas lo que el Profesor Dorado tardó en encender un cerillo y acercarlo al cigarro que le colgaba en la boca, ocultándolo con la cuenca de las manos para que no lo matara la brisa que venía del patio.

—Les advierto que me están obligando a hacer cosas que prefiero no hacer. Me avergüenza decirlo, pero esta mañana, la maestra Pilar me ha comunicado que antes de meterse a la regadera, ha descubierto que alguien abrió su maleta y le robó un poco de ropa. Ropa íntima. Y es el colmo, esto ha sucedido seguramente mientras ella y yo acompañábamos a las monjas al cementerio. Es un descaro. Ella no me lo quería contar, creía que hacía mal en contármelo. Por supuesto que he sospechado de ustedes, lo lamento, de quién diablos iba a desconfiar si no de ustedes.

El profesor Dorado dio una chupada honda al cigarro.

—Tal parece que ustedes no son lo suficientemente inteligentes para considerar el esfuerzo que hemos hecho para venir hasta acá. La maestra Pilar trabajando duro durante varios meses en los preparativos del viaje. Las monjas que nos ofrecen su casa, a pesar de la tragedia de que haya fallecido una de sus hermanas. Sus padres ahorrando dinero para la renta del camión, los gastos, las chucherías que ustedes compran por ahí. Y aún así se portan como se portan, son unos malagradecidos, unos ingratos. De veras no los puedo comprender, y ya no sé si con este asunto me dan lástima o coraje.

El profesor Dorado deambulaba por el pasillo, con lentitud, y fumaba el cigarro furiosamente.

—He pensado que el culpable o los culpables van a ser regresados inmediatamente a sus hogares. Yo mismo me encargaré de llevarlos a la central de autobuses, les pagó su boleto y los despacho a sus casas. Quizás eso sirva de escarmiento.

Todos empezaron a mirarse unos a otros, aquellos ojos de los alumnos daban vuelta de principio a fin por ambas filas.

—No quiero imaginar por qué razón le habrán robado la ropa a la maestra Pilar. Qué idioteces y qué porquerías no se les habrá ocurrido hacer con su ropa. Y ella que estaba apenadísima, dudada si contármelo o no. No entiendo cómo no se conmueven y dicen la verdad.

Ahora todos los alumnos permanecían cabizbajos, mudos, cortados de la lengua. Era muy fácil oír el silencio en la frescura de aquella mañana. Si uno volteaba hacia el piso rojo del largo pasillo, o a las paredes en que paulatinamente se iba borrando la oscuridad de la noche y aparecían las primeras manchas de claridad del día, o a la puerta del dormitorio desde la que venía el viento del patio con olor a charcos, uno se daba cuenta que todo eso estaba en un silencio absoluto.

—No voy a castigar a inocentes, no es mi estilo —resonó la voz del profesor Dorado—. Si el que cometió el robo es capaz de confesarlo, yo comprenderé que fue un error y que se ha arrepentido. Pero si no, yo tengo mis dudas respecto a dos o tres de ustedes.

Un rato después los alumnos de sexto año salieron al patio, marcharon en fila uno detrás de otro. Algunos todavía andaban con los pies descalzos o en puros calcetines, pues el profesor Dorado no había querido darles tiempo siquiera para vestirse. Nada más dio la orden de que salieran al patio. Así que ahora procuraban saltar con cuidado los charcos que estaban ahí debido a la lluvia de anoche. Uno de ellos comentó deprimidamente ya se echó a perder el viaje. Cómo se les ocurre hacer eso, habló alguien más pero sin ganas, más bien como si hiciera un reclamo que no valía la pena. Ya, hombre, vamos, digan quién fue. Contradictoriamente, afuera en el patio había un cielo grande, limpio, con nubes de color gris, un día maravilloso.

En el refectorio del albergue la maestra Pilar mantenía apretada entre las manos una taza de leche para que las manos no le temblaran. Estaba sentada contra una mesa y no podía levantar la vista del mantel. En esos momentos le hacía compañía una monja, también entristecida, vestida con su hábito de luto, y le ponía una mano encima del hombro como señal de que debería tranquilizarse. Mire, no es tan grave, decía la monja, usted ha hecho bien. Aunque la maestra Pilar, por algún lado, empezaba a sentir la incomodidad del arrepentimiento. Fue mejor que lo haya dicho, piénselo así: eso sirve para corregir la educación de los chi-

cos. La maestra Pilar no dejaba de morderse un labio porque estaba nerviosa, porque de alguna manera tenía que darse valor.

Los alumnos ahí parados en la intemperie del patio vieron salir al profesor Dorado. Y él los llamó:

—¿Alguien me quiere decir quién es el dueño de una mochila negra con el estampado de una estrella?

Hubo un silencio. Un silencio sin fondo. Luego:

—Yo —dijo Carlos.

—Quieres venir, por favor.

—Yo no me he robado nada.

Pero el profesor Dorado lo siguió llamando con un dedo, lo jalaba, como diciéndole tienes que acercarte.

Todos vieron a Carlos, de espaldas e insignificante, cruzar el patio.

—No puedo creer que haya sido Carlos, no lo imaginaba de él.

—Con razón ayer se portó tan raro. Yo me fijé que no quiso hablar con nadie, hasta pensé que le había impresionado la muerte de la monja.

—¿Se acuerdan cuando desapareció un dinero del salón? —preguntó el Manteca—. A lo mejor Carlos se lo robó.

—Cállate, no digas pendejadas, eso fue hace mucho.

Acércate, volvió a llamarlo el profesor Dorado mientras recorría el largo pasillo del dormitorio, y Carlos que se frenaba paso a paso, como transido de terror, que caminaba como si tuviera frío o se hubiera orinado en el pantalón de la pijama y no quisiera escurrirse de las piernas, pero claro, no se había orinado.

—¿Tú guardaste tu ropa en ese casillero? —dijo el profesor—. ¿Es tuya esa mochila que se ve ahí?

—Yo no me robé nada.

—Fíjate bien lo que te pregunto, ¿eh?

—Sí, es mía.

—Pues ahora quiero que la levantes y me digas qué hay debajo de tu mochila.

“No puedo hacerlo”, Carlos quiso decir eso, pero no dijo nada y avanzó despacio hacia el casillero. El corazón le daba tumbos horrorosos y todo el cuerpo se le sacudía como de nervios. Hizo lo que el profesor Dorado le pidió, y entonces tomó entre las manos unas telas que no podía distinguir, qué eran esos recortes de gasa color azul cielo y blancos y casi transparentes. Sus ojos se dilataron asombrosamente delante de los cal-

zoncillos de la maestra Pilar, como si irradiaran, como si en ese momento no hubiera nada más en el mundo que lo que sostenía entre las manos.

—No imaginaba esto de ti, Carlos. La maestra Pilar siempre nos comenta en las reuniones que tú eres un buen alumno. No comprendo, qué araña te ha picado para que cometieras esta locura ¿eh, muchacho? Lo lamento, pero ahora tendrás que ir con la maestra Pilar y disculparte, y como todos tus compañeros se han enterado, irás también con ellos a decirles que estás muy apenado y que te has dado cuenta del mal que hiciste.

—No, no lo puedo hacer —titubeó.

—¿Cómo no, Carlos? Es por el bien de todos y por el bien del viaje.

—Yo no me robé nada, profesor.

—Vamos, Carlos, no llores. Bueno, es normal que llores pero no quieras hacerme creer que tú no los has robado cuando justamente los hemos descubierto debajo de tu mochila, qué mejor prueba que ésa. Si ya has cometido un mal, no quieras ahora cometer otro viéndonos la cara de estúpidos. Vas y pides perdón a todo mundo. Dices que no volverías a hacerlo, que te avergüenzas en el corazón y que estás tan arrepentido que si en este momento fuéramos llegando nuevamente a Guanajuato, por ninguna razón cometerías lo que ya cometiste. Y no te preocupes más, muchacho, no te voy a regresar a tu casa.

—Le juro que yo no fui, profesor.

—Mira, Carlos, más vale que no me hagas enfurecer. Te estoy dando una solución, acéptala.

Qué desolado era estar sentado en la cama mientras se abrochaba los zapatos para salir, los calzoncillos de gasa a un lado, y voltear atrás a mirar la puerta que daba a la mañana del patio. Tenía que ir con la maestra Pilar, soportar una humillación del grupo de sexto año, llorar luego a escondidas debajo de la cobija café de aquella litera.

Salió de la bodega. Enfrente estaba el grupo de sus compañeros que permanecían de pie, en el centro del patio. Carlos sintió todos los ojos puestos encima de su cara, de sus piernas, de su espalda, era como la sensación nerviosa de que muchas hormigas caminaran por su piel y lo fueran a picar de un momento a otro. Avanzó con lentitud bajo los arcos del patio; en ese instante de la mañana empezaban a caer los hilos grises de la llovizna.

Entró en el refectorio donde las luces blancas de las lámparas del techo hacían más visible a la maestra Pilar, sentada contra la mesa, ahora ya sola, con un suéter azul marino de esos tejidos a mano y con la cabeza, con la sien apoyada sobre un puño, ladeada. Ella era como una aparición, como un dibujo de congoja, estaba frente a una taza de leche como si la taza fuera la nada o el vacío o el arrepentimiento o vaya a saber uno qué.

—Maestra... —dijo Carlos a un paso de la mesa.

La mirada de la maestra estaba distante, la cara semi oculta entre unos mechones lacios que caían. No hablaba, tampoco, y parecía no poder salir de aquel trance de nerviosismo, de silencio, de arrepentimiento, pues sentía la confusión, como si desde adentro de ella se hubiera gestado todo ese escándalo de los niños en el patio, del profesor Dorado indagando en los casilleros, de las niñas asomadas desde la puerta de su dormitorio.

Carlos colocó los calzoncillos cerca de la taza de leche.

—Maestra, yo no me robé nada, lo juro.

—Discúlpame, Carlos, pero en este momento preferiría no hablar.

6

Aquella tarde estuvo lloviendo, y el agua golpeteaba en la ventanilla del dormitorio, la hacía tamborilear. Carlos se había quedado él solo en aquella bodega del albergue, y en esos momentos estaba acostado, se abrigaba entre las cobijas piojosas de la litera. No, es mentira, la monja no puede levantarse del panteón y venir, así muerta como está. Se decía eso, y se ponía largo rato a escuchar caer la lluvia, era como el aleteo de un pájaro que quisiera resguardarse y rasguñara los cristales y chocara. Pero a pesar de eso, a pesar de la lluvia y el eco de la lluvia, había en aquella tarde un silencio bastante feo y lúgubre, inquietante, que parecía ir como un viento que recorriera todo el edificio de las monjas, por los salones vacíos, las escaleras, por ese pasillo que se formaba entre las dos filas de literas y que desembocaba en los baños, en la fría soledad de los baños. Tal vez el silencio estaba debajo de aquella cama, tal vez. No, yo no me robé nada. Qué va a pensar mi familia de mí, cuando le avisen a mi padre y él enfurezca. Veía a su padre desatarse la corbata de empleado, porque siempre que se molestaba hacía lo mismo, se desbarataba la corbata mecánicamente. Cómo diablos se te ocurre robarte unos calzones, eh mucha-

cho. Se van a desilusionar de mí. Pero qué frío hacía esa tarde, como si desde las calles el viento traspasara las paredes del albergue, qué espantoso era sentir congelados los dedos de los pies. Qué va a pensar la maestra Pilar. Le juro que yo no me robé nada, maestra. No sé, no entiendo, yo la quiero porque usted es muy dulce. Usted siempre será la maestra. Pero también volvía el miedo, la zozobra, y en alguna parte de esa tarde había la visión de una monja que recorría una vereda de lápidas en un cementerio, vestida con una sotana como de fraile, con una capucha que le caía sobre la cara y así que no se le veían los ojos. No se podía calentar en aquella litera, ni podía dejar de temblar a pesar de estar arrebujado entre las cobijas. Y al mismo tiempo, en medio de todo eso, era tan agradable verse y sentirse a sí mismo corriendo por la calle donde estaba su casa, el gran árbol de la esquina y el lote baldío donde hacían competencias a ver quién quebraba más botellas a pura puntería, a pedradas. Y se ponía largo rato a escuchar la lluvia de nuevo, como si tratara de soñar, como si la lluvia trajera para él un mensaje oculto. ¿Cómo será la casa de la maestra Pilar? ¿Y si cierro los ojos y me concentro y entro en la casa de la maestra Pilar?

Estaba dormitando.

Pero alguien vino y le jaloneó la cobija desde los pies. Despertó con susto, de un salto, ah menos mal, eran los compañeros de sexto año que habían regresado y andaban en manada por el pasillo de la bodega.

—¿Qué, creías que la monja te había jalado las patas y te iba a llevar al infierno?

—¿No te dio miedo, Carlos, quedarte aquí encerrado toda la tarde?

—Quién sabe —se apresuró a responder otro—. A lo mejor se anduvo robando los calzones de las monjas, o las medias. Se imaginan qué calzonotes han de usar las monjas para que les quepan todas las nalgas.

Y todos se echaron a reír. Alrededor de la litera, se habían parado los compañeros de Carlos como si se tratara de muchos pares de ojos, negros y brillantes y babosos, que lo veían precisamente a él. Era como si esos ojos lo empujaran contra la almohada, lo apuntalaran, puesto que no se podía levantar.

—Ya no te andes robando nada, Carlos, por eso no estás en paz contigo.

—Yo no me robé nada. Ustedes saben que yo ni fui —al fin dijo eso.

Luego se sentó en la cama y los pies tocaron el piso, entonces se dio cuenta de que estaba muy cansado, tal vez había soñado con alguna

pesadilla porque se sentía tremendamente cansado, quebrantado, le pesaban los músculos y era como si se empezara a enfermar.

—Hace rato te venimos a hablar, para que fueras a cenar —dijo el Manteca—. Pero no pudimos despertarte. Las monjas nos prepararon un arroz con leche muy rico.

Quién sabe qué horas serían, pues había oscurecido en la ventanilla del dormitorio y otra vez empezaba a destilar el aroma a pies en el aire.

—Oye, Carlos, te mandó preguntar el profesor Dorado que si mañana quieres venir con nosotros, que si ya no sigues encaprichado. Vamos a ir de paseo al cerro del Pípila, y dicen que si echas una moneda en el telescopio puedes ver toda la ciudad.

La bodega de los alumnos estaba casi a oscuras, pues ya habían apagado la luz y únicamente había un resplandor amarillento que venía desde la puerta abierta de los baños y cortaba el pasillo oblicuamente.

—Cierren bien el dormitorio —pidió alguien—. No vaya a venir el profesor Dorado.

Y en seguida se vieron arder las brasas de unos cigarros en las literas, en la penumbra del dormitorio.

—Oye, Carlos, ya que te robaste los calzones de la maestra Pilar, confiesa, dinos a qué olían. ¿Por qué los estuviste oliendo, verdad? ¿O no se te habrá ocurrido ponértelos, ay loca?

Se escuchó entonces que en alguna de las literas había una discusión, un pleito en que alguien decía ey, pasa el cigarro, y del otro lado no querían devolverlo, era el último cigarro para el resto de esa noche. De pronto una voz resolvió todo:

—No, porque te vomitas. Y cállate.

Y los demás compañeros se echaron a reír y a guerrear, se lanzaron almohadazos y maldiciones en la penumbra del dormitorio.

—¿Te sientes mal, Carlos, por qué andas como tonto? —preguntó el Piojo cuando lo vio salir de la cama y caminar adentro del halo de luz amarilla que venía del baño.

—No, lo que pasa es que todavía no despierto bien.

Entonces alguien por ahí se cubrió los dientes con una mano y le dijo a otro, al sesgo, como si hablaran a escondidas: ya se va a enterar.

Y mientras tanto los alumnos seguían a carcajadas, en el otro extremo de la bodega, y además buscaban las almohadas caídas al suelo.

Carlos entró en los baños, tambaleante como si estuviera adormilado o tuviera fiebre. Un tubo de luz blanca que colgaba del techo hacía que se volvieran más blancas las paredes del baño y los escusados blancos y el piso blanco. Iba a orinar, así que se paró frente a uno de los escusados con los ojos heridos por la luz y entonces se asombró. Fue como si despertara por segunda vez. Pues adentro de la taza había un montón de ropa blanca y no era posible que fueran sus calzoncillos. Creyó estar soñando y miró bien, pero eso era inconfundible, eran sus calzoncillos, porque un día antes de salir de viaje su padre lo había llevado a comprarlos a un almacén. Y estaban ahí, flotando en las aguas del escusado, mojados como un mojón de tela.

Más allá de la puerta de los baños se oían risas, se oían pasos, se oía que sus amigos de sexto año estaban muy lejos.

7

Aquella mañana había amanecido con sol y con un viento que corría helado. El autobús de la primaria había salido de Guanajuato y desde hacía dos horas se deslizaba sobre la carretera. Ya no quedaba nada de aquellos cinco días de vacaciones, salvo un ambiente de cansancio general entre los asientos del autobús, el final de una aventura, el regreso. El profesor Dorado y la maestra Pilar, en silencio, ocupaban los primeros lugares, cerca del chofer y a la vista de la raya divisoria en mitad de la carretera. Algunas niñas se llevaban la mano a la boca para taparse un bostezo, mientras hojeaban o hacían comentarios de algún libro de ilustraciones, hablaban de las postales que habían comprado en los puestos del mercado y las demás baratijas. Desde la parte trasera se escuchaba llegar de vez en cuando un grito, una letra de canción, la carcajada después de un chiste, y eso era ya el último entusiasmo de los alumnos. Carlos iba sentado junto a la ventanilla, mirando, solo. Nadie había querido sentarse con él —es un ladrón, se merece la ley del hielo—, y seguramente tampoco él hubiera querido sentarse con nadie.

Un rayo del sol de las diez de la mañana caía por la ventanilla, y más allá se veían los círculos que daba el viento antes de llegar a golpear y a ondear los campos con rastrojo de maíz. Unos hombres, enflaquecidos por la distancia, se agarraban los sombreros con la mano para que no salieran volando.

Ahí sentado junto a la ventanilla sentía pena, pena de que todos creyeran que él había robado la ropa de la maestra Pilar. Dos de sus dedos jugaban a subir y bajar por la cortinilla del autobús, como una caricia de la que él no se daba cuenta, pues nada más se dejaba ir y se acordaba.

Anoche se había levantado cuando sus compañeros dormían, y había salido al patio. Desde lejos, había visto un resplandor rojizo estampado en los vitrales de la capilla, y pensó, mientras temblaba de frío, que ése fue el último lugar donde había estado la monja. Se apresuró entonces a caminar hacia la derecha, a pesar de que el final de la arcada estuviera bastante oscuro, pues era hacia allá el inicio de las escaleras. Conducían a una serie de puertas de madera, dormitorios para una sola persona, para monjas. De algún sitio, en el aire que soplaba aquella noche, venía como flotando una fragancia a lodo y a los árboles mojados en el huerto. Al llegar al segundo piso, vio una raya de luz tirada debajo de una puerta, y tocó.

Volvió a tocar. Todo el edificio, y el patio que se hundía debajo del barandal del balcón estaban en silencio. Era una noche quieta de silencio.

La puerta se abrió apenas, y asomó la cara de la maestra Pilar rodeada de una luz que palidecía desde adentro.

—¿Qué haces aquí, Carlos? ¿Estás loco?

—Déjeme pasar, un segundo, maestra, necesito hablar con usted. Por favor.

Un instante después la maestra Pilar se acomodó contra el respaldo de la cama. Parecía que antes de que Carlos llegara, ella había estado sentada y ahora retomaba la misma postura. La aureola de una lámpara encima del buró dejaba caer su luz en la falda y en las manos de la maestra Pilar, donde brillaba un libro.

—¿Qué te pasa, Carlos? ¿No crees que éstas no son horas para venir...?

—Maestra, sólo vine a decirle que yo no le robé nada.

—Pero, Carlos, deberías estar dormido.

—Maestra, créame por favor, nunca había entrado en este cuarto y menos a abrir su maleta.

La maestra Pilar miró a Carlos fijamente. Él estaba de pie, como empequeñecido en el centro de la habitación.

—Acércate, Carlos.

Había un destello de debilidad en los ojos de Carlos. Ella hizo a un lado el pelo y le palpó la frente.

—Tienes, fiebre. Parece que tienes fiebre. Ay, dónde estará el botiquín en esta casa —la última frase la pronunció como para oírla únicamente ella.

—No, me siento bien.

—De veras tienes fiebre, Carlos, la siento en la mano.

—Sólo pensé en venir a decírselo. Usted siempre será la maestra. Yo no me robé nada.

Ella se movió rápidamente y tiró entonces la maleta al suelo, fue jaloneando el cierre y hurgó entre sus ropas. Era increíble, justo de ahí dentro habían desaparecido aquellos calzoncillos que él tuvo en las manos.

—No las encuentro —volvió a hablar para ella—. Anda, acompáñame, estoy segura que las pastillas han de estar guardadas en la cocina.

Pero luego todo era vago, creía recordar que estuvo mucho tiempo con los brazos cruzados contra una de las mesas del comedor, bajo las lámparas tan blancas que le herían los ojos, el mal sueño. Y despertó de repente, cuando la maestra Pilar volvía con un vaso de agua en la mano.

—Tómate la pastilla.

Ya en el patio, bajo los arcos de cantera, afuera del dormitorio, afuera en la noche se despidieron Carlos y la maestra Pilar.

—Duerme, Carlos. Lo que pasó yo he preferido olvidarlo.

Pero ahora que veía hacia la ventanilla, se preguntaba si verdaderamente la maestra Pilar había comprendido que él no se robó nada. Sentía la mortificación de la duda, no entendía, ella ni siquiera había escuchado sus explicaciones, le tomó el pulso y lo trató como a un enfermo, pero me trató bien. ¿Eso significaba pues que ella había confiado en él? ¿No van a comunicarle nada a mis padres, a citarlos?

Los regresos son siempre tristes, dijo una de las niñas por ahí. A esa hora, ellos eran el único autobús que viajaba a través de aquella mañana.

En ese momento, Carlos tuvo que levantarse del asiento porque sencillamente más adelante no aguantaría las ganas de orinar. Así que atravesó el pasillo en dirección al zumbido del motor, y al tomar la manija de la puerta del baño y antes de abrirla, oyó que lo llamaron: Ey, Carlos, no te han hecho falta. Era la voz de Calvino que se alzaba desde el fondo de un asiento y que meneaba en el aire uno de los calzoncillos de Carlos.

Súbitamente, a Carlos se le embotaron los sentidos y fue como si todas las risas le retumbaran en el cerebro. Casi de un salto se abalanzó sobre el cuello de Calvino y lo apretó, con ambas manos, pero de inmediato alguien vino por detrás de Carlos y lo jaló de los pelos, lo estiró de manera que Carlos tuvo que dejarse llevar hacia atrás, como arrastrado, porque no podía resistir el dolor de los tirones del cabello y además porque otro compañero lo había abrazado por la espalda para inmovilizarlo, para impedir que Carlos estirara un brazo como realmente lo hizo porque quería romperle la cara a Calvino, de veras quería romperle la cara a Calvino. Los calzoncillos se habían esfumado, no se veían más, y todos los alumnos gritaban escandalosamente, a lo loco, vaya a saber qué demonios gritaban pero las niñas habían escuchado y habían trepado a los asientos con la cabeza vuelta hacia el fondo del autobús, y la maestra Pilar que ya se apresuraba por el pasillo y detrás de ella venía el profesor Dorado.

—¿Qué te pasa, Carlos? ¿Te has vuelto loco o qué? —estalló la maestra Pilar—. Primero lo de la maleta y ahora esto. ¿Te has vuelto loco o qué?

Los ojos de ella lo miraban con una expresión furiosa, violentamente más negros.

Carlos se quedó callado, con el cuello de la camisa torcido y roto, a punto de temblar de rabia.

El autobús entonces empezó a disminuir la velocidad y salió de la carretera, orillándose hacia una franja de tierra. Carlos no decía nada, permanecía callado y lo único que hizo fue limpiarse los mocos de la nariz con el dorso de la mano, con un gesto en que puso la mayor dignidad de que fue capaz. Y lo peor es que todavía faltaban poco más de seis horas de viaje, el regreso a casa.

lucila navarrete turrent

LUCILA NAVARRETE TURRENT nació en Torreón, Coahuila, el 5 de mayo de 1980. Estudia comunicación en la UIA Torreón. Ha publicado en *Acequias*, en la revista virtual Mediática y en el CD *Acequias* de poesía. Sus autores favoritos son Oliverio Girondo, José Saramago, Carlos Vitale y Edgar Allan Poe.

EL NOMBRE

PARA NO PERDERME EN EL OLOR DE TUS OTOÑOS,
deambulé por las calles,
suplicando flores sin aroma.
Así olvidé tus ratos,
diligentes de lágrimas y cuerpos olvidados.
Mas no arranqué la flor de un pensamiento,
que recordaba un rostro grisáceo como niebla.
Y este rostro y su mirada,
arrebataron sin conciencia,
el olor que aún no atrapo,
el olor que no recuerdo,
aquel, quizá, el otoño desnudo de aromas,
desnudo de nombres.

SOMBRA

ALGUNA VEZ,
observé unas sombras desdoblarse
en una pared sin nombre.
Eran esas sombras perdidas,
que se escondían del acoso de sus cuerpos.
Y esa pared,
atrapó el silencio y la negrura,
y sus sombras, ahora sus sombras,
deambularon sin rumbo,
atadas, desdoblándose,
una por una,
escondidas aún de cuerpos ya olvidados.

TE COLGASTE EN MI HOMBRO

TE COLGASTE EN MI HOMBRO,
y extendiste la piel en una mirada.
Vi tus ojos ya difuminados
en alguna placa azul,
en algún líquido del mar, de mi océano.
Solo así vi mis ojos sobre los tuyos,
en una pared, pintada de azul,
dispersa en el agua, en la calma de tus hombros.

TRAZOS

PROBABLEMENTE ALGUNA VEZ
fuimos una rosa, o un tulipán, solitarios,
en países distintos.
Acaso observamos los pasos precipitados
de nosotros mismos sobre la tierra,
jugando a ser marionetas.
Yo solo sé que vuelvo a ser rosa,
quiero ser tulipán,
para ignorarme en los pasos,
en el camino que trazan mis pies,
los que buscan todo
y olvidan tristes, la ausencia y la extensión.

DECIMOS QUE PASAMOS POR LA VIDA

DECIMOS QUE PASAMOS POR LA VIDA,
procurando conservar el valor de una palabra,
intentando inútilmente a veces, derrocar su entendimiento.

Decimos que pasamos por la vida,
y construimos sin música algo ausente,
o buscamos errantes una mano qué tocar.

Decimos que andamos incesantes,
buscando alguna flor qué cortar,
o alguna sonrisa por aprehender.

Y sin embargo, damos pasos certeros,
por bosques desconocidos,
aventurando señales y llorando por seres solitarios.
Y otras veces maldecimos a los dioses,
y preguntamos desesperados al cielo por los rumbos,
por la pregunta jamás gritada.

Decimos que deambulamos por las calles,
suplicando flores diferentes,
y llorando en el desierto mismo de los adentros.

Decimos que pasamos por la vida,
más abiertos, más sabios,
pretendiendo clarificarnos entre la guerra,
derrotándonos ante las hojas,
y desmintiéndole a los árboles.

Y en realidad,
andamos por la vida, desnudos y desposeídos,
tan temerosos y frágiles,

que nos hacemos trizas en el polvo,
y nos amarramos a las pieles de otros,
para no sentirnos ausentes,
para no sentirnos silenciosos.

EL FRÍO

TUS RISAS ME RECUERDAN A UN OLOR QUE NO DESEO PERSEGUIR porque te descubro tan fresca que me da miedo tocarte. Mejor te observo de lejos, allá donde estás, murmurando palabras sin estructura que aclaman por el pensamiento de este flujo mental que se sabe denso, se sabe acompañado desde acá. No llores por lo verde, no llores por ellos porque te sabrás poesía intentado ser música, intentando ser recuerdo. Mejor respira aquí, en el momento preciso de saberte a mi lado con la risa de tus voces y los ecos del viento con aromas frescos y fríos. No te desnudes, consérvate tierna y ligera para que llegue el día gozoso en el que podamos dibujarnos lápices de colores y tierras frescas interminables.

Ayer le supliqué al señor de los sueños encontrarte en algún pasaje mental que me diera señales de ti. No marcaste mensajes, ni tampoco imprimiste gritos, mas dejaste volar una luz sempiterna que aclamaba mi presencia en el frío, en la nieve de diciembre.

Te siento sensible porque me sabes a una miel delicada que se asocia con las telas de colores que traíamos puestas hace años. No te marches ahora que te huelo a presencia, aprovecha el instante mismo de sabernos juntas el segundo fugaz que ya se va, que ya es pasado y es presente en el viento, en los vacíos de tus adioses y el llenado de tu contigüidad.

MI NOMBRE

DIBUJO SUAVEMENTE CON EL PULSO DE UNA MANO PERDIDA mi nombre. Trazo cuatro letras pequeñas y luego grandes y me transporto a la incertidumbre de otras vidas. En ocasiones me pregunto por mi pasado, aquel destruido por la muerte, y grito desesperadamente por algo o por alguien, y no encuentro a nadie, la casa está vacía, el espacio también, pero lo encuentro tenue, rojo, con algo intenso y que me hace intuir tu existencia y la mía en este instante. Cuántas veces nos repetimos los seres humanos que seamos la vida del instante, del momento, de la pasión por escribir una letra en este segundo que se acaba de ir tiernamente en el viento. Y es cuando te encuentro ligero, desnudo ante la percepción de una ventana recién descubierta. No te toco porque me asusto y mejor te observo, así lento, así tan duro y me estremezco. Te he soñado y no quiero pensar que te he soñado porque me rompo y desintegro lentamente. He optado por estar en este instante preciso en que te miro y te dejo ir a la vez.

Sigo trazando cuatro letras, ahora de otro color y me suspendo en la abstracción de una letra incuestionable que retoma los adioses de una muerte y suspiran por mi respiración. Quiero saberme respiración en este instante mismo en que no soy nada, quiero saberme así gozosa, sin nada qué temer. Rompamos los silencios y volquemos el viaje con esos pasos titubeantes hacia el caos que te constituye. No tengas miedo y quiebra el silencio, dilúyete con los aromas de tu piel y prueba tu sangre, tus ojos sabor a miel y te descubrirás intacto, jamás pensado, jamás besado y volteando hacia mí.

ECÚMENE

LISTÓN QUE BRILLA COMO AZUL
en las tardes de viento gris.
Rojo éxtasis de sangre borbollante.
Blanco y frío en los hielos
y las narices y ojos profundos que caminan.
Negro sin luna en ausencia
cuando se funden los cuerpos.
Verde en los campos de fluidos
y de hierbas que se prometen canciones.
Blanco y negro en partitura,
diluyéndose en polvo mágico en la galaxia.
Ocaso marino que se extiende infinito.
Amarillos soles de amarillo fiel
suplicando una sonrisa transformada.
Café la mirada en cuatro ojos,
cuatro colores que son uno.
Rosa y morado el paseo por la plaza,
la lectura de un libro en voz alta
y los gritos de locura inexistentes.
Multicolor la dimensión de pasteles,
de oscuros y pinceles que se desbordan
sabiéndose horizonte sin rectitud.
Caos de colores hasta el paroxismo,
plastas de universo impermanente.

YO HABÍA VISTO A MARIANA

YO HABÍA VISTO A MARIANA ENTRE LOS JARDINES DE SUS PROPIOS MUROS,
sus muros de piedras de barro y tierras firmes
se asomaban entre el rojizo cielo que su sol matizaba.
Mariana se paseaba entre las hojas de sus árboles
con sus trajes de telares aun vírgenes,
Mariana danzaba con los hombres y mujeres que en su pecho renacían.

Mariana en el tiempo era...
era más diosa que la lluvia.

Pero amaneció,
y Mariana miró en tonos grises,
en los sollozos de su cuerpo
se había impreso una piel distinta a la suya
y las piedras de su pueblo,
y los hombres y mujeres que albergaban en su pecho,
se confundieron entre caminos desconocidos.

Yo había visto a Mariana entre jardines, entre muros frescos,
también vi a Mariana en otras telas, entre otros sabores...
Parece que he perdido a Mariana,
o será que Mariana, ya marchita...
descanse en el recuerdo de mis memorias,
en la tristeza de mis propios ojos.

rené orozco

ROMÁN RENÉ OROZCO (Londres, Inglaterra, 1978) estudió comunicación en la UIA Torreón, donde actualmente imparte clases de cine. Tomó cursos de literatura en la Universidad de Deusto en San Sebastián, España. Ha publicado cuentos en la revista *Acequias* y en los colectivos *Alba de la semilla* y *Hoy no se fía*. Además de la literatura, le interesan el cine y la música. Entre sus autores favoritos destacan Rushdie, Cioran, Kundera, Saramago, Bukowski y Quino.

LA FERIA DE LAS VANIDADES

WALTER ISMAEL RIVAS GAYTÁN Y DE LA TORRE, SE LLEVÓ discretamente un dedo a su nariz de donde extirpó, con notable habilidad, una lustrosa porción de moco que fue a untar en el dorso de uno de los libros que descansaban en la mesa de exhibición. Aventuró un par de miradas furtivas para asegurarse que nadie lo había detectado en pleno despliegue de maniobras, y luego continuó su caminar tranquilo en los pasillos formados por las estanterías. En ellas lucían textos impresos con las temáticas más variadas que suele haber en las ferias de libros. Desde los más coloridos libros infantiles hasta la literatura más seria y académica, desde los más elementales manuales técnicos y de cocina hasta las complejas divagaciones de un volumen de física moderna o química molecular. La extensa superficie del salón era abarcada casi en su totalidad por libreros, carteles, pósteres, panfletos, mantas, y cualquier otro elemento físico y colorido que pudiera llamar la atención de cuanta persona fuera posible, con la esperanza de seducirla al extremo de gastar su dinero en algunos volúmenes. Las brillantes y llamativas portadas hacían la delicia de los ojos de Walter Ismael, quien no dejaba de contemplar a través de sus medianamente grasosos lentes, la variedad de figuras y viñetas que lucían en la cara de los libros. Miraba con creciente atención la asombrosa diversidad en tipografía, colores, títulos, tamaños e inclusive olores. Walter tomó un libro que versaba sobre cocina tailandesa con sus rechonchas manos y acercó la boluda nariz con la ilusión de poder captar, por lo menos imaginar, cómo serían esos olores. Pero no le llegaba nada, pues hace dos días se había enfermado de un catarro violento e implacable que le había menguado, al punto de la aniquilación, su sentido del olfato.

La nariz de Walter moqueaba constantemente y lo único que podía hacer, era aspirar y desbloquearla de vez en cuando, como lo había hecho hace unos minutos, liberándola de una sólida capa de mucosa endurecida que le dificultaba el ejercicio normal de la respiración. Si a esto todavía se le suma una tos crecida en decibeles, Walter daba la impresión de ser una amiba ruidosa y descomunal. Pero esto a él le tenía sin cuidado. Su

atención estaba fijada en los surtidos estantes y escaparates que soportaban las tintas empastadas.

Aunque se divertía, Walter, en realidad sólo hacía un poco de tiempo mientras esperaba el evento principal de esa noche, que con tanta anticipación había protagonizado gran parte de los comerciales radiofónicos de la feria. El autor de los exitosos libros *Si yo puedo, tú también*, *10 parábolas de la excelencia* y *Actitudes imprescindibles de la gente exitosa*, Juan David Villarreal, presentaba su más reciente escrito intitulado: *No seas estúpido, ¡Sé feliz!* Libro del cual varios ejemplares se encontraban en el pasillo central de la gran sala, y de los cuales uno ostentaba ahora, sin que nadie lo percatara, un moco que acentuaba con notoriedad la ‘u’ de la palabra ‘estúpido’ en el dorso del impreso.

Normalmente no suelen presentarse este tipo de libros en las ferias, pero la editorial, ExitoSA, había presionado mucho a los organizadores para que el señor Villarreal figurara en el programa. Después de todo, gracias a la publicidad del libro, los visitantes habían aumentado considerablemente de número, y esto se traducía en mayores ingresos para las diferentes editoriales y mayor renombre para los organizadores. Juan David Villarreal, era un hombre que, según el esbozo biográfico que aparecía en la solapa de sus libros, “había aprendido de los duros golpes de la vida” y quería compartir sus aprendizajes con el resto del mundo esperando lograr que la gente se diera cuenta de sus enormes potenciales humanos, se encaminara a la excelencia personal y de paso, que le generara unos cuantos miles de pesos como gratificación por la buena voluntad de su corazón al convidar de sus conocimientos.

Walter Ismael era un ávido consumidor de este tipo de literatura, que en numerosas ocasiones lo alentaba a seguir adelante en su vida. Su evidente obesidad le había generado numerosos problemas de autoestima durante su adolescencia e inclusive ahora en su vida adulta. Siendo esto algo notablemente difícil de disfrazar, Walter se había defendido desarrollando una actitud más intimista que rayaba en la misantropía, hasta el día en que su madre le regaló el primero de los libros de Villarreal, *Tú puedes lograrlo por ti mismo*. Al principio escéptico, luego interesado, y finalmente convencido en todo su adiposo ser, Walter empezó a definir su vida a través de esas lecturas que le infundían un vigor que nunca antes pastel o confitura alguna le habían otorgado. No disminuyó su peso de manera apreciable, pero definitivamente modificó su actitud

al extremo de reducir al mínimo la mayor parte de sus inhibiciones. Aunque el resto de la gente lo seguía percibiendo de la misma manera, Walter, se comportaba un poco más sociable, dispuesto a dar lo mejor de sí, aunque el mundo se pusiera en su contra.

La hora de la plática se acercaba, sólo faltaban minutos para su comienzo, así que Walter se dirigió hacia la sala que había sido especialmente preparada para la ocasión. El lugar era espacioso, un continente de unas ciento cincuenta sillas habían sido dispuestas en forma de dos rectángulos, divididos por un espacio que permitiría mayor movimiento de la gente. Muchas personas ya habían ocupado sus lugares y quedaba poco sitio adelante. Walter había esperado con anhelo este encuentro con su héroe, y no iba a conformarse con un asiento en la imperceptible fila trasera. Y recordando los sabios consejos de su admirado mentor acerca de *darse su lugar en el mundo*, se dirigió con firmeza hacia el pasillo central, dispuesto a encontrar un lugar digno de un admirador de su talla y calibre.

Walter se hizo paso entre las sillas, empujándolas a ambos lados con sus manazas, tumbando una que otra sin querer y provocando miradas de reprobación entre los presentes. Finalmente ensilló su corpulenta anatomía en un espacio ubicado en el centro simétrico de la geografía de los asientos, y contempló satisfecho el panorama que dominaba desde su posición. Algo más adelante estaba el podio que en unos cuantos instantes recibiría al tan esperado personaje. Un murmullo crecido gobernaba el salón evidenciando la impaciencia del público por empezar. Éste se constituía principalmente de amas de casa, estudiantes preparatorianos, así como universitarios y los que parecían ser empresarios y representantes de organizaciones comerciales. Walter Ismael examinó a la concurrencia y pensó si sus vidas habrían cambiado tanto como lo hizo la suya, con la lectura de los textos villarrealianos. Pero decidió que no debería tomarlo mucho en cuenta, pues como suele decir el maestro, *Lo importante eres tú*, y con este pensamiento se recargó de lleno en el respaldo del asiento que crujió y rechinó lastimeramente, doliéndose del castigador peso de su ocupante.

El ambiente encerrado del salón, a pesar de su amplitud, no resultaba muy benéfico para la salud de Walter, quien tuvo un par de accesos de tos y una sonora moquera que podía escucharse al extremo opuesto de la estancia. Y aunque el aire acondicionado estaba encendido, el sudor

empezaba a debutar en la frente de Walter, que se pasaba las manos repetidas veces por la cara, recogiendo el líquido sobrado y limpiándolas en los anchos pantalones cafés, donde quedaba una impresión digital perfecta y notable a simple vista.

Sus axilas producían cantidades de un sudor, contable en galones, cuyo aroma fácilmente despertaría a un comatoso, pero que a Walter resultaba imperceptible por su actual estado. Estaba más preocupado por el inicio de la plática, y el pensamiento de encontrarse cara a cara con su ídolo, sólo conseguía incrementar la producción de sudor.

Un par de señoras que se encontraban a su lado hacían enormes esfuerzos por mantenerse en la platónica ataraxia, meta difícil de lograr dada la aterradora proximidad de las axilas goteantes de Walter, que empapaban todo el dorso de su playera amarilla. El aire a su alrededor se viciaba con rapidez, y ya había comenzado a seducir a un par de moscas que rondaban las cercanías y hallaron en el olor, el estímulo ideal para continuar la perpetuación de su especie. Una de las señoras, que por mala fortuna se encontraba más cerca de Walter, le dirigió una mirada como de maldición egipcia y torció la boca doblando hacia abajo las comisuras, esperando que el mensaje fuera de alguna manera claro para Walter, quien seguía perdido en sus propios pensamientos sobre los conceptos largamente estudiados y aprendidos de corazón. En ese momento el par de moscas apareantes se posó un instante, para reposar de la faena, en la punta de la nariz de Walter, provocándole un cosquilleo invencible, que se tradujo en una serie de aspiramientos cortos, en preparación para un gran estornudo. Presintiendo una fuerza irresistible salir de su boca, se llevó apresurado las enormes manos de torta a la cara, tapándose la nariz, esperando contener el estallido, pero fue imposible. Liberando un grito solamente comparable a los de Menelao en las batallas de La Ilíada, Walter cimbró la estancia con un estornudo que habría podido medirse en la escala de Richter, depositando al mismo tiempo, sobre la superficie de sus manos, una generosa porción de saliva y mucosa. Tras un breve silencio, una voz de *'salud'* pudo escucharse a lo lejos, mientras Walter, apenado hasta los mocos, cerraba lentamente las manos escondiendo las *artes* entre sus gordas palmas. Bajó las manos encerradas y cuando se aseguró que ya nadie lo seguía viendo, de la manera más discreta que pudo concebir, se deshizo del cuerpo del delito, esparciéndolo debajo de su asiento. Para las compañeras de fila de Walter, la situación se había

vuelto por completo intolerable, y aunque disfrutaban enormemente de los libros de Juan David Villarreal, disfrutaban todavía más del aire puro, por lo que decidieron abandonar el recinto antes que su olfato se atrofiara permanentemente.

La aparición del esperado escritor dilataba bastante y eso ponía más nervioso a Walter, por si no tuviera suficiente con su catarro y el molesto sudor, ahora necesitaba ir al baño, pero decidió que sus esfínteres aguantarían lo suficiente como para sostenerlo unas dos horas más. En ese momento Juan David Villarreal hizo su aparición.

El autor era un tipo alto, erguido como un pino, de aspecto gallardo y rostro pulcramente afeitado. Lucía un traje claramente fino y con un valor de no pocos billetes, lo cual atestiguaba que eso conocido como literatura de *excelencia y verdad*, redituaba muy bien, además de acompañar consecuentemente la imagen de triunfador y buen tipo que transmitía a cada paso y con cada ademán. Parecía estar sonriendo todo el tiempo y saludaba con aparente afecto a la multitud, que vitoreó y se levantó de sus asientos para verlo mejor. Walter también se levantó, con no poco esfuerzo, y aplaudió con energía a la figura de triunfador aspecto que caminaba por el pasillo, estrechando manos y regalando sonrisas a las cámaras televisivas que se encontraban listas para perpetuar el momento triunfal de la célebre feria del libro. Walter quiso aproximarse para darle la mano, pero había mucha gente entre el pasillo y él. De cualquier forma se aventuró y empezó a cruzar el reducido espacio entre fila y fila, para llegar al pasillo central por donde caminaba su héroe. Avanzando firme, Walter, pisaba callos y destrozaba juanetes al mismo tiempo que trataba de estirar su brazo tanto como podía. Ningún esfuerzo era lo suficientemente grande para no saludar a su mentor espiritual. Pero para desgracia de Walter, el señor Villarreal pasó de largo sin siquiera notar sus esfuerzos por encontrarlo. Ligeramente decepcionado, y con la frente escurriendo, Walter regresó a su lugar, dejando tras de su persona, una estela de pies magullados y un olor que masacraba narices. Villarreal subió al podio con bizarría, y después de tomar un sorbo de una botella de agua que llevaba consigo, comenzó su presentación.

Durante un par de horas, la acústica del lugar retumbaba con la profunda voz de Juan David, quien no cesó ni por un momento de recordarles a los asistentes, las claves del éxito y los principios para despertar confianza en los demás. Sus discursos arengaban al auditorio

con tal pasión que fácilmente podría haberlos convencido de construir una segunda muralla china. El ánimo de los presentes se inflamó de pasión, de excelencia, de automotivación, del poder del Yo, de superación, de patriotismo y de amor por uno mismo. De los labios de Villarreal salían parábolas que, aunque en ocasiones ridículas y sin sentido, parecían comunicarle muchas ideas claras a los escuchas, quienes seguían los movimientos de su gurú con atención casi hipnótica.

Walter Ismael escuchaba y sus pupilas se dilataban al extremo de casi ocupar la totalidad de su iris. Él comprendía exactamente todas las palabras del conferencista que lo tenía tan maravillado. Había seguido con precisión casi patológica todos sus consejos, y había ocasiones en que hasta parecía escucharlo casi en sueños, dictándole sus comportamientos y las formas correctas de llegar a ser un triunfador de verdad. Su corazón se inflamaba, y no podía dejar de sentir la enorme emoción que le provocaban las palabras de este hombre que lo tenía casi al borde del llanto. Su corpulencia se retorció levemente en el asiento para acomodarse mejor, estaba poniéndose cada vez más nervioso y el sudor que le escurría formaba charcos. Las personas a su alrededor se le quedaban mirando extrañadas, pues aunque compartían el gozo por el discurso, no experimentaban, ni de lejos, la misma sensación que parecía estar experimentando la gruesa personalidad de Walter Ismael Rivas Gaytán y de la Torre, quien aspiraba mocos cada cierto tiempo para mantener despejada su nariz, provocando muecas de disgusto en la concurrencia circundante, por si la pestilencia que los rodeaba no fuera ya molestia suficiente.

En ese momento, sin avisar o sugerir reacción alguna, Walter se levantó con asombrosa rapidez de su asiento y comenzó a hablar, preso de una euforia arrebatadora y un éxtasis solamente observado en los poetas místicos.

—¡Sí, Señor Villarreal, tiene usted toda la razón! —interrumpió violentamente Walter, tomando a todos por sorpresa.

—Sus libros, sus actitudes, todo lo que usted escribe en todos sus libros, me ha ayudado a ser quien soy ahora. Y disculpen los aquí presentes por hablar de esta forma, pero no me pude quedar con las ganas de decírselo sinceramente.

Los ojos atónitos de la gente clavaron su mirada en aquel grueso ser, que hablaba de cambios y transformaciones radicales y actitudes de

superación, al mismo tiempo que tosía ruidosamente entre frase y frase. El mismo Villarreal, estaba sorprendido, pues no creía que su discurso fuera a tener estos efectos, de alguna forma estaba halagado pero si este tipo continuaba con su perorata, la imagen que tan cuidadosamente había venido fraguando todos estos años, se desmoronaría. Empezaba a preocuparse.

—Es usted muy amable señor, pero le pido que espere a que lleguemos a la sección de preguntas y respuestas para que pueda externar sus opiniones —dijo Villarreal.

—No, discúlpeme, *maestro*. No puede decir eso. Recuerde lo que escribié en la página noventa y seis de su libro *El mañana empieza hoy*. Usted dijo que no hay que esperar, hay que actuar...

—Sí, bueno. Yo... me refería a actuar en su momento adecuado.

—Pero es que no hay momentos, *Juan David*. ¿Le importa si le digo Juan David?, es que soy un gran admirador suyo, ya he leído todos sus libros —dijo Walter volviéndose hacia la pasmada concurrencia—. Y lo quiero decir delante de todos ustedes, los pensamientos de este hombre me han cambiado la vida. Se lo juro Juan David, no exagero, no sé qué habría sido de mí si no llego a leer sus libros.

—Me siento... muy halagado, señor. Pero por favor comprend...

—*Sólo hay instantes*, usted lo dijo, recuerde. No se haga menso. Claritito lo leí en el prólogo a la cuarta edición de su libro. Es más, justo lo traigo aquí conmigo, espero que no le importe autografiármelo, me sentiría halagadísimo, después de todo soy uno de sus más fieles lectores. Con decirle que hasta me ha ayudado a expresarme *mejormente*. Y yo quiero aprovechar este instante para decir lo que pienso. Vamos, usted de todas las personas es quien más debe apoyarme en este momento. Yo soy la prueba que sus palabras son ciertas. ¡Véame!

—Señor, le pido que por favor tome asiento, es que todavía no es tiem... —pero a Villarreal no le dio tiempo de terminar su frase porque Walter, atacado de empuje y valor, se volvió hacia la multitud que escuchaba insólita, y la comenzó a arengar sobre las maravillas de los libros del expositor. El apasionado discurso de Walter se desbordaba en cantos de alabanza y excelencia, que eran acentuados por un excesivo uso de ademanes y aspavientos, que hasta en un mimo se habrían visto exagerados. Walter exponía las raíces del éxito, según su interpretación y su experiencia, y la gente pronto comenzó a hacer gestos, que no

apoyaban del todo la infalibilidad de los conceptos villarrealianos aplicados pragmáticamente, y menos viniendo de un personaje que más parecía empleado de una carnicería. La imagen sencillamente colisionaba con la idea mental sobre una persona de éxito.

De nada servía que Villarreal hablara por el micrófono, que moviera las manos, que se ajustara la corbata; la atención se concentraba en el curioso personaje con la playera amarilla sudada y maloliente. Walter, se encontraba extático y en el clímax de su exposición cuando le volvió una vez más el cosquilleo a la nariz, esta vez natural, sin intervención de moscas o elementos externos. Cualquiera podría pensar que se trataba de una especie de signo. El cosquilleo hizo que Walter jalara aire cuatro veces cortas, cuando parecía que iba a decir la palabra *justicia*, para luego soltar un estornudo que, por su potencia y magnitud, además de esparcir unos cuantas muestras de moco por el salón, hizo que perdiera momentáneamente el control de sus esfínteres, dejando salir un pedo, de presencia tan gruesa como su creador, que habría abastecido de metano al estado de Nayarit por un mes. Con esto último, la gente terminó por salir del salón en apresuradas maneras para conseguir un poco de aire fresco. Mientras, arriba en el podio, el escritor de best-sellers, Juan David Villarreal estaba al filo de las lágrimas, en tanto que Walter Ismael se limpiaba sus cavidades nasales, al tiempo que se aproximaba, lento y apenado, hacia su héroe.

Walter se deshacía en disculpas y súplicas de perdón hacia Villarreal, pero éste no decía una sola palabra, y a cambio sólo le devolvía una feroz mirada, mientras permanecía todo serio y recogía sus papeles. Walter bajaba la mirada verdaderamente apenado, pero ni todas sus muestras de genuina admiración le valieron siquiera una palabra de Juan David Villarreal, quien se encaminó hacia la salida sosteniéndose fuertemente la nariz con una mano. Walter ya no hizo el intento por seguirlo y se quedó pensativo en el apestado salón, ahora despejado de curiosos y seguidores de las enseñanzas excelentes. De verdad lamentaba lo ocurrido, no hubo mala fe, cada palabra que pronunció fue sincera y de corazón, aún así el efecto no fue el deseado. Pero recordando otra de las geniales frases de su decepcionado mentor, *Que nada se interponga entre tu ser y la felicidad*, recuperó el ánimo y se sumió en reflexiones al aproximarse a la salida. Tal vez él, Walter Ismael Rivas Gaytán y de la Torre, era un imbécil, cabía esa posibilidad, un estúpido, pero decididamente era feliz

y con este pensamiento caminó hacia la salida de la feria, dejando ir un último flato a modo de despedida.

01/09/02

LA LUZ ENTRABA CON DIFICULTAD A TRAVÉS DE LAS BLANCAS cortinas apenas entreabiertas a esa hora de la mañana. No sabía la hora exacta pero intuía que aún era temprano, lo cual es bastante relativo pues cuando no se tiene nada que hacer, o no se quiere hacerlo, siempre es temprano para cualquier actividad. Como sea, el mismo costoso esfuerzo que realizaba la luz para entrar al cuarto lo hacía yo para abrir los ojos. Aborrezco de manera indescriptible cuando el sol se entromete por las mañanas en mi universo de oscuridad y penumbra holgazana, como el descarado de una hermana menor que curioseas en mi clóset, como una persona *non grata* en la recepción de alguna embajada, como un reportero de sección de sociales.

A lo lejos, como si provinieran de un radio viejo, percibía los graznidos de las gaviotas y escuchaba el pitido de la máquina barredora que hacía su cotidiano recorrido por las calles de la ciudad, seguramente decoradas con vasos de plástico, botellas, latas y panfletos cuya tipografía exigía libertad para los *Euskal Presoak*. Esto lo sé porque la manifestación había ocurrido la tarde anterior cuando algunos furibundos ciudadanos donostiarras salieron a las calles a protestar por el encarcelamiento de sus parientes, acusados de colaborar con el movimiento terrorista. Estos sucesos ocurren con bastante frecuencia con una modesta participación de los habitantes y suelen terminar sin mayor inconveniente que unas cuantas imprecaciones en vasco, seguidas del gradual desvanecimiento de todo coro libertario; pero ahora las calles estaban en paz y el ritmo cotidiano de la ciudad no tardaba en reiniciar. Traté de visualizar esa paz imaginaria. Si me levantara de la cama y caminara hacia la ventana, distinguiría claramente un sol atenuado por las nubes, pero no por eso menos molesto. Haciendo su mejor esfuerzo, el portentoso astro lanzaba cansados destellos sobre la avenida De La Zurriola, que se encontraba junto al malecón de la playa del mismo nombre, escenario de todo tipo de excesos que entre los turistas suelen ser perdonados como algo habitual. Desde mi llegada hacía ya tres meses, presencié desde tráfico de drogas hasta menudas orgías donde apenas unas horas antes se podía ver a un

grupo de niños jugar tranquilamente en la arena. La playa era un lugar donde se daban cita los integrantes más insólitos de la sociedad vasca y de la sociedad internacional. No negaré que se convirtió en uno de mis lugares más frecuentados. De hecho, fue allí donde nos conocimos. Larraitz.

Larraitz se levantó suavemente de la cama y caminó hasta la ventana, apartó un poco la cortina con sus manos sólo lo suficiente para poder evaluar las condiciones climáticas del día. La generosa e impertinente luz se derramó sobre su cuerpo blanco y desnudo, dibujando una sombra que la perfilaba por detrás desde el cuello hasta las piernas, recorriendo la curvada espalda y sus redondas nalgas, cuyo volumen acentuaba bellamente.

—Bueno perezoso, arriba. ¿O es que piensas quedarte allí todo el día? ¿No tienes clases o algo así?

Contemplé a Larraitz con la cabeza todavía en la almohada, como analizando la pregunta. Por toda respuesta le hice un guiño y sonreí con malicia. Larraitz era vasca, había nacido en un pequeño poblado de las cercanías, Hernani, pero fue educada en San Sebastián donde residía hasta la fecha. Ella prefiere que me refiera a la ciudad como Donosti, una simple formalidad a la que accedo por cortesía. Yo había llegado a esta ciudad como parte de un intercambio académico que, sinceramente, no tenía otro propósito que alejarme de aquellos pequeños infiernos cotidianos, provocados por mi universidad y mi entorno, y lograr internarme en otro tipo de infiernos, en donde, dado el exotismo de los países extranjeros, creía que, por lo menos en cuanto a la parte académica, tendrían un punto de vista más interesante que ofrecer, al menos eso creía yo. Larraitz, sin embargo, era para mí una actividad extracurricular har- to más interesante que cualquier curso sobre filología española. Sacudió la cabeza mientras me miraba y cerraba las cortinas nuevamente.

—Jo, cómo vivís vosotros los extranjeros. No vais a clases, no trabajáis. Que vida. ¿Es que no os da vergüenza?

No, no tendría porque darme. Ella no iba a la misma universidad que yo, no estudiaba lo mismo que yo; para empezar ella cursaba el cuarto año de música en el conservatorio, no teníamos los mismos profesores, no teníamos los mismos amigos, no teníamos la misma vida, carajo, no compartíamos ni siquiera el mismo idioma. Nuestro único vínculo común era la agobiante necesidad de sentir la caricia ajena, y hasta entonces la relación había funcionado en esos términos.

La euskalduna se apartó de la ventana y empezó a recoger del suelo su ropa, que entre los dos habíamos esparcido por toda la habitación la noche anterior, y la noche anterior a ésta y también hace tres noches. El largo y oscuro pelo le caía desmayadamente sobre los hombros, donde interrumpía por un instante su curso para después estrellarse como cascada en sus senos, cuya firmeza había sido objeto de mi exhausta exploración desde varios días atrás. Larraitz dejó su ropa en el respaldo de una silla, se sentó y prendió un cigarro mientras me miraba con picardía.

—La verdad es que uno se acostumbra a la pereza luego luego. —le dije

—¿*Luego Luego*? ¿Al instante?

—Si, *vale*, al instante.

Resalté el *vale* a manera de queja, pues todavía después de tres semanas de conocernos y una de acostarnos juntos, me irritaba un poco que no se acostumbrara a mis giros lingüísticos así como yo me había acostumbrado a los suyos. Es una de esas particularidades que siempre consideré atractivas; quizás por el encanto, hasta cierto punto exótico, de la pronunciación. Sin mucha tardanza uno se acostumbra a convivir con *hostias*, *joderes*, *putadas*, *mecagoenlaleches* y otras *gilipolleces* de dudosa taxonomía pero similar nivel semántico que sin embargo, expresadas en la cama y con un tono apropiados, probaban poseer una insospechada delicia.

—Venga con estos *pinches güeyes* y sus *pendejadas*.

Me causaba mucha gracia la forma en que Larraitz o cualquiera de sus compatriotas, trataban de imitar el habla mexicana (y por lo general cualquiera de origen latino) recurriendo ineludiblemente a las mismas palabras y tratando siempre de abrir un poco más la boca, con resultados muy jocosos para cualquier testigo hispanoamericano. Aunque supongo que ellos deben percibir el mismo efecto cada vez que nosotros queremos imitar el acento español. Larraitz siempre se *descojonaba* de risa al escuchar mis intentos.

—Tu acento está bien pero siempre te delatan las *ces* y las *zetas*—ella me dice a menudo—. Es lo único que te hace falta porque en verdad que no pareces mexicano.

Nunca oímos la explosión. Siempre terminamos por enterarnos de los atentados a través de la tele o los periódicos o las calles, aunque por lo general la gente no suele hablar en público de estos asuntos, me imagino

que se considera de mal gusto. Esta vez no hubo muertos, sólo unos cuantos heridos y tres carros dañados. Más tarde pasé por el sitio del incidente junto con dos compatriotas quienes, como yo, manifestábamos un vivo interés por conocer con más detalle lo que había pasado, sin embargo no nos sentíamos con la suficiente autoridad moral como para preguntar a nadie. Al final acabábamos por comentarlo entre nosotros, permitiendo a nuestras inquietas mentes aventurar conclusiones y teorías de conspiración, que con un poco más de profundidad podrían haber inmiscuido a la misma PGR. Paranoias. Los trozos de cristal escarchaban el pavimento de la calle y el reflejo que despedían hacía parecer que el camino estuviera cubierto de brillantes, joyitas, gemas, pequeñas fantasías desperdigadas por todo lo largo y ancho de la *Askatasuna hiribidea*. Askatasuna, libertad. Yo me preguntaba cómo era posible que existiera una relación entre esas dos palabras que no tienen parentesco absoluto. Ni soñándolo.

—En el fondo, el problema de los vascos y los españoles es meramente semántico —dije yo en un tono claramente pedante—. ¿Cómo no va a serlo? Fíjate, unos piden *askatasuna* y los otros lo traducen como *libertad*. Hazme el favor, ¿en qué momento pueden coincidir un pensamiento construido con un lenguaje que parece la burla de un lingüista con dislexia, con otro que se mofa de su elegancia y porte, pero que a la vez se permite construcciones como *Subir para arriba* o *bajar para abajo*. A lo mejor *askatasuna* en verdad quiere decir chuleta de cerdo con papas cocidas, que por alguna asombrosa evolución y confusión alguno entendió como *libertad* y ha sumido al país en más de treinta años de violencia y asesinatos, todo en nombre de unas buenas chuletas de cerdo con papas cocidas.

Gerardo me dirigió una mirada acompañada de una sentencia en la que manifestaba su desaprobación y escepticismo hacia mis conclusiones semánticas.

—No mames, güey.

—¿Así son de mamones en tu ciudad? —preguntó David quien, al provenir de Guadalajara, no se daba cuenta que su pregunta invitaba a un ataque irrefutable.

—Sí, pero no somos competencia para los tapatíos, allá aparte de todo son putos.

Ni David ni Gerardo contestaron el ataque, tal vez por el calor que les drenaba las fuerzas o porque simplemente no tenían deseos de discu-

tir con un tipo mamón y pedante acerca de idioteces. Ya no continué la agresión, ellos dos eran del grupo de estudiantes mexicanos con quienes mejor me llevaba y no deseaba deteriorar esas relaciones, que aunque superficiales, eran a momentos lo único que me ataba mínimamente a lo mexicano que siento fui perdiendo, un poco voluntariamente, desde mi llegada y quizá antes. Pienso que se debe a mi condición de huérfano adoptado y consentido por una familia acomodada, este sentimiento de no pertenecer a nada de lo que me rodeaba. Creo que en alguna forma el haber conocido a través de la lectura y la televisión tantos tipos diferentes de culturas y costumbres de numerosos lugares, me abrió una nueva dimensión de percibir al mundo y gradualmente decidí abrir sucursales de mi patriotismo. Así que el llegar a Europa significaba en cierta forma un trasplante de raíces. Poco me importaba que la siguiente semana se celebrara un aniversario más de la Independencia de México y que el resto de mis coterráneos fueran a celebrarlo en grande dentro de una discoteca vasca. A fin de cuentas la ciudad vivía por sus turistas, qué importaban unos cuantos insultos a la patria española, los mismos vascos no se consideraban españoles, lo que les facilitaba ser más permisibles. Mexicanos bailando música electrónica en un antro vasco en el aniversario de su independencia. La sola idea me parecía abominable y repelente. Imaginé toda esa sangre mestiza agitándose dentro de sus aburguesados contenedores independizados hasta de la inteligencia, del pudor; entumidos por el alcohol, sudando hasta empaparse la ropa, al ritmo de DJ's europeos que, entusiasmados, coreaban al alimón con sus hechizados turistas latinoamericanos, letanías de obscena altisonancia, sin saber exactamente lo que expresaban los alaridos de *Viva México, cabrones, que mueran los pinches gachupines, arriba la virgencita de Guadalupe, que viva Hidalgo jijos de la chingada, chinguen todos a su madre, puto el que no brinque, que no salte, como México no hay dos y el que se raje que vaya y chingue a su madre*; imaginé manos que palpaban con presteza paisajes carnales de variables geografías, que lo mismo exploraban soberbias mesetas que deshacían blandos arrecifes; imaginé ríos de tequila importado de Bélgica, serpenteando incandescentes por decenas de gargantas mestizas, criollas, mulatas, españolas, gringas, galas, nórdicas, arias y anglosajonas; imaginé cuerpos abrazados unos con otros, entregados ciegamente a la irradiación de patriotismo postizo que fundía el acero de un llagado himno nacional con las pulsiones electrónicas de un ritmo pegajoso y corredizo como la san-

gre. Cuanto despliegue de fraternidad; como si en ese abrazo invitaran a la sangre a unificarse en un inmenso coágulo racial, enmarcado por la gloriosa independencia nuestra. Todo eso lo imaginé y sentí terror.

Los policías vascos ya se estaban marchando y sólo quedaban una máquina barredora y dos trabajadores limpiando el pavimento. Nos quedamos callados una o dos calles más, mientras nos dirigíamos hacia un bar donde pudiéramos comer algo cuyo nombre fuera por lo menos pronunciable. Una vez que llegamos al bar nos acomodamos en la barra y empezamos a comer en silencio un poco de tortilla. Una idea nos rondaba la cabeza pero ninguno de nosotros se atrevía a enunciarla. Para mí era bastante clara, se adivinaba fácilmente al contemplar sus rostros consternados que no podían hacer otra cosa sino seguir comiendo. Habíamos salido de la escuela una hora antes, pero nos habíamos entretenido en una tienda de música donde tenía pensado comprarme una guitarra con la cual entretener mis largos ratos de deliciosa pereza. Finalmente no la compré, por pereza supongo, pero ese lapso que estuvimos mirando instrumentos y escuchando música probablemente evitó que estuviéramos en las cercanías del explosivo incidente en el momento de su factura. No volvimos a comentar el hecho, no había mucho que decir, además el hambre apelmazaba nuestros acalorados y universitarios cerebros, pero la inquietud de la potencial coincidencia se percibía tácitamente. Nosotros pudimos haber estado allí.

Regresé a mi departamento alrededor de las cuatro y media y prendí la televisión. Noticias. España. Mundo. País Vasco. Hace algún tiempo habían detenido a un sospechoso acusado de actos terroristas pero fue liberado dos días atrás por falta de pruebas, y esta mañana fue encontrado con un tercer ojo en medio de la frente. Algún tipo de ceremonia ritual sin duda. Y por lo que había escuchado y leído en los periódicos, no creo que haya sido la primera vez que la organización elimina a uno de sus miembros con tal de mantener la lucha en pie. No tenía ganas de saber del mundo, para eso estaba la televisión, pero al parecer el informe era de tal trascendencia que los noticiarios habían alargado su espacio de transmisión. Mi estómago se quejaba. Habíamos terminado rápido la comida pues tanto Gerardo como David tenían trabajos que hacer. La dinámica que me ofrecía la universidad, debido a mi carga ligera de materias, me permitía disponer del tiempo libre suficiente, como para perderme en la

ciudad y conocer más de las actividades propias de los nativos. Pero esta vez no sentía deseos de salir, ni siquiera con Larraitz, su comportamiento de los últimos días me extrañaba un poco. A pesar del limitado tiempo que tenía de conocerla, me daba cuenta de un aura notoria de tristeza y enojo que la rodeaba recientemente. Pero no quería pensar en eso, odio estar involucrado en los problemas de los demás, a pesar de la profundidad que pudieran alcanzar las relaciones sentimentales, y Larraitz era una mujer sentimental y problemática. No podría esperar menos de una pianista genial con un innato sentido del drama.

—Tú deberías haber sido actriz —le comenté hace unos días.

—¿Por qué dices eso?

—Tienes estados de ánimo muy cambiantes, como las actrices.

—Los músicos también cambiamos de ánimo con frecuencia.

—Sí, y generalmente es por tonterías.

—Pero ¿qué dices? ¿Crees tú que lo que sucede en Euzkadi son tonterías? —me respondió con más violencia—. Ni unos ni otros se ponen de acuerdo, que si los nacionalistas rompieron el pacto, que si el EH va ser desacreditado como partido. Es mi país lo que se está peleando desde hace décadas, ¿y piensas que son tonterías?

Me quedé callado. No creí que se fuera a molestar tanto. Jamás se me ocurrió que estuviera pensando en ese asunto de los ataques y en cierto momento me sentí mal por no tener más tacto en mis comentarios. También sentí una especie de culpabilidad ante el despliegue de orgullo y preocupación por el bien de su país, lo que disminuía aun más mis propios sentimientos patrióticos. Agaché la cabeza casi disculpándome, lo que tal vez la indujo a pensar que me había resentido porque, en un notable cambio se acercó, me acarició el rostro, me dio un beso y dijo:

—Bueno, pero supongo que también has de tener tus propios problemas. No te sientas mal —ella sonrió y sonreí con ella. Luego ya no tanto. De pronto toda ella se puso triste pero nunca me dio posteriores explicaciones, tampoco se las pedí. Me parece que coincide con las primeras manifestaciones de apoyo hacia los *euskal presoak*, sin embargo nunca comentamos nada de eso entre nosotros. Algo que me agradaba de la relación con Larraitz era esta especie de complicidad silenciosa respecto a ciertos temas, entre ellos el asunto de las guerras internas de los vascos, lo cual fue algo que siempre agradecí mantuviera lejos de la conversación, porque si he de ser sincero nunca me ha interesado la política y los

conflictos que se dan por su causa. Lo consideraba una pérdida de tiempo, y con Larraitz hacía cualquier cosa menos perder el tiempo. Cuando pasaba las noches en su departamento, ella se levantaba a la mañana siguiente y contemplaba durante largos ratos a través de la ventana, hacia la calle, como si fuera prisionera de su piso y soñara con escaparse. Yo me limitaba a mirarla y a tocarla como un pintor a un lienzo terminado. No es que me perteneciera la autoría, pero sí el disfrute estético.

—¿Ya te fijaste en la bandera del país vasco? —le dije a Emmanuel.

—Sí, ¿qué pasa?

—Tiene los mismos colores que la de México.

—Ah.—respondió desinteresadamente.

—¿No se te hace raro?

—No, ¿por qué? La de Italia también y un chingo de países más

—Si, bueno. Pero es que es raro porque toda tu vida te han acostumbrado a identificar esos colores como patrios, y lo que se me hace raro es ver esos *colores patrios* en una *patria* diferente. Además tiene el mismo acomodo que la bandera de Inglaterra.

—Ah. ¿Y luego?

—No pues nada. Qué poca originalidad.

Mis conversaciones con Emmanuel terminaban siendo monólogos con ligeras intervenciones monosilábicas que me recordaban que todavía estaba hablando con alguien. Era otro de los estudiantes mexicanos del grupo, que normalmente se reunían en casa de uno de ellos para hacer fiesta por lo menos una vez a la semana. Pero yo siempre lo identifiqué como alguien muy aparte de esa comunidad, quizá por su laconismo tan poco usual entre ellos.

—¿Vas a ir a la fiesta? —le pregunté.

—No sé.

—¿Por?

—No sé.

La semana siguiente quedé de ir a comer con Gerardo. Un poco para seguir dentro del proceso de socialización, pero también un poco por tener algo que hacer. No había visto a Larraitz últimamente así que necesitaba ocupar mi tiempo lo más útilmente que fuera posible. La comida con Gerardo no duró gran cosa. Paella. Cada quien su plato, su

cerveza y nos pusimos a platicar. El inicio de la conversación fue bueno, luego conforme nuestras reservas de cerveza se agotaban acabamos por hablar de mujeres. Siento algunas veces que si no fuera por las mujeres quizá los hombres no tendríamos de qué platicar.

—Eh, güey, no seas ojete. Ven a la fiesta aunque sea un ratito.

—No sé, no tengo muchas ganas

—Putra madre, ya estás igual de animado que el cabrón de Emmanuel.

—Es que me siento raro en esos ambientes, no soy muy de discos.

—Luego no andes diciendo que no te pelamos, tu luego luego eres el que te pierdes, pinche apartado.

—Ya sé, ya sé

—Traéte a la Larraitz, se ve bien ¿no? Es guapa.

—Tengo días sin verla.

—Pues háblale güey. ¿Andas con ella o no?

Si algo caracterizaba a Gerardo era ese entrometimiento, hasta cierto punto simpático, que practicaba en las personas, consiguiendo, sin embargo, ser una persona muy agradable y de buen trato a pesar de preguntar demasiadas cosas. Su pregunta me inquietó un poco, recordé que no había visto a Larraitz en cuatro días, y lo inquietante es que conociendo su depresión cualquier cosa era posible.

—Sí, le voy a hablar.

—Bien m'hijo. ¿Y cómo van las cosas? ¿Ya hubo *mestizaje*?

—Pues, si todo va bien espero que no haya sido efectivo. — Hasta yo me sorprendí de lo franco de la respuesta. Jamás esperé hacerlo de esa forma pero insisto en que es una de las cualidades de Gerardo, hay veces que pienso en su desarrollo futuro como un brillante elemento de interrogatorios de la PGR. La cantidad de dinero que se ahorraría en tehuacanes hacía más atractiva la idea.

—Órale, pues que todo salga bien, mano.

—Sí, espero que todo salga bien. De verdad lo espero.

Un día antes del festejo encontré una nota en el periódico que me devastó. La nota se refería al hallazgo de tres cadáveres en las cercanías de Hernani, los tres cuerpos que pertenecían a una mujer y dos hombres habían sido acribillados y abandonados en la periferia del pueblo de Hernani, muy cerca de las vías del tren. Los nombres de las víctimas no

se hicieron públicos. Busqué en periódicos, escuché atentamente los noticieros en la televisión pero en ninguno de ellos se mencionaban los nombres. No sabía que pensar, la hora de la muerte fechada hace siete días coincidía con la última vez que vi a Larraitz. Me desesperé. Ninguno de sus vecinos sabía nada sobre ella y tampoco en el conservatorio. Al parecer, ella había dejado dicho que iba a pasar el fin de semana con sus padres en Hernani, pero eso era todo. Consecuencias de mi ineficiente socialización, nunca pude encontrar una sola dirección que me pudiera ayudar a localizarla. No conservo de ella ni siquiera una fotografía. Amigos, nunca conocí a sus amigos, ni a sus familiares. Ella era un gran misterio, de la que gran parte de su invención fue debido a mi distanciamiento, no sé. Ahora que contemplaba de cerca la posibilidad de un distanciamiento real, no podía lidiar con la realidad de su desaparición. Por eso lo mejor que mi pobre mente pudo decidir en esos instantes de fragilidad, fue asistir a la mentada fiesta de independencia. Necesitaba hacer cualquier cosa con tal de salir del exilio en el que me estaba involucrando. Y los departamentos solitarios no se vislumbraban como una buena solución. Por lo mismo decidí también suspender contacto con cualquier medio televisivo o de prensa que pudiera sumirme más en mis recién descubiertas depresiones. Llegado el día de Independencia, dudé unos instantes antes de salir por la puerta hacia la calle y la gente, después de todo ¿qué me esperaba?, pero lo pensé mejor y resolví que lo enfrentaría. Un poco de alcohol, un poco de marihuana y varios decibeles de patriotismo eran lo necesario. Por favor, ya, ahora mismo. Así es como bajé a los terrores imaginados.

Salí del bar. La molestia ya había pasado, tanto así que ni siquiera recordaba que tanto había sucedido allí adentro. Ahora estaba en la calle sin saber exactamente por qué. Pero sentía la cabeza tan escaldada de sudor que lo único que podía hacer en esos momentos, en lugar de abandonarme a mis reflexiones, era arrastrarme por los mosaicos de la ciudad. Encaminé mi drogado y alcoholizado cuerpo a través de los callejones mojados por la lluvia y orina de perros y turistas, embriagados en la idea de la ausencia de lugar, espacio, haciendo de cada viaje y cada parada un porvenir de futilidades. Tropecé varias veces con bolsas de basura y botellas de cerveza, mientras intentaba, por todos los medios que mi pobre mente disponía, coordinar acción y pensamiento; *un paso, sí, bien,*

otro paso, dos más y llegaré a la esquina, alcantarillas, su avinagrado olor me alejaba de la inconsciencia, otra más, qué curiosas luces son éstas que veo al final de la calle, amarillas, rojas, verdes, y todas brillan como si fueran hermanas, un sólo origen, un solo padre, y ese ruido, que será, no distingo bien, no, sí, ya lo entiendo, es la barredora, qué hace una barredora a las cuatro de la mañana en domingo, qué estos idiotas no saben que no se trabaja hoy, pinches gachupines, siempre tan limpios y educados, váyanse todos a la verga, junto con los etarras a mamar el palo, y los catalanes también, si no fuera porque nos agarraron pedos quien chingados nos conquista, chingada madre que no aguanto este maldito ruido. Mis oídos aún adolecían de mariachis remasterizados y remezclados, patrióticamente zumbando en mi cabeza de manera furiosa, como una nube de cigarras. Mi vista era nubosa y sensible a los engaños sensibles de las luces. Di paso tras paso tambaleante, sujetándome a las paredes con mis dos manos, arañándolas, los dedos me sangraban pero ya no los sentía ni me importaba. Seguí caminando por lo largo de la calle hasta que sentí necesidad de doblar a la derecha y continuar hasta encontrar la avenida. *Askatasuna, askatasuna, askatasuna,* me repetía. Vomité dos veces en el trayecto antes de llegar al puente. El mar aparecía levemente agitado, como mi estómago en esos momentos. Llegué casi a rastras y me incorporé lo mejor que pude apoyado en la barda. Volteé hacia los lados pero no veía a nadie, *qué chingados es esto, ahora todos festejan la pinche independencia.* El olor amariscado de la brisa pareció mejorarme un poco, pero las imágenes de la fiesta todavía me mareaban y me sentí muy débil para combatirlos. Música, *que digan que estoy dormido y que me traigan aquí,* la marea daba la impresión de crecer, *México lindo y querido,* sentía que mi cerebro se escarchaba por dentro, como punzadas hechas con agujas de hielo, *si muero lejos de ti,* mi respiración se normalizaba, pero los ecos continuaban, *lejos de ti, lejos de ti.* Escuchaba cosas, ahora más claramente, no como antes, esta vez el sonido era más nítido, pasos, pero se oían raro, muy rítmicos, como una marcha. Cuando volteé, observé a dos tipos de apariencia espectral, resaltada aún más por las capuchas que les cubrían los rostros, cargando una gigantesca manta que representaba la bandera del país vasco. Ondeando, lucía fantasmagórica e imponente. Ni siquiera podía pensar en su propósito a semejantes horas de la madrugada. Los individuos caminaban con prisa, pero a través de mis ojos sus movimientos eran notablemente lentos, como una medusa en el océano, como una bandera en el viento. Probablemente la colocarían en el kiosco de la plaza,

junto con carteles y fotografías de personas desaparecidas. Me pregunté si Larraitz estaría en una de ellas. Larraitz. Nunca te pregunté si tendrías el valor de morir por tu país, sea cual fuera. ¿Cómo saber si lo hiciste o no? ¿Qué sentiste? ¿Te hizo feliz? *Te echo de menos, tía*, eras lo único que valía la pena en este desquiciado lugar. Contigo se acabaron los misterios seductores y empezaron las lentas cruzadas por la engañosa certeza. Pensé en regresar a mi departamento, tal vez a escribir algo al respecto, o a ver la televisión, o quizá pudiera regresar a la festiva independencia de cinco cuadras atrás, pero no pude. En lugar de eso me quedé quieto, mudo, contemplando cautivado ese pendón, que se alejaba lentamente y que aullaba, ya cercana el alba, los colores verde, blanco y rojo.

*Torreón, Coahuila,
octubre 2001-abril 2002*

enrique sada

ENRIQUE SADA (Torreón, Coah., 1979) estudia la carrera de comercio exterior en la UIA Torreón. Ha publicado en los colectivos *Hoy no se fia* y artículos en la revista *Acequias* y en la gaceta *Paloma azul*. Participó en el colectivo *Acequias de poesía*. Entre sus autores favoritos destacan Byron, Poe, Quevedo y Hobbes, entre otros.

LA GLOBALIZACIÓN O EL FANTASMA DE LOS MARGINADOS

Dice el Espíritu de las leyes que éstas deben ser propias para el pueblo que se hacen... ¡He aquí el código que debíamos consultar y no el de Washington!

SIMÓN BOLÍVAR

EN EL TRANCURSO DE LOS ÚLTIMOS AÑOS, CONCRETAMENTE a partir de la segunda mitad de la década de los noventa, hace su aparición en el ámbito de lo público la palabra *globalización*. Desde entonces, dicho término ha sido empleado hasta incorporarse a nuestro lenguaje de manera cotidiana, aún cuando la mayoría de quienes lo han hecho de uso común no tengan una idea concreta de lo que significa, como sucede en la mayoría de los casos. Durante este tiempo no han faltado los gobernantes, los economistas, las instituciones financieras y, muy en particular, las grandes empresas transnacionales que se han dedicado por todos los medios de repetirnos hasta el cansancio que la globalización económica, tal como ellos la conciben, es inevitablemente el futuro próximo de la humanidad, y por lo tanto, el único instrumento garante del progreso de todas las naciones. Quienes esto afirman lo hacen en voz alta y con celo de profetas veterotestamentarios, como si se tratara de un terrible *fatum* que por inescrutables designios de la Providencia nadie puede evitar.

La importancia que cobra la globalización se sostiene más que nada en el hecho de que se le haya calificado como el “gran fenómeno de nuestros tiempos”, en el mismo sentido en que a esta se le atribuye por sí sola el haber logrado una mayor interdependencia entre las economías de los países, así como el triunfo del liberalismo económico tras la caída del Muro de Berlín, y consolidado al fin con la aparición del internet.

La palabra *fenómeno*, con la cual nuestros académicos identifican también a la globalización a nivel internacional, es empleada en su contexto original como “cosa que aparece, cosa extraordinaria y sorprendente por la cual el hombre es inmediatamente afectado en el acto de llegar a conocer”. Por lo anterior se debe suponer que nos encontramos ante un acontecimiento que rompe con el margen de lo normal y que resulta inexplicable a pesar de ser tangible a través de nuestros sentidos, como algo que se padece y no se puede cambiar.

Más que un fenómeno entonces, parece que se pretende asociarla con la palabra *accidente* en el sentido de la eventualidad, que es el suceso

fortuito por excelencia, de la que resulta algún daño o síntoma grave e inesperado que por su naturaleza misma exime de responsabilidad alguna en lo particular. Al menos esto es lo que se nos ha hecho creer.

En busca de una definición

Mucho se ha escrito, y más se ha dicho, acerca de lo que se supone que es o debe ser la globalización. Sin embargo, aún cuando reuniéramos todas las posturas surgidas entorno a la misma, no lograríamos ponernos de acuerdo en asignarle una definición universal. Por el contrario, la variedad de significados que se le atribuye pareciera ir en aumento en vez de reducirse con el paso del tiempo, adquiriendo connotaciones culturales, políticas y de cualquier otra índole, además de la económica.

Si resulta frustrante el solo intento de definir en breves líneas lo que realmente significa globalizarse, tanto o más complicado es señalar su origen histórico. Hay quienes se remontan a fecharla a partir la expansión colonialista europea durante el Renacimiento; otros aceleran el paso y la ubican ya a partir de la segunda mitad del siglo xx, gracias al impulso de la gran revolución innovadora surgida en el campo de la tecnología y en los medios de comunicación tras el periodo de posguerra. Sin embargo, comparto la opinión de García Canclini en el sentido de que: “Quienes le atribuyen un origen más remoto privilegian el aspecto económico, mientras los que argumentan la aparición reciente de este proceso conceden más peso a sus dimensiones políticas, culturales y comunicacionales. Por mi parte, entiendo que hay buenas razones para sostener, de acuerdo con la expresión de Giddens, que “somos la primera generación que tiene acceso a una era global”.

Dos caras de una moneda

Para algunos, la globalización económica representa por sí misma la bandera del orden y el progreso en nuestros días por la razón de que esta ha hecho posible la incursión dentro de la economía de las naciones más alejadas del planeta, cosa hasta hace tiempo inimaginable, gracias al auge del comercio exterior y a la liberalización de los mercados por el impacto de la actual revolución tecnológica que ha cerrado brechas, facilitando así la movilidad del capital financiero. Lo anterior implicaría

no solo un proceso económico, puesto que la globalización supone indiscutiblemente la desaparición de las fronteras geográficas, materiales y espaciales. Las redes de comunicación, desde el Internet hasta los teléfonos móviles, ponen en relación e interdependencia a todos los países y a todas las economías del mundo, convirtiendo en realidad la *aldea global* tan anunciada por McLuhan. Sin embargo, desde esta perspectiva, la redistribución de la renta a escala nacional e internacional queda totalmente relegada, y la única esperanza en que se finca el progreso de las naciones sería en un utópico derrame de riqueza donde la *mano invisible* que enunciara Adam Smith, se encargaría por sí sola de lograr el equilibrio dentro de este nuevo orden mundial.

Para otros, la globalización no es otra cosa más que un brote del capitalismo exacerbado que se ha venido gestando en el seno de la economía en el mundo, por ello es que existe una mayor interrelación económica entre varios lugares, por más alejados que estén, y esto, bajo el control de las grandes empresas multinacionales. Así, cada vez más ámbitos de la vida terminan siendo regulados por la tecnología y el “libre mercado”; de este modo, la ideología ultraliberal se aplica en casi todos los países con mayor intensidad.

Desde esta perspectiva en particular, la globalización implicaría a su vez un proceso político, económico y social sustentado en la explotación de los más débiles y en el deterioro del medio ambiente con el fin de asegurar una posición acomodada para las empresas transnacionales. Quienes se han manifestado en contra de esta situación en Seattle, Praga, Porto Alegre, Niza y Monterrey lo han hecho respaldados en los resultados de una globalización neoliberal que ha incrementado la desigualdad entre los hombres en vez de reducirla. Lo anterior no se sustenta solo en perspectivas ideológicas sino en hechos. El Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo nos muestra que mientras la integración global va procediendo “a gran velocidad y con alcance asombroso”, la mayor parte del mundo no goza de alguno de sus beneficios. “Las nuevas reglas de la globalización, y los actores que las escriben, se centran en la integración de los mercados globales, descuidando las necesidades de las personas que los mercados no pueden resolver. El proceso concentra aún más el poder y margina a los pobres”.

¿Quiénes serían entonces los beneficiados por un proceso tan desigual? Dentro de este esquema, la globalización supone indudables ventajas

para pocos, pero grandes desventajas para muchos. Entre sus hijos predilectos encontraríamos a las grandes empresas multinacionales, a las mafias, a los especuladores, a la mano de obra altamente especializada y, sobre todos los anteriores, al poder hegemónico por excelencia: Los Estados Unidos.

Globalización y democracia secuestradas

Contrario a lo que muchos creen, la globalización y el neoliberalismo no son términos sinónimos, aunque actualmente parece que se ha dado una constante convergencia entre el fenómeno físico de la globalización y el fenómeno ideológico del neoliberalismo. La globalización por sí sola no es más que un acontecimiento histórico, íntimamente ligado al progreso de la tecnología de punta que ha venido a modificar nuestro concepto de espacio y tiempo. Pero muy pronto el ultraliberalismo entendió el provecho que podía sacar de estos avances tecnológicos para aumentar su lucro en forma exponencial. Se apoderó de ellos y los confiscó. La ideología ultraliberal fue más lejos todavía: usurpó el concepto mismo de globalización, elaborando un sistema de propaganda sin equivalente en la historia para imponer la idea de que la globalización y el neoliberalismo son una misma cosa, convirtiendo esa idea en un dogma.

Vemos pues que en realidad es la política ultraliberal de la globalización basada en la mercantilización del mundo, y aún de la misma democracia, la que pervierte las inmensas posibilidades de una globalización objetiva. ¿Qué tipo de democracia nos puede ofrecer una globalización secuestrada cuando los países en desarrollo, en donde se concentra más del 80 por ciento de la población mundial, apenas tienen voz en las instituciones donde realmente se decide el destino de la Humanidad? Instituciones como el Fondo Monetario Internacional, la Organización Mundial de Comercio y el Banco Mundial obligan con sus planes de ajuste estructural a privatizar las empresas públicas, a reducir los gastos sociales y de protección ambiental mientras los Estados, imbuidos por la aritmética ultraliberal, pierden su soberanía dictando leyes y normas ajenas a su contexto real en favor de las grandes multinacionales. En el aspecto político y social, seguirían siendo las mismas instituciones mencionadas las encargadas de tomar decisiones que terminan por afectar a todos, sin consenso o transparencia,

desplazando totalmente cualquier tentativa de democracia real y estableciendo *une étrange dictature*, tal y como afirma Viviane Forrester.

El nuevo papel del Estado

Nuestra visión del Estado como aquella entidad constituida por el pacto de los diversos grupos que conforman una sociedad con el fin de integrarlos para armonizar sus intereses, no escapa de la globalización neoliberal. El Estado fuerte que se caracterizaba por su influencia sobre los individuos de una sociedad mientras determinaba el rumbo económico, el modelo político y el entorno cultural; aquél Estado omnipresente tan cercano al sueño de Hobbes como a la pesadilla de Orwell; el que bien podía pasar como árbitro, protector, transformador o incluso represor, se ve despojado de sus facultades omnímodas a partir de los años noventas.

Del Estado que garantiza a través de las instituciones los medios para asegurar a todos sus gobernados, pasamos a un Estado que pierde legitimidad ante si mismo ya que sólo garantiza las reglas del juego y se sienta a ocupar un sitio como mero espectador, dejando a los individuos en condiciones desiguales ante el arbitrio de las leyes del mercado. Lo más grave es que esta situación implicaría un claro retroceso en el orden social desde el momento en que se derrumba el concepto del *Estado o sociedad civil*, con el pretexto de abrir paso a la competitividad, para volver nuestros pasos al *Estado natural* donde en un principio todos los hombres son “libres e iguales”, sin embargo, como no hay poder común que los reúna y mucho menos una autoridad protectora o garante del bien supremo, que es la vida, entonces reina la anarquía y el estado de guerra de todos contra todos donde sólo impera el miedo.

La identidad regional

Paralela al concepto de una globalización secuestrada, e inspirada en el sueño común de aquellos hombres representativos de nuestra América como Bolívar y San Martín; ha surgido una digna contraparte originada, irónicamente, por la manifestación de la misma globalización: La unión de regiones o países que comparten un pasado y una cultura en común, tal es el caso de la *regionalización globalizada*.

Estas regiones se integrarían para proteger a sus comunidades de la competencia voraz de otras integraciones o bloques económicos y del avance ultraliberal que promueve la agrupación en elementos productivos de mayor escala. De esta manera, las regiones llegan a ser verdaderamente autónomas al disponer libremente de sus recursos e incrementando considerablemente sus fuerzas mientras reducen sus debilidades, a la vez que construyen para sí su propio espacio político, económico, social y cultural. El único obstáculo que en un principio representan estas integraciones, sin contar con la oposición de los bloques neoliberales, es la necesidad de renunciar a cierta autonomía o soberanía para constituirse e identificarse como miembros, ya no de una región o un país en particular, sino de una integración o República de naciones que se rigen bajo la dirección un *órgano supranacional representativo* que velaría por el desarrollo y la equidad para todos los países que la componen.

Por lo tanto la identidad regional, tal como lo plantea este ensayo, es posible; y más que posible, es necesaria. Una verdadera regionalización globalizada del mundo, sin duda estará llamada a iniciar grandes y nuevas fuerzas democráticas y progresistas que humanicen la política y la economía, brindando un nuevo impulso a la razón, a la paz y a la cooperación entre las naciones aún más allá del marco del desarrollo regional. De aquí es de donde surge el reto de pasar de una globalización internacional, que implica el vasallaje cultural y económico de muchos con muy pocos beneficiarios, a una regionalización globalizada en donde se rescaten los valores fundamentales de cada región, potenciándolos e integrándolos con dignidad al resto del mundo.

LA MISMA SANGRE

*Pero la sangre hecha raíces
y crece como un árbol en el tiempo*

JAIIME SABINES

ABRIÓ LOS OJOS SACUDIDO POR LA LLUVIA. CADA GOTA TALADRABA su cuerpo tendido sobre la tierra húmeda que con su olor lo hizo volver en sí. Movi6 el brazo apoyando la palma abierta sobre el suelo hasta encajar los dedos. Hizo el esfuerzo por enderezarse un poco; primero dobl6 una rodilla, luego hizo palanca con el pie. Sentado al ras del suelo, con la espalda recargada sobre el tronco de un mezquite, sac6 el pañuelo para limpiarse la sangre todavía fresca que le escurría por la frente. Not6 el calor punzante del golpe en la cabeza y apret6 los dientes, solo entonces mir6 al cielo. Los nubarrones grises vomitaban furiosos sobre el valle.

“Todo se dejó venir tan pronto. Nunca hubiera maliciado que aquel aire tranquilo embraveciera en una noche. Es el viento el que lo cambia todo: juega con lo primero que se le atraviesa y tuerce todo lo que vemos... Eso ha de haber sido”.

Por fin se levant6 alcanzando la rama gruesa del árbol, casi hasta colgarse de ella. Dio unos pasos torpes para calar sus fuerzas hasta que por fin recobr6 el sentido de la direcci6n. Sabía lo que tenía que hacer. A esas alturas no podía quedarse con nada, ni siquiera con la duda o la esperanza.

Camin6 sobre el lodazal abriendo un surco bajo sus pies hasta que oy6 el viento entre los matorrales seguido por el agua agitándose en las charcas. El ruido lo detuvo: Nadie. No era nadie, pero sentía como si alguien le azotara la conciencia a cada rato desde que se había enterado de aquello. De haberlo sabido de otro modo, por medio de cualquier otra persona, se habría sentado algunas horas antes sobre una de las piedras grandes que hay dispersas a lo largo de la brecha para darle cabida a lo ocurrido y esperar, pacientemente, que todo se hundiera con el tiempo, como si despertara de un mal sueño. Después tendría que llorar. Llorar con todas las lágrimas que podía tener guardadas para un momento como aquél. No pudo hacerlo.

Contuvo el resuello en el est6mago para que el dolor no le saltara a borbotones por las cuencas de sus ojos hendidos tantos años bajo el sol. Después respir6 profundo para espantarse los recuerdos y sigui6 contra su voluntad, esta vez más despacio, como si lo fueran empujando.

Encontró la reja de alambre de púas en el suelo. Más arriba, sobre la loma colorada, estaba el rancho. Subió hacia la casa que se asomaba tímida como una mancha clara sobre el fondo de la cuesta hasta que la escena lo detuvo.

El agua enrojecida resbalaba hasta sus pies. Fuera de la puerta estaba la mujer tirada junto con su hijo más chico. Por el lado del corral miró un claro entre la hierba donde se hallaba la figura de un hombre irreconocible, de no ser por la ropa, tendido en un charco espeso que de él mismo brotaba. Cruzó la puerta abierta de la casa y vio los bultos blancos esparcidos en el fondo. Los habían sorprendido cuando dormían. El mayor estaba envuelto hasta la cabeza en su cobija, la muchachita con medio cuerpo bajo la cama como tratando de esconderse. Solo un niño había corrido sin llegar lejos. Llevaba puesto un huarache en el pie mientras el otro lo apretaba todavía entre la mano.

Sintió entonces como los ojos se le aguaban y salió pronto a respirar el fresco. Llegó a su cara el soplo de aire frío que se levantaba desde el valle cargado de un olor a tierra viva que para él solo apestaba a mortaja. *“Si mi hermano me viera...si él viviera todavía, me escupiría mis propias palabras en la cara nomás de ver lo que fue de su hijo y su familia, muertos por ti. Pero la sangre llama y sé bien que volverás a buscarme tarde que temprano. Me pedirás perdón por lo que has hecho pero yo no podré dártelo, solamente Dios...a él le pido que te ampare dondequiera que estés”.*

Esa misma madrugada la luna apareció por la ventana rodeada de un halo que oscilaba entre el púrpura y el rosa. “Mal tiempo” pensó Javier cuando se levantó de la cama. Descolgó la camisa de cuadros que estaba en la cabecera de la silla y se dispuso para vestirse. Una vez que se fajó el cinto se acercó a uno de los rincones del cuarto. Estiró la mano a tientas sobre el ropero hasta que alcanzó aquel peso frío y alargado entre sus dedos. Abrió la puerta procurando no hacer ruido para no despertar a su padre pero el viento entró de golpe, azotándola dos veces hasta que él la detuvo y la cerró. Tomó el camino que atraviesa el cerro, mientras amasaba sus pensamientos.

Fue a casa de Juventino con el fin de arreglar viejos problemas. Caminaba con los pies enredados por el peso de tantos días que hasta había perdido cuenta.

“Era temprano cuando me levanté. Allá en mi casa todos estaban dormidos, casi todos. Sabía que desde la última vez que lo oí ya no podría volver a cerrar los ojos o hacerme el desentendido como lo había hecho siempre. Desde entonces el sueño se ausentaba por las noches y regresaba hasta la salida del sol. De esto ya tenía yo padeciendo muchos días. Nadie puede vivir así, despertando sin poder dormir y aguantándose las ganas de soltar el cuerpo al amanecer. El sueño me lo había espantado aquél que se decía mi propia sangre, o al menos eso aseguraba mi padre.

Nunca supe cómo ni porque fueron las cosas. Lo que sí puedo decir es que Juventino, que en paz descansa, era muy alegre y su fama no era gratis. Ya la tenía desde los pocos años que estuvimos juntos en la escuela. Yo entendía que se me había dado un nombre desde el momento en que mi madre me hizo ver la luz en este mundo, al menos así fue hasta que Juventino me agarró para sus bromas casi de a diario por eso de que él era más grande y tenía que divertir a sus amigos. Al principio no me importaba mucho, pero después sentí como la gente dejaba de llamarme por mi nombre. Hasta eso había perdido. ¿Quién lo fuera a decir con solo pensar que crecimos juntos y hasta llegamos a comer del mismo plato?. Es más. Si alguien por ahí sabe que todavía existo no dudo que ha de ser gracias a él”

La noche bajó más temprano que de costumbre; el viento seguía golpeando con la fuerza de su puño las puertas, los techos, las ventanas y hasta los árboles que había al pie de los surcos remojados. Después de muchas horas llegó al pueblo casi arrastrando los pies, con la cabeza palpitando aún por el golpe. Entró en la cantina tembloroso y jadeando como un animal enfermo ante la mirada de todos los que estaban presentes.

“Vengo a denunciar a mi hijo... acaba de matar a su primo, a su esposa y a sus niños. Sus cuerpos están tirados allá... en El Carrizo”.

“El tuvo la culpa de todo. Esa mañana fui hasta su corral para decirle que yo quería que por favor fuéramos amigos de la mejor manera o que de plano se acabaran los pleitos como el quisiera. Soltó una carcajada. Me dijo que le valía un carajo, que él hacía lo que se le viniera en gana y que me arrancara a la hora que quisiera. Los dos nos quedamos viendo hasta que dio media vuelta para ensillar el caballo y solo me miró con el

rabillo del ojo. Ahí aproveche para sacar la pistola que traía bajo la camisa. El tiro fue limpio. De un solo boquetazo le borré la boca de la cara, acabando con él y con sus burlas. Se me subió el coraje, sí, pero él tuvo la culpa. Su esposa no sabía que con esto ya estábamos a mano. Pobrecita.

Cuando vi que Juventino estaba en el suelo pensé que a lo mejor no lo había matado. Lo moví con la punta del pie para asegurarme y le di el tiro de gracia por sí las dudas. Ya cuando me iba pasé a unos metros de la casa y la vi a ella, apuntándome con un rifle. Andaba con su niño más chico abrazado de la pierna, solté dos tiros y cayeron sin hacer más ruido. No sé por qué me dio por entrar hasta la casa. Estaba oscura pero alcancé a ver las sombras de un lado a otro, moviéndose como culebras. Disparé.

Ya estaban secos. Me acerqué para verlos uno por uno, desde el chico hasta el más grande. Tenían los ojos abiertos, como recién bañados por la lluvia, y el cuerpo amartillado al suelo. Miraban al techo como buscando a Dios y a las ánimas para pedirles por sus vidas recién desparramadas. Entonces me di cuenta de lo que hice y sentí mucho miedo.

Salí corriendo. Bajé la cuesta todavía con la pistola en la mano cuando me tope con mi papá. Me preguntó, como sabiendo lo que había hecho, que de donde venía con tanta prisa. Le contesté que de matar a mi primo y a toda su familia. Vi como el miedo se le fue embarrando hasta cambiarle el color de la cara: ya no era él. Trató de arrebatarme la pistola, le tiré un cachazo y ahí lo dejé.

Regresé a mi casa. Tomé algo de ropa junto con la última caja de balas expansivas que había sobre el ropero. Luego me escondí en la sierra donde hasta ahora me la he pasado comiendo nopales o elotes crudos.

De esto ya pasaron muchos días de andarme escondiendo de la mirada de la gente y el sueño todavía no regresa. No sé cuanto más vaya a durar en estos trotes porque luego uno se acostumbra, lo que sí se es que me está ganando el hambre y no me importaría volver a mi casa uno de estos días aunque sé que me andan buscando.

¿Por qué lo hice?... Creo que porque pude y porque quise. A veces no basta con cortar de un solo golpe el árbol malo, también hay que arrancar los brotecitos esos que salen a su alrededor para que no crezcan como la planta que les dio vida y luego terminen haciéndole daño a la pobrecita gente que sin querer se les atraviesa en el camino. Ellos... eran sus hijos... y les corría la misma sangre por las venas. Ellos, mejor que nadie, debían saberlo”.

DIÁLOGO DEL HOMBRE Y LA PIEDRA

QUISIERA LOGRAR, TAN SOLO AL VERTE,
hundir el corazón bajo la tierra;
echar raíz ,quizá, si así pudiera
llegar a donde estás. Hollar el polvo,
la distancia temprana que conoces.

Sordo, cojeando,
vuelvo a ti sobre estos cuatro
sentidos mutilados que me restan
y duelen por no hablarte todo un tiempo.
Lo hacen ahora sin preámbulos,
en un jardín de tantos de nombres
que confusos se empolvan y se olvidan.

Hoy que salen sobrando
los segundos, al fin
parece que encuentraste
un rincón para acostar nuestras cabezas
y compartir el mismo espacio,
el solo sitio, donde guardan
tus manos celosas la caricia
o el beso que tu piel nunca pensó
reservar para esta piedra tímida
que apenas se atreve a deletrearte.

Cómo decirte, si supieras,
que he sido un loco
olvidado entre tantos,
un menesteroso invisible
que va sin alcanzarte
y termina por ahorcarse en tantas calles
hechas nudo por la ausencia,

sin que tu voz lejana rompa
siquiera una o dos de mis palabras.

Espera hasta que rompa la mañana
mis pies, las arterias, el reloj,
y encuentre sitio bajo el suelo
al que envidio por ti desde esa Hora.

¿Cuándo?

Tal vez hasta que suban
tus huesos impacientes a encontrarme,
sonrientes, ligeros, desde el polvo;
para dormir contigo alguna noche,
una sola de tantas que perdimos

UN TIEMPO, EL MISMO

UN TIEMPO, EL MISMO,
va tajando mis ojos
en ráfagas o aisladas tolveneras.

Alguien dirá *el azar*, cuando parece
que un brazo invisible
se ha empeñado en quebrar,
de juego en juego,
la poca esperanza que nos queda,
mientras el corazón recién partido
late aún sobre el altar de la carnicería.

No has visto como azotan los cipreses
sorprendidos esta tarde,
ni sabes lo que duelen las goteras
cuando escurre llorosa la canción
del adiós a través de los tejados.
No sabes, y esto es lo más grave,
cómo pena el sol en cada puesta
cuando no puede más que sonrojarlo
la estúpida vergüenza de mirarse
solo, siempre, al mismo espejo,
donde aplauden los acantilados;
es tal su dolor
que prefiere ahogarse
antes que buscar la limosna de otros ojos.

Y es aquí donde volvemos a encontrarnos:
pálidos, quietos, de rodillas,
apoyados sobre el mismo dolor.

(Mira que aún me arrastro en tus cenizas.)

salvador sáenz

SALVADOR SÁENZ nació el 16 de mayo de 1980 en la ciudad de Toluca, Estado de México. Radica actualmente en Matamoros, Coahuila. Es licenciado en Sistemas Computacionales e Informática por la UIA Torreón. Ha publicado cuentos en periódicos y revistas literarias de la Comarca Lagunera. Sus autores de cabecera son Borges, Cortázar, Ibargüengoitia, Sabato y Vargas Llosa.

ÁNGEL PEREGRINO

LA NOCHE ES MELANCÓLICA, GIME CON AHOGADOS GRITOS parecidos a los de una mujer en medio del parto. Ya se han desatado los lamentos, ya han llegado nuevamente esos rezos que tú escuchas todas las noches pero que no han logrado persuadir tu consideración todavía, los haz rechazado mientras ellos te piden que los ayudes, que salgas a atenderlos y termines así con ese terrible sufrimiento de cada anochecer. Tú los puedes percibir, sientes que la brisa helada choca en tu rostro bañado en sudor, porque tu ventana está abierta.

Tú no despiertas, te vas introduciendo poco a poco en el sueño encantador de María Isabel sin poder evitarlo. Antes de que intentes cualquier esfuerzo por no caer en su trampa, pues es como si estuvieras atado a tu cama, ella aparece de entre todas aquellas figuras que rondan en tu alcoba, con ese brillo de luz tan singular en sus ojos. Te recoge entre sus brazos, te lleva de la mano, y juntos, salen de tu habitación para irse volando muy lejos: Ahí están todas las calles de la ciudad, se van alejando poco a poco y se escapan los dos en una complicidad inocente.

Quedas encantado, deseas continuar en ese mundo extraordinario porque el tuyo nunca podrá ser tan bello. Tratas con mucho fervor de guardar una sola imagen, para no creer que es una fantasía, no quieres abandonarlo. Ahora que sales viajando lejos de ti mismo, te ha parecido que es algo que no puede dejarse al olvido... Pero a pesar de tus deseos, ella dirige el regreso a casa: ¡Así de ínfimo ha sido tu viaje! Llegan los dos a tu alcoba y tu mirada triste lo dice todo, 'no te vayas, no me abandones ahora', pero no puedes hablar, estás mudo. Ella se va alejando de ti. Entonces despiertas aletargado; vuelves de un túnel largo y tenebroso que acaba de liberarte y te lo reprochas, haz vuelto a la realidad. Pero te extrañas: estás de rodillas, como murmurando una breve oración. Buscas algo de que sostenerte para levantarte y recuperar el aire perdido.

Tu pensamiento ahora es confuso. Vas a la ventana un momento para que el aire de afuera calme un poco tu agitación. Cierras los ojos para ya no pensar, sabes que lo único que se puede remediar de una noche turbulenta, es volver a la realidad de inmediato, pero cuando crees que haz

recobrado la cordura, sientes una extraña presencia. Abres los ojos con cautela... y un terrible escalofrío viaja por tu cuerpo: ¡María Isabel está afuera, bajo la noche, envuelta en una manta blanca que se extiende por toda tu casa! Una luz que viene de todas partes de su cuerpo te ciega. Se abre su vientre y emanan de ella miles de ángeles peregrinos que vuelan hacia la libertad.

Ella te ve a los ojos. Los suyos son cristalinos, puedes ver a través de ellos el ocaso del tiempo, la muerte de los sentidos, el fin de la eternidad. Camina hacia ti: Sus pies son livianos, no toca el suelo, vuela a su placer. Aparta la penumbra mientras avanza. Todo ocurre en silencio. Percibes solamente las almas que rondan a su alrededor, inquietas, traviesas, giran como abriéndose en un solo compás para que ella aparezca, vuelan libremente sin saber que el viento las conduce.

Llega hasta ti. Se acerca tanto que incluso ha rozado con sus labios los tuyos. Oyes su respiración. No logras moverte por más impulso desesperado que intentas, estás hechizado. Ella pronuncia levemente tu nombre: “Salvador...”

El mundo entonces se detiene por un instante. El viento adquiere una fuerza descomunal, como huracán, las ramas de los árboles se desmayan hasta besar el suelo. Caes horrorizado sin poder pronunciar un gemido que te desahogue. La ventana se azota violentamente, la luz se va muriendo poco a poco y todo vuelve a la calma. Suspiras de alivio. Te frotas los ojos para corroborar lo que tus sentidos percibieron pero ya todo ha pasado. ¿Fue un sueño? ¿Has sido preso de una fantasía maldita? Vuelves a la ventana y miras, lleno de consternación, que el cristal está empañado por el aliento tibio de María Isabel...

UNA IDEA

Terminé finalmente mi carrera universitaria y conseguí un empleo burocrático no prometedor pero que me costearía la vida por un rato; y como quería independencia, busqué dónde vivir tranquilo con mi novia y disfrutar al mismo tiempo mis deseos irreprimibles de lectura. Las casas que encontramos eran muy pequeñas y francamente nos daban risa; pero, paradójicamente, nos tocó vivir en una de ellas por razones de bajo presupuesto. La adquirimos a crédito en una colonia de asistencia social, nos teníamos que casar para poder hacer el trámite y lo hicimos.

A los pocos días mi *esposa* y yo nos estábamos asfixiando. Ya no cabían muchas cosas, teníamos que ser selectivos a la hora de llenar la casa. Por lo cuál había comprado para saciar mi sed de lectura (pues sólo podía darme el lujo de contar con un librero pequeño) los libros de algunos escritores ilustres. Así, por ejemplo, tenía los *Cuentos completos* de Julio Cortázar o la *Narrativa completa* de Juan José Arreola o las *Obras completas* de Jorge Luis Borges. Esto por supuesto me ahorraba espacio; hacía cómoda la acumulación de los títulos ya que en un solo tomo podía disponer, a veces, de la obra completa de alguno de mis autores favoritos. Esta significativa idea fue elogiada por un amigo de confianza, que conocí en una librería y nos visitaba frecuentemente. Éste hombre (no diré su nombre, ya no tiene caso) era, como él mismo dijo, apasionado de la literatura. Le hablé sobre la anécdota de los libros y le mostré incluso la gran bolsa negra donde los había metido cuando nos mudamos. Nos echamos a reír por el comentario y me dijo que le gustaban los títulos en general.

—Es una idea práctica, sin embargo —aseguró cuando le enseñé mi librero, que no era más que una horrible estantería de metal que me prestó un amigo comerciante.

Platicábamos por las tardes del crecimiento de la colonia, sobre lo incómodo de las casitas y de lo inseguro que eran. “Cuestión de que brinquen la barda y fuercen la puerta trasera” —advirtió para que extremara precauciones. Ya de noche nos terminábamos docenas de tazas de café que mi novia (aún no me resigno a llamarla esposa) nos servía en la milimétrica sala de tres por tres. Él conversaba sobre política, de algunos

cuentos que tenía en mente, pero nunca supe bien a bien a lo que se dedicaba.

Pero una noche que volvimos de una reunión familiar, comprendí de golpe todo, como imágenes de una película que se sucedían en cámara rápida, y el fatal error que había provocado yo mismo con la nueva ocurrencia. Vi con terror que mi librero estaba vacío: Por mi estúpida idea práctica le había facilitado al ladrón (amante de la literatura) su robo, pues en la misma desgraciada bolsa negra cupieron todas las obras completas de mis autores favoritos.

LA BATALLA

El hombre suda, se retuerce en su sitio, está siendo partícipe de una batalla jamás concebida, por un combate que lo tiene inmóvil desde hace varias horas. Él contraataca sin escudo ni espada. Tiene las manos desnudas y alrededor no hay piedras, no hay armas disponibles más que su propia astucia. El rival, un monstruo inabarcable. Una bestia indomable que escapa a toda concepción humana. Para derrotarla, hay que disponer de un coraje y fortaleza propias de un guerrero determinado a darlo todo para vencer al enemigo.

El hombre se ha agotado mentalmente pues las estrategias no han servido. Todos los golpes han sido burlados en forma astuta por su contendiente, que no se ha movido desde que lo trajeron a este lugar. La bestia tiene distintas caras. Los hombres que tuvieron el privilegio de conocer sus secretos, ya no están aquí, fueron devorados por la boca del monstruo cuando se descuidaron en la batalla.

Cuando se cree que se le ha derrotado, pues hay momentos largos donde la bestia parece estar dominada, llega un tiempo en que todo se paraliza, el rival endemoniado adquiere de pronto un control absoluto de la situación, detiene el tiempo de su reloj y nada se puede hacer al respecto: se está a merced de su voluntad. Y otras veces hasta se deja acariciar, en una complicidad inocente, en un acuerdo mutuo de las partes; para luego, devolvernos la desesperación y la intranquilidad.

El monstruo lo devora todo. Crece a cada momento. Nunca se puede estar a la par con él. Y es que muchos otros traidores han contribuido a su desarrollo, alimentándolo con más inteligencia y más energía. Aunque parezca contradictorio, a pesar de su grandeza, sus formas son diminutas, su cuerpo no abarca siquiera la totalidad de la palma de la mano. Pero su poder es infinito.

El hombre entonces reacciona. Recuerda los consejos de su maestro: “Nada le pertenece en realidad. Los hombres se someten a su grandeza y poder, adorándolo como a un dios; pero es una dependencia mutua, el monstruo no podría existir sin el hombre, como todos los dioses de todos los tiempos. Serás capaz de percibir el temor en la bestia cuando descu-

bras el arma secreta, la maniobra que la desintegrará por completo... hasta que alguien en otro tiempo la reviva otra vez". Con este conocimiento, el hombre continúa su lucha: La bestia ataca de nuevo. El hombre lo esquiva, lanza nuevos golpes pero estos son insuficientes. El combate es presenciado por toda la humanidad a través de una red infinita de combates, ligados unos a otros en su propio espacio universal, en distintos idiomas y diferentes culturas.

El monstruo abre nuevas ventanas a lo desconocido. El hombre se sumerge en ellas, trata de evitar los escenarios irreales que la bestia le presenta para hechizarlo porque ella conoce todos los secretos, todas las estrategias; todas las técnicas que el hombre ha creado, han pasado alguna vez por su memoria, por eso se hace casi imposible vencerla.

Y en un último esfuerzo de fe, casi por azar o por favor del destino, le llega la revelación desde las entrañas del universo: alguien a su espalda le confiesa el secreto que puede inmovilizar a la bestia para dar el golpe mortal, que acabe temporalmente con el monstruo hasta que algún traidor la reviva. Se da cuenta del propósito del hombre, y en un último intento, arroja un desesperado ataque. La escena se paraliza por completo. Pero el hombre, antes de morir en el combate, sacando las últimas fuerzas de su cuerpo destrozado por la batalla, da la estocada final que acaba con los gritos ensordecedores de la bestia: Ctrl+Alt+Supr.

CONTINUACIÓN DE LOS COMERCIALES

“¿QUÉ LE REGALARÉ A MI MARIDO EN NAVIDAD?” Era la tremenda cuestión que de pronto le atormentó a la señora Domínguez, ahora que llegaba diciembre. Para su fortuna (o desgracia, como se quiera ver) apareció en el televisor de la cocina un comercial que le arrancó la atención de inmediato, como cuando sucede un accidente de carros. El anuncio decía: “Señora, ya no se angustie más... Sí, usted que nos acaba de sintonizar. Televentas del Norte, la compañía que fabrica sueños, tiene el orgullo de ofrecerle a usted el regalo que ha hecho felices a todos los hombres de México. Le traemos en esta ocasión lo que todo buen marido debe tener en casa: ¡La historia del fútbol mundial en dieciséis videocasetes! Copa mundial, liga de campeones, copa libertadores, y lo mejor del fútbol mexicano de las últimas décadas. ¡Su marido la adorará, créanos!”.

Atónita, la mujer decide que ese será el regalo perfecto para encantar a su hombre y reencontrarse con él, pues ya el fuego de las relaciones íntimas se estaba apagando; y ella quería arder otra vez. La señora Domínguez hace una llamada desde la comodidad de su cocina y en menos de siete días los videos ya están en sus manos. Cuando llega el día esperado, el día 25, abren los regalos en casa de los abuelos; el marido pega el grito y regresan temprano a casa para ver la primera cinta: Esa noche hacen el amor hasta el amanecer. El comercial lo había dicho ya, la felicidad inundaría el hogar de todas las familias y el marido se lo agradecería por el resto de sus días.

Desde entonces, el espejo le regresaba a la señora Domínguez una sonrisa nueva, casi inocente. Los platos se terminaban de lavar temprano y los niños eran despedidos a la escuela con un beso casi apasionado en el cachete, “Mamá, ¿qué tienes?” “Nada hijita, ¡qué les vaya bien, sáquense puros dieces!”. Los videos habían funcionado como no lo esperaba al principio, la flamante esposa estaba agradecida. Pero el destino es maldito, nos hace creer en los sueños y al paso del tiempo nos trae la realidad cruda y desgraciada.

A la semana llegaron los amigos del esposo. El domingo se convirtió en un huracán. Los hombres se instalaron, tomaron la casa, bebían cerve-

za y el marido gastaba todo el dinero de la quincena en la comida para los camaradas. La mujer atendía los quehaceres, arreglaba a los niños y preparaba la botana de los borrachos. La suegra se enteró del suceso y fue a reclamarle a la pobre mujer que permitiera semejante barbaridad delante de sus hijos.

La esposa derramaba su llanto sobre la máquina de coser, las tardes la consumían amargamente. Le dolían las manos de tanto bastillar pues el dinero ya no alcanzaba para las necesidades y se veía obligada a retomar el viejo oficio. Las deudas se incrementaron y el marido se había embriecido con aquellos videos que le chupaban el cerebro todos los días. Al ver las cintas sobre la videocasetera, la señora Domínguez, en un suspiro final, se reprochó haber comprado “el regalo perfecto”... En ese mismo instante, cuando reflexionaba todo esto, el televisor de la cocina anunciaba un producto que haría felices a las mujeres que querían aumentar su busto.

LOS MALVIVIENTES

LOS DOS SE SUBIERON EN UNA DE TANTAS ESQUINAS DEL CENTRO; uno se sentó al lado de una señorita y el otro acaparó todo el asiento donde estaba la ventanilla abierta. Con su llegada quedaba así completo el autobús que los llevaría a Matamoros. Los dos vestían con ropa holgada, con cachucha, uno tenía tatuada la cara con una gota verde deslizándose por el ojo. Antes de que el autobús tomara la carretera, hizo su última parada en un centro comercial. Subió solamente una señora cargada de bolsas y se fue a sentar junto a uno de los *malvivientes*. La señora, por su apariencia y por sus maneras de hablar, parecía una de esas mujeres de “alta sociedad” que salen en los periódicos de sociales; aunque uno se puede preguntar inmediatamente porqué siendo una dama de categoría se transporta en rutas urbanas, pero así sucede en una ciudad donde a todos emociona la tentadora llegada del progreso, como en las grandes capitales.

Una vez en camino, y cuando el autobús adquirió cierta velocidad, el aire que se colaba por la ventana estropeaba el peinado de la dama se sociedad. La mujer se movía incómoda, protegía su pelo y cambiaba de posición en su mismo sitio, pero no se decidía a pedir al joven que cerrara la ventana: El tipo aquel tenía su cabeza afuera, echando piropos a todas las muchachas que veía; cantaba de vez en cuando unas cumbias y casi gritaba al platicar con su acompañante.

La señora finalmente se decidió a hablar:

—¿Podría ser tan amable de cerrar la ventanilla, joven? —pidió la dama.

El malandro cerró la ventanilla de golpe sin decir nada. Todos los pasajeros quedaron sorprendidos ante la actitud tan servicial del muchacho que contrastaba totalmente con su apariencia, pues es bien sabido o aceptado generalmente que los pandilleros, como aquel joven, hacen y deshacen de acuerdo a su antojo, no respetando la ley ni las imposiciones morales de la sociedad.

—Gracias, joven, qué amable de su parte. Es muy bueno saber que todavía existe gente educada como usted.

De pronto, los ojos del pandillero se abrieron como dos mundos: por su mente transitó aquella palabra confundiendo su cerebro, *educado, educado*. Sintió que los sucesos que habían sido parte de su vida, como la de todo pandillero (pintar paredes, tomar cerveza en las esquinas del barrio, golpear a transeúntes sin razón, armar pleitos en los bailes) sintió de pronto que había traicionado todo aquello con esta buena actitud. Al borde de la locura, no pudo soportar la tremenda desesperación, abrió la ventana de golpe otra vez y la corriente de aire, que entró como huracán, le arrancó la peluca que llevaba puesta la dama de categoría; y ellos aullaron su acción como un triunfo, bajaron del autobús golpeando la cabeza de los pasajeros, reivindicando así, su condición de malvivientes.

Esta edición de *Mañana tampoco* se terminó de imprimir el 15 de abril de 2003 en los talleres de Impresora Meridiano, Urrutia 660 Col. Los Ángeles, Torreón, Coahuila. El tiraje fue de 500 ejemplares.

**Los ocho jóvenes escritores
presentados en Mañana
tampoco —nueva compilación
del taller y segunda parte al
volumen *Hoy no se fía* (2001)—
forman parte de esa raza en
extinción para la cual los
frutos de la creación y del
pensamiento constituyen el
único antídoto contra los
muchos embates de la
estulticia. Con tesón y
constancia han pulido estos
textos para olvidarse y hacer
olvidar a sus lectores el
universo ilógico que les
pertenece. Y por lo tanto, esos
desconfiados de hace dos años
(algunos de ellos en su
segunda vuelta) siguen
desconfiando de todo, excepto
de la literatura.**